

EL YOGA DE JESUS

De Paramahansa Yogananda

Claves para comprender las enseñanzas ocultas de los Evangelios.

PREFACIO

. ¿Enseñó Jesús la ciencia de la meditación – a semejanza de los antiguos sabios y maestros de Oriente- considerándola como el camino para entrar en el "Reino de los Cielos"?

. ¿Existieron acaso "enseñanzas ocultas" que les fueron transmitidas a los discípulos más cercanos y se perdieron o eliminaron con el paso de los siglos?

. ¿Enseñó realmente Jesús que quienes no sean cristianos se hallan excluidos del reino de Dios? ¿Puede la lectura literal de los Evangelios aportarnos en verdad, de manera profunda, el trascendental mensaje de Jesús para la humanidad?

*Con reverente entendimiento y una claridad sin precedentes, Paramahansa Yogananda responde a estos y muchos otros interrogantes en su libro **La Segunda Venida de Cristo: La Resurrección del Cristo que mora en su interior**. Y las conclusiones de su autor concuerdan de forma extraordinaria con las continuas investigaciones de los estudiosos contemporáneos en materia de religión acerca del profundo contenido esotérico y vivencial del cristianismo de los primeros tiempos, tal como se demuestra en los "evangelios gnósticos" y otros manuscritos recientemente descubiertos que se hallaban perdidos desde los siglos II y III de nuestra era.*

*Paramahansa Yogananda es reconocido como "el padre del yoga en Occidente" y considerado una de las figuras espirituales más destacadas de nuestro tiempo. **La Segunda Venida de Cristo**, su monumental obra acerca de las "enseñanzas originales de Jesús" se publicó en 2004 en dos grades volúmenes que suman más de 1.700 páginas. Llevando al lector, versículo por versículo, a través de los cuatro Evangelios.*

CAPITULO 1

JESUS EL AVATAR

La manifestación de Dios en las encarnaciones divinas

El desafío de enfrentar una vida llena de misterios irresueltos e irresolubles en un universo enigmático, sería abrumador para los simples mortales, si no fuera por los emisarios divinos que vienen a la tierra para hablar con la voz y autoridad de Dios a fin de guiar al ser humano.

Hace milenios, en eras pretéritas más elevadas de la India, los rishis describieron la manifestación de la Benevolencia Divina, de "Dios con nosotros", en forma de encarnaciones divinas o avatares: seres iluminados a través de los cuales Dios se encarna sobre la tierra.

Muchas son las voces que han mediado entre Dios y el hombre; se trata de los Canda avatares o encarnaciones parciales de Dios en almas que poseen conocimiento divino. Son menos frecuentes, en cambio, los purna avatares o seres liberados que están completamente unidos a Dios y cuyo regreso a la tierra tiene por objeto el cumplimiento de una misión encomendada por mandato divino.

En el Bhagavad Guita – la Sagrada Biblia de los hindúes- el Señor declara:

"Cuando quiera que la virtud declina y el vicio prevalece, Yo me encarno como un avatar. Era tras era, aparezco en forma visible para proteger al justo y destruir la maldad, a fin de restablecer la virtud".

La misma y única conciencia gloriosa e infinita de Dios – la Conciencia Crística Universal o Kutastha Chaitanya – adquiere una apariencia familiar al ataviarse con la individualidad de un alma iluminada, provista de una personalidad singular y una naturaleza espiritual adecuadas para la época y el propósito de esa encarnación.

Si no fuese por esta intercesión del amor de Dios que se manifiesta en la tierra a través del ejemplo, el mensaje y la mano rectora de sus avatares, sería prácticamente imposible que la desorientada humanidad hallara el sendero hacia el reino de Dios en medio del tenebroso miasma de la ilusión mundana – la sustancia

cósmica en la que habita el hombre-. Con el fin de evitar que sus hijos sumidos en la oscuridad de la ignorancia permanezcan por siempre perdidos en los engañosos laberintos de la creación, el Señor acude una y otra vez, bajo la forma de los profetas iluminados, para alumbrar el camino.

Jesús fue precedido por Gautama Buda, "el Iluminado", cuya encarnación le recordó a una generación desmemoriada el Drama Chakra, la rueda del Karma, cuyo constante giro implica que las acciones puestas en marcha por el ser humano, así como sus correspondientes efectos, determinan que cada hombre – y no un Dictador Cósmico- sea el responsable de su propio estado actual. Buda devolvió el espíritu compasivo a la árida teología y a los rituales mecánicos en que había caído la antigua religión védica tras el final de una era más elevada en la cual Vagaban Krishna, el más amado de los avatares de la India, predicó el sendero del Amor Divino y de la realización de Dios mediante la práctica de la suprema ciencia espiritual del yoga, la unión con Dios.

La intercesión divina, cuyo fin es mitigar los efectos de la ley cósmica de causa y efecto (el karma) por la cual el ser humano sufre a consecuencia de sus errores, estaba presente en el corazón mismo de la misión de amor que Jesús hubo de cumplir en la tierra.

Jesús vino a mostrar la misericordia y la compasión de Dios, cuyo amor es un refugio que nos protege, incluso, del rigor de la Ley.

El Buen Pastor de Almas abrió sus brazos para recibir a todos, sin excluir a nadie, y mediante la atracción del amor universal impulsó al mundo a seguirle en el sendero hacia la liberación, a través del ejemplo de su espíritu de sacrificio, renunciamiento, capacidad de perdón, amor por igual para amigos y enemigos y, sobre todas las cosas, amor supremo por Dios. Ya fuera como el pequeño bebé en el pesebre de Belén, o como el salvador que sanaba a los enfermos, resucitaba a los muertos y aplicaba el bálsamo del amor sobre las heridas de los errores, el Cristo presente en Jesús vivió entre los seres humanos como uno más, para que también ellos pudieran aprender a vivir como dioses.

La Conciencia Cristica: unidad con el infinito Gozo e Inteligencia de Dios que impregna la creación entera.

Para llegar a comprender la magnitud de una encarnación divina, es preciso entender el origen y naturaleza de la conciencia que se halla encarnada en un avatar. Jesús se refirió a dicha conciencia al declarar: "Yo y el Padre somos Uno" (Juan 10;30) y "Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí" (Juan 14;11). Aquellos que unen su conciencia a Dios conocen tanto la naturaleza trascendente del Espíritu como su naturaleza inmanente: la singularidad de la siempre existente, siempre consciente y eternamente renovada Dicha del Absoluto No Creado, así como también la miríada de manifestaciones de su Ser en la infinitud de formas en las cuales El se diversifica para dar lugar al variado panorama de la creación.

Hay un distintiva diferencia de significado entre Jesús y Cristo. Jesús fue el nombre que recibió al nacer, en tanto que "Cristo" era su título honorífico. En el pequeño cuerpo humano llamado Jesús se produjo el nacimiento de la vasta Conciencia Crística, la Omnisciente Inteligencia de Dios que está presente en cada elemento y partícula de la creación.

El Universo no es el simple resultado de la unión azarosa de fuerzas vibratorias y partículas subatómicas, tal como sostienen los científicos materialistas, es decir, una combinación casual de sólidos, líquidos y gases que da origen a la tierra, los océanos, la atmósfera y las plantas, todos ellos armoniosamente interrelacionados para proporcionar un hogar habitable a los seres humanos. Las fuerzas ciegas no pueden organizarse por sí solas para producir objetos inteligentemente estructurados. Así como se necesita de la inteligencia humana para verter agua en los pequeños compartimentos de un recipiente adecuado y, luego, congelarla con el fin de obtener cubitos de hielo, así también podemos reconocer las manifestaciones de una oculta Inteligencia Inmanente que opera en la fusión de las vibraciones para dar lugar a formas cada vez más evolucionadas en todo el universo.

¿Acaso podría haber algo más milagroso que la presencia evidente de una Inteligencia Divina en cada partícula de la creación? Podemos vislumbrar esa presencia en el modo en que un árbol enorme emerge de una diminuta semilla; en los incontables mundos que giran en el espacio infinito, sujetos a una elaborada danza

cósmica mediante la regulación precisa de las fuerzas universales; en el modo en que el cuerpo humano – tan maravillosamente complejo – se desarrolla a partir de una única célula microscópica, se halla dotado de una inteligencia consciente de sí misma y se sostiene por medio de un poder invisible que lo sana y le da vitalidad. En cada átomo de este asombroso universo, Dios obra milagros constantemente y, sin embargo, los hombres de mentalidad obtusa no saben valorarlos.

Cristo es la Infinita Inteligencia de Dios que está presente en toda la creación. El Cristo Infinito es "el Hijo Unigénito" de Dios Padre, el único Reflejo puro del Espíritu en el reino de lo creado. Esta Inteligencia Universal, Kutastha Chaitanya o Conciencia de Krishna según las escrituras hindúes, se manifestó plenamente en la encarnación de Jesús, Krishna y otros seres iluminados, y puede también manifestarse en tu propia conciencia.

Trata de imaginarlo: si toda tu vida transcurriese en esta sola habitación, sin tener ningún contacto con lo que se encuentra más allá de sus paredes y sin saber siquiera que existe alguna otra cosa, seguramente dirías que éste es todo tu mundo. Sin embargo, si alguien te condujera al mundo exterior, descubrirías que las dimensiones de tu "mundo" son, en realidad, insignificantes. Lo mismo sucede con la percepción de la Conciencia Crística. El alcance de conciencia mortal es, en comparación como observar sólo la superficie que ocupa un diminuto grano de mostaza y excluir el resto de cosmos. La Conciencia Crística es Omnipresencia, es el Señor que habita en cada poro del espacio infinito y satura cada átomo.

La conciencia de una hormiga se limita a las sensaciones que experimenta en su pequeño cuerpo. La conciencia de un elefante abarca por completo su imponente figura: si diez personas tocaran diez partes diferentes del cuerpo voluminoso animal, éste percibiría simultáneamente las sensaciones provenientes de cada uno de esos puntos. La Conciencia Crística se extiende hasta los confines de todas las regiones vibratorias.

La totalidad de la creación vibratoria es una exteriorización del Espíritu. El Espíritu Omnipresente se halla escondido en la materia vibratoria, del mismo modo que el aceite está oculto dentro de la aceituna. Al prensar el fruto, aparecen en la superficie minúsculas gotas de aceite; de igual manera, el Espíritu, manifestado individualmente en cada alma, emerge de la materia en forma gradual mediante el proceso de evolución. El Espíritu se expresa en los minerales y las piedras preciosas como belleza y fuerza química y magnética; en las plantas, como belleza y vitalidad;

en los animales, como belleza, vida, poder, movimiento y conciencia; en el hombre, como entendimiento y poder en expansión; y en el superhombre, el Espíritu retorna a la Omnipresencia.

En cada fase evolutiva, por consiguiente, el espíritu se expresa en mayor medida. El animal se ha liberado de la inercia de los minerales y de la fijeza de las plantas, para experimentar, por medio del movimiento y de la conciencia de los sentidos, una porción aún mayor de la creación de Dios. El hombre, gracias a su capacidad de autoconciencia, puede además comprender los pensamientos de sus semejantes y proyectar la mente sensorial – al menos mediante el poder de la imaginación – hacia el espacio tachonado de estrellas.

El superhombre expande su energía vital y su conciencia desde el cuerpo hasta abarcar el espacio entero, y siente como parte de su propio ser la presencia de todos los universos del vasto cosmos, así como también cada minúsculo átomo de la tierra. En el superhombre se recupera la omnipresencia perdida del Espíritu, que se hallaba implícita en el alma como Espíritu individualizado.

La conciencia de Jesús traspasó los límites de su cuerpo hasta abarcar toda la creación finita que se encuentre en la región vibratoria de lo manifestado: la esfera del tiempo y espacio que incluye los universos planetarios, las estrellas, la Vía Láctea y la familia de nuestro pequeño sistema solar, del cual forma parte la Tierra, donde el cuerpo de Jesús era tan sólo una partícula. Jesús el hombre – un diminuto punto sobre la Tierra – se convirtió en Jesús el Cristo, cuya conciencia, unida a la Conciencia Crística, era omnipresente.

La enseñanza principal de Jesús: cómo convertirse en un Cristo

La tarea de Dios en la creación es hacer regresar a todos los seres a la unidad consciente con El mismo, mediante dictados evolutivos de la Inteligencia Crística. Cuando el sufrimiento se extiende sobre la tierra, Dios responde al llamado del alma de sus devotos y envía a un hijo divino para que, por medio de su ejemplar vida espiritual en la que se manifiesta plenamente la Conciencia Crística, pueda enseñar a los seres humanos a cooperar con la obra de salvación de Dios en sus propias vidas.

Fue a esa Conciencia Infinita, saturada del amor y la dicha de Dios, a la que se refirió San Juan cuando dijo: "Pero a todos los que la recibieron (la Conciencia Crística) les dio el poder de hacerse hijos de Dios". Así pues, de acuerdo con las enseñanzas mismas de Jesús tal como fueron registradas por Juan – el más avanzado

de sus apóstoles – todas las almas que alcanzan la unión con la Conciencia Crística mediante la intuitiva realización del SER merecen, con justicia, ser llamados hijos de Dios.

Recibir a Cristo no es un logro que se pueda conseguir por el simple hecho de pertenecer a una congregación religiosa, o por medio del ritual externo de aceptar a Jesús como nuestro salvador pero sin llegar jamás a conocerle en verdad mediante el contacto con él en la meditación. Conocer a Cristo significa cerrar los ojos, expandir la conciencia y hacer tan profunda nuestra concentración que, a través de la luz interior de la intuición del alma, participemos de la misma conciencia que poseía Jesús.

San Juan y otros discípulos avanzados que realmente le "recibieron" percibían a Jesús como la Conciencia Crística que está presente en cada partícula del espacio. Un verdadero cristiano – un ser crístico – es aquel que libera su alma de la conciencia del cuerpo y la unifica con la Inteligencia Crística que satura la creación entera.

Una copa pequeña no puede contener en su interior un océano. Del mismo modo, la copa de la conciencia humana, al hallarse limitada por la mediación física y mental de las percepciones materiales, no se encuentra en condiciones de captar la Conciencia Crística universal, por muy deseosa que esté de hacerlo. Mediante el uso de la precisa ciencia de la meditación – conocida durante milenios por los sabios y yoghis de la India y, también, por Jesús-, todo buscador de Dios puede expandir la capacidad de su conciencia hasta hacerla omnisciente y recibir dentro de sí la Inteligencia Universal de Dios.

El divino poder de la realización crística es una experiencia interior, que pueden recibir quienes sienten devoción pura por Dios y por su immaculado reflejo como Cristo. El poder de las iglesias y templos se desvanecerá. La espiritualidad verdadera ha de surgir de los templos de las grandes almas que día y noche permanecen en éxtasis de Dios. En la India he conocido almas así, cuya gloria sobrepasa la de todos los edificios religiosos juntos. Recuerda: Cristo busca los templos de las almas sinceras; él ama el silencioso altar de la devoción erigido en tu corazón, donde moras con él en un santuario iluminado por la luz perpetuamente encendida en el altar de calma de sus propias conciencias.

Al titular esta obra La Segunda Venida de Cristo, no me refiero en forma literal al retorno de Jesús a la tierra. Jesús vino hace dos mil años y, después de revelarnos un sendero universal hacia el reino de Dios, fue crucificado y resucitó. Su reaparición ante las masas en la actualidad no es necesaria para que se dé cumplimiento a sus enseñanzas. Lo que verdaderamente se requiere es que la sabiduría cósmica y la percepción divina presentes en Jesús hablen de nuevo a cada persona a través de su propio entendimiento y experiencia de la infinita Conciencia Crística encarnada en Jesús. Esa será, realmente, su Segunda Venida.

Los auténticos seguidores de Cristo son aquellos que, a través de la meditación y del éxtasis, aceptan en su propia conciencia la cósmica y omnipresente sabiduría de Jesucristo y su bienaventuranza. Los devotos que deseen ser verdaderos cristianos – seres crísticos -, antes que meros miembros de la feligresía cristiana, deben conocer y sentir en todo momento y de manera real la presencia del Cristo Omnipresente, deben comulgar con EL en éxtasis y ser guiados por su Infinita Sabiduría.

Estas enseñanzas han sido enviadas para explicar la verdad tal como Jesús quería que fuera conocida por el mundo; no tienen el propósito de iniciar un nuevo cristianismo, sino el de dar a conocer lo que Cristo realmente enseñó: cómo llegar a ser un Cristo, cómo hacer resucitar al Cristo Eterno en el interior de nuestro propio Ser.

CAPITULO 2. JESUS Y EL YOGA

La continuidad de la palabra de Dios a través de sus avatares quedó bellamente simbolizada por el intercambio espiritual que se produjo entre Jesús y los magos (sabios) de oriente, procedentes de la India, que acudieron a honrarle en ocasión de su nacimiento.

Existe en la India un sólido legado tradicional, considerado fidedigno por notables metafísicos y compuesto por conocidos relatos que figuran en manuscritos antiguos, donde se narra que los magos de Oriente que viajaron a Belén con el propósito de ver al niño Jesús eran, en realidad, grandes sabios de la India. Y no sólo los maestros de la India visitaron a Jesús, sino que él, a su vez, les devolvió la visita.

Durante los años de la vida de Jesús sobre los cuales no se tiene ninguna información (las escrituras guardan silencio en lo que respecta al periodo comprendido aproximadamente entre los catorce y los treinta años de edad), él viajó a la India recorriendo, probablemente, la transitada ruta comercial que unía el Mediterráneo con China y la India.

La realización divina con que ya contaba Jesús, nuevamente despierta y fortalecida por la compañía de los maestros de la India y el entorno espiritual allí imperante, brindó el cimiento de universalidad de la verdad en el que Jesús se basó para predicar un mensaje sencillo y asequible que las masas de su país natal podrían comprender, pero que, al mismo tiempo, se hallaba colmado de significados subyacentes que serían apreciados por las generaciones futuras, a medida que la mente humana progresara desde su etapa infantil hasta alcanzar la madurez del entendimiento.

LOS AÑOS "PERDIDOS" DE JESUS

En el Nuevo Testamento, la cortina del silencio desciende sobre la vida de Jesús después de los doce años y no vuelve a alzarse hasta dieciocho años más tarde, cuando recibe el bautismo de Juan y comienza a predicar antes las multitudes. Únicamente se nos dice: "Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres". (Lucas 2:52).

El hecho de que los contemporáneos de un personaje tan excepcional como Jesús no hayan encontrado nada digno de ser mencionado por escrito desde la niñez hasta el trigésimo año de su vida es, en sí mismo, extraordinario.

Sin embargo, existen efectivamente relatos notables acerca de Jesús, pero no en su país de origen, sino más hacia Oriente, en aquellos lugares donde pasó la mayor parte del periodo sobre el cual se carece de datos. Ocultos en un remoto monasterio tibetano se encuentran documentos de incalculable valor que hacen referencia a un tal San Issa, proveniente de Israel, "en quien se hallaba manifestada el alma del universo", y que desde los catorce a los veintiocho años permaneció en la India y zonas de la cordillera del Himalaya – entre santos, monjes y pándits -, predicó su mensaje por toda la región y luego, con el propósito de enseñar, retornó a su tierra natal, donde fue cruelmente maltratado, condenado a muerte y crucificado. A excepción de los registros que aparecen en estos antiguos manuscritos, nada se ha publicado acerca de los años desconocidos de la vida de Jesús.

De modo providencial, el viajero ruso Nicolás Notovitch descubrió y transcribió estos documentos (en el monasterio de Himis, del Tibet). El mismo publicó sus notas en 1894 bajo el título La Vida Desconocida de Jesucristo.

En 1922, Swami Abhehananda, discípulo directo de Ramakrishna Paramahansa, visitó el monasterio de Himis y confirmó todos los detalles sobresalientes publicados acerca de Issa en el libro de Notovitch.

En una expedición a la India y al Tíbet realizada a mediados de la década de los veinte, Nicolás Roerich tuvo ocasión de ver y copiar versos de antiguos manuscritos que eran idénticos a aquellos publicados por Notovich (o cuyo contenido, al menos, era el mismo). Roerich quedó además profundamente impresionado con las tradiciones orales de la región: "En Srinagar nos enteramos por primera vez de la curiosa leyenda sobre la visita de Cristo en estos parajes. Más tarde, pudimos comprobar cuán difundida se halla en la India, en Ladak y en Asia Central la leyenda de la visita de Cristo a estas regiones durante su larga ausencia mencionada en el Evangelio.

La India es la madre de la religión. Se reconoce que su cultura es mucho más antigua que la legendaria civilización egipcia. Si investigamos estas cuestiones, podremos comprobar que las antiquísimas escrituras de la India preceden a todas las demás revelaciones y han influido sobre el Libro Egipcio de los Muertos y el Antiguo y Nuevo Testamento de la Biblia, así como también sobre otras religiones que estuvieron en contacto con la religión de la India y se inspiraron en ella, porque la India se ha especializado en la religión desde tiempos inmemoriales.

Por esa razón, el propio Jesús viajó a la India; el manuscrito de Notovitch nos lo cuenta así: "Issa se ausentó secretamente de la casa de su padre, abandonó

Jerusalen y viajó hacia Sind en una caravana de mercaderes, con el objeto de perfeccionarse en el conocimiento de la Palabra de Dios y en el estudio de las leyes de los grandes Budas”.

Esto no significa que Jesús aprendiera de sus mentores y compañeros espirituales de la India y regiones circundantes todo cuanto luego enseñó. Los avatares vienen provistos de su propio caudal de sabiduría. Durante el periodo en que permaneció con los pándits hindúes, los monjes budistas y, en especial, los grandes maestros de yoga- de quienes recibió iniciación en la ciencia esotérica de la unión con Dios a través de la meditación-, la realización divina que Jesús ya poseía tan solo despertó y se amoldó a la singular misión que iba a desarrollar. A partir del conocimiento que había acumulado y de la sabiduría que brotaba de su alma cuando se hallaba en profunda meditación, concibió para las masas parábolas simples sobre los principios ideales mediante los que ha de gobernarse la vida humana ante Dios. En cambio, a aquéllos discípulos que estaban preparados para recibirlo, les impartió el conocimiento acerca de los más insondables misterios, como lo demuestra el libro del Apocalipsis de San Juan- que forma parte del Nuevo Testamento-, cuya simbología concuerda de manera precisa con la ciencia yóguica de la comunión con Dios.

Los documentos descubiertos por Notovitch aportan una corroboración histórica a lo que he sostenido durante largo tiempo, como resultado de la información recogida en mis años juveniles en la India, en el sentido de que Jesús se hallaba vinculado a los rishis de la India a través de los magos (sabios) de Oriente, quienes peregrinaron hasta su lugar de nacimiento y por cuya razón viajó él a la India con el fin de recibir sus bendiciones y deliberar con ellos sobre la misión mundial que había de llevar a cabo. En las páginas de este libro me propongo demostrar que las enseñanzas de Jesús, nacidas internamente de su comunión con Dios y alimentadas externamente por los estudios que realizó con los grandes maestros, expresan la universalidad de la Conciencia Crística, la cual no conoce límites de raza o de credo.

Al igual que el Sol, que se eleva por el Este y se desplaza hacia el Oeste difundiendo sus rayos, así también Cristo surgió en Oriente y viajó hacia Occidente, para quedar allí entronizado en el altar de una vasta cristiandad cuyos miembros le consideran su gurí y salvador. No es casual que Jesús eligiera nacer en Palestina como un Cristo oriental. Este escenario era el centro de confluencia que vinculaba Oriente con Europa. Jesús viajó a la India para honrar los lazos que le unían con los rishis, predicó por aquellas regiones su mensaje y, luego, regresó a su tierra natal con el propósito de difundir allí sus enseñanzas, pues, en su gran sabiduría, reconoció Palestina como la vía de acceso a través de la cual su espíritu y sus palabras hallarían una ruta hacia Europa y el resto del mundo. Este grandioso Cristo, que irradia sobre

Occidente la fortaleza y el Poder espiritual de Oriente, constituye un divino lazo de unión entre los pueblos de Oriente y Occidente que aman a Dios.

La verdad no es monopolio ni de Oriente ni de Occidente. Los puros rayos dorados y plateados de la luz solar aparentan ser rojos o azules si se observan a través de un cristal rojo o azul. De igual modo, la verdad parece diferente si adquiere los matices de una civilización oriental y occidental. Al examinar la sencilla esencia de la verdad que han expresado las grandes almas en distintas épocas y latitudes, se puede observar que hay muy pocas diferencias entre sus mensajes. He comprobado que aquello que recibí de mi gurú y de los venerados maestros de la India es idéntico a lo que he recibido de las enseñanzas de Jesús el Cristo.

Las enseñanzas perdidas de los Evangelios

Cristo ha sido muy mal malinterpretado por el mundo. Incluso los principios más elementales de sus enseñanzas han sido profanados – crucificados a manos del dogma, los prejuicios y la falta de entendimiento- y la profundidad esotérica de esos principios ha quedado en el olvido. Bajo la supuesta autoridad de doctrinas del cristianismo forjadas por el hombre, se han librado guerras genocidas y se ha quemado a gente en la hoguera bajo la acusación de brujería o herejía. ¿Cómo podemos rescatar a estas inmortales enseñanzas de las garras de la ignorancia? Es preciso conocer a Jesús como un Cristo oriental, como un yogui supremo que manifestó completo dominio sobre la ciencia universal de la unión con Dios y, por lo tanto, pudo hablar y actuar como un salvador que contaba con la voz y la autoridad de Dios. Jesús ha sido occidentalizado en exceso.

Jesús era oriental, tanto por nacimiento como por lazos de sangre y por la instrucción recibida. Disociar a un maestro espiritual de sus orígenes y entorno es empañar el entendimiento a través del cual se le debe percibir. Con independencia de lo que Jesús el Cristo era por sí mismo – en lo relativo a su propia alma -, por el hecho de nacer y haber alcanzado la madurez el Oriente, él tuvo que utilizar la civilización oriental, sus costumbres, peculiaridades, lenguaje y parábolas como instrumento para divulgar su mensaje. Por lo tanto, con el fin de entender a Jesucristo y sus enseñanzas debemos estar receptivos y bien dispuestos hacia el punto de vista oriental – en especial, hacia la civilización antigua y moderna de la India, sus escrituras religiosas, tradiciones, filosofías, creencias espirituales y experiencias metafísicas intuitivas-. Si bien las enseñanzas de Jesús, desde la perspectiva esotérica, son universales, están impregnadas de la esencia de la cultura oriental y se encuentran arraigadas en influencias orientales que se han adaptado al ambiente occidental.

Podemos comprender correctamente los Evangelios a la luz de las enseñanzas de la India: no de interpretaciones distorsionadas del hinduismo, con su

opresivo sistema de castas o la práctica de adorar piedras, sino de la sabiduría filosófica de los rishis cuyo objeto es la salvación del alma, es decir, aquellas enseñanzas que constituyen no la cáscara sino el meollo de los Vedas, los Upanishads y el Bhagavad Guita. Esta esencia de la Verdad (el Sanatana Drama o los eternos principios de la rectitud que sostienen al hombre y al universo) le fue conferida al mundo miles de años antes de la era cristiana y se conservó en la India como una vitalidad espiritual que ha convertido la búsqueda de Dios en el único propósito de la vida y no un simple pasatiempo de salón.

La ciencia universal de la religión

La experiencia personal de la verdad es la ciencia que se encuentra en el fondo de todas las ciencias. Sin embargo, para la mayoría de las personas la religión se ha transformado en una mera cuestión de creencia. Hay quienes creen en el catolicismo, hay otros que creen en alguna doctrina protestante, mientras que algunos afirman creer que la religión judía o la hindú o la musulmana o la budista es el camino verdadero. La ciencia de la religión identifica aquellas verdades universales que son comunes a todas – la base de la religión – y enseña cómo, mediante su aplicación práctica, una persona puede edificar su vida de acuerdo con el Plan Divino. Las enseñanzas del Raja Yoga (la ciencia "regia" del alma originaria de la India) son superiores a la ortodoxia de la religión, pues exponen de forma sistemática la práctica de métodos universalmente necesarios para el perfeccionamiento de todo individuo, sea cual sea su raza o credo.

Es preciso reunificar la ciencia de la religión con lo que constituye su espíritu o inspiración: lo esotérico con lo exotérico. La ciencia del yoga expuesta por el Señor Krishna – la cual proporciona métodos prácticos para experimentar verdaderamente a Dios en nuestro interior y reemplazar así la corta expectativa de vida de las creencias- y el espíritu de hermandad y amor crístico predicado por Jesús (la única panacea segura para evitar que el mundo quede destrozado a causa de diferencias irreconciliables) son, en conjunto, una sola verdad universal que enseñaron dos Cristos, uno de Oriente y otro de Occidente.

Los salvadores del mundo no vienen con el propósito de fomentar divisiones doctrinales hostiles; sus enseñanzas no deben ser utilizadas para tal fin. Incluso referirse al Nuevo Testamento como la Biblia "cristiana" es, en cierto modo, impropio, dado que no se trata del patrimonio exclusivo de ninguna confesión religiosa en particular. La Verdad se halla destinada a beneficiar y elevar a la raza humana en

su conjunto. Así como la Conciencia Crística es universal, así también Jesucristo pertenece a todos.

Sitien enfatizo el mensaje del Señor Jesús, contenido en el Nuevo Testamento, y la ciencia yóguica de la unión con Dios, delineada por Vagaban Krishna en el Bhagavad Guita, como el summum bonum del camino a la realización de Dios, reverencio por igual las variadas expresiones de la verdad que fluyen del Dios Unico a través de las escrituras de sus diversos emisarios.

La verdad es, en sí misma y por sí misma, la "religión" fundamental. Aun cuando pueda expresarse de diferentes maneras por los "ismos" de los distintos credos religiosos, éstos jamás podrán agotarla. La verdad posee infinitas expresiones y ramificaciones, pero sólo se consume en la experiencia directa de Dios, la Unica Realidad.

El sello humano de la afiliación religiosa carece de importancia. No es la confesión religiosa a la que pertenecemos ni la cultura o el credo dentro del cual hemos nacido lo que nos otorga la salvación: la esencia de la verdad trasciende todas las formas externas. Es dicha esencia la que reviste una importancia fundamental para comprender a Jesús y su llamamiento universal a las almas para que entren en el reino de Dios, que se halla "dentro de vosotros".

Todos somos hijos de Dios, desde el comienzo hasta la eternidad. Las controversias surgen de los prejuicios, y el prejuicio es fruto de la ignorancia. No debemos sentirnos orgullosamente identificados con el hecho de ser estadounidenses o indios o italianos o de cualquier otra nacionalidad, pues ésta es sólo un accidente de nacimiento.

Deberíamos estar orgullosos, sobre todas las cosas, de ser hijos de Dios, hechos a su imagen. ¿No es ese, acaso, el mensaje de Cristo?

Jesús el Cristo constituye un excelente modelo que pueden seguir tanto en Oriente como Occidente. La impronta divina que nos identifica como "hijos de Dios" se halla oculta dentro de cada alma. Jesús ratificó lo que dicen las escrituras: "dioses sois".

¡Desecha las máscaras! Revélate abiertamente como un hijo de Dios, no mediante vanas proclamas y oraciones aprendidas de memoria, ni por medio de los fuegos artificiales de eruditos sermones concebidos con el propósito de loar a Dios y reunir adeptos, isino a través de la realizacióni. Identifícate, no con el estrecho

fanatismo disimulado bajo el disfraz de la sabiduría, sino con la Conciencia Crística. Identifícate con el Amor Universal, que se expresa al servir a los demás tanto material como espiritualmente. Entonces sabrás quién fue Jesucristo y podrás decir, desde el alma, que todos formamos parte de la misma familia, que todos somos hijos del Unico Dios.

CAPITULO 3

LAS ENSEÑANZAS INTERNAS DE JESUS EL YOGUI Cómo llegan las almas al estado de Conciencia Crística

La importancia del Confortador o Espíritu Santo

"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito (Confortador), para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos.

"Pero el Paráclito (El Confortador), el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho.

"Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde". (Juan 14:15-18, 26,27).

La misma exhortación que Jesús hizo a sus discípulos directos se aplica en la actualidad. Si un devota ama a Cristo – es decir, si ama establecer contacto con la Conciencia Crística presente en Jesús- debe, entonces, seguir fielmente los mandamientos (las leyes de la disciplina física y mental y de la meditación) que se requieren para que la Conciencia Crística se manifieste en la conciencia individual.

Pocas personas en el mundo cristiano han comprendido la promesa que hizo Jesús de enviar al Espíritu Santo después de su partida. El Espíritu Santo es el sagrado poder vibratorio invisible de Dios que sostiene activamente el universo: la Palabra Om, la Vibración Cósmica, el Gran Confortador, el Salvador que libera de todo sufrimiento.

La Palabra: la Vibración Cosmica e Inteligente de Dios

La evolución científica de la creación cósmica que surge de Dios el Creador se esboza, en terminología arcana, en el libro del Génesis del Antiguo Testamento. A los versículos iniciales del Evangelio de San Juan en el Nuevo Testamento se les podría denominar, con justicia, el Génesis según San Juan. Estos dos profundos relatos bíblicos, cuando se comprenden claramente por medio de la percepción intuitiva, se corresponden de forma exacta con la cosmogonía espiritual delineada en las escrituras de la India, legado de los rishis que allí vivieron y que habían alcanzado el conocimiento de Dios en la Edad de oro.

San Juan fue, probablemente, el más avanzado de los discípulos de Jesús. Así como un maestro de escuela tiene entre sus alumnos uno cuya comprensión aventajada lo coloca en el primer lugar de su clase, mientras que otros pertenecen a un nivel inferior, así también los discípulos de Jesús el Cristo poseían diferentes grados de capacidad para apreciar y absorber la profundidad y amplitud de sus enseñanzas. De los diversos libros del Nuevo Testamento, los escritos procedentes de San Juan evidencian el más elevado grado de realización divina, ya que dan a conocer las profundas verdades esotéricas experimentadas por Jesús y luego transferidas a Juan. No solo en su evangelio, sino también en sus epístolas y, sobre todo, en la descripción simbólica de las profundas experiencias metafísicas que se encuentra en el libro del Apocalipsis, Juan presenta las verdades enseñadas por Jesús desde el punto de vista de la percepción intuitiva interior. En las palabras de Juan hallamos precisión, y por eso su evangelio, aun cuando es el último de los cuatro que se incluyen en el Nuevo Testamento, debería ser considerado en primer lugar cuando se busca el verdadero significado de la vida y enseñanzas de Jesús.

" En el principio...". Con estas palabras comienzan las cosmogonías tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. "Principio" se refiere al nacimiento de la creación finita, porque en el Eterno Absoluto – el Espíritu – no existen ni el principio ni el final.

El Espíritu, al ser la única Sustancia existente, no contaba con nada más que Consigo mismo a partir de lo cual crear. El Espíritu y su Creación Universal no podrían ser diferentes en esencia, porque cada una de esas dos Fuerzas Infinitas y eternamente existentes, sería, en consecuencia, absoluta, lo cual es imposible por definición. Una creación coherente requiere de la dualidad: el Creador y lo creado. Así pues, el Espíritu hizo surgir, en primer lugar, el hechizo de la ilusión, Maya, la Mágica Medidora Cósmica, que crea el espejismo de dividir una porción del Infinito Indivisible en objetos finitos separados, de la misma manera que la superficie del mar en calma se distorsiona y se transforma en olas individuales mediante la acción de una tormenta. La creación no es sino el Espíritu que, en apariencia y sólo temporalmente, se ha diversificado por obra de la actividad creativa y vibratoria del Espíritu.

"En el Principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.

"Ella estaba en el Principio junto a Dios.

"Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada.

"Lo que se hizo en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres"

(Juan 1: 1-4)

"Palabra" significa "vibración inteligente", "energía inteligente" que proviene de Dios. La pronunciación de cualquier palabra – tal como "flor" –por parte de un ser inteligente, consta de la energía sonora, o vibración, unida al pensamiento, el cual impregna de significado inteligente a dicha vibración. Del mismo modo, la Palabra que constituye el principio y la fuente de todas las sustancias creadas es la Vibración Cósmica (El Espíritu Santo) imbuida de Inteligencia Cósmica (La Conciencia Crística).

El pensamiento manifestado en la materia, la energía de la cual la materia está compuesta y la materia en sí – es decir, todo lo creado- no son sino los pensamientos del Espíritu que vibran de manera diversa.

Antes de la creación, sólo existía el Espíritu indiferenciado. Al manifestar la creación, el Espíritu se convirtió en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Espíritu No Manifestado se transformó en Dios Padre, el Creador de toda vibración creativa. En las escrituras hindúes, Dios Padre recibe el nombre de Ishvara (El Soberano Cósmico) o Sat (la pura esencia suprema de la Conciencia Cósmica) – la Inteligencia Trascendental -. Es decir, Dios Padre existe en forma trascendental sin hallarse afectado por ninguno de los movimientos de la creación vibratoria; es una Conciencia Cósmica independiente y consciente.

La fuerza vibratoria que emana del Espíritu, dotada del ilusorio poder creativo de maya, es el Espíritu Santo: la Vibración Cósmica, la Palabra, Om o Amén.

Al igual que las ondas sonoras de un terremoto de poder inimaginable, la Palabra – la energía y el sonido creativos de la Vibración Cósmica – emanó del Creador para manifestar el universo. Esa Vibración Cósmica, saturada de Inteligencia Cósmica, se condensó para constituir los elementos sutiles (térmicos, eléctricos, magnéticos y

toda clase de rayos), y a partir de éstos se originaron los átomos de vapor (los gases), los líquidos y los sólidos.

Una vibración cósmica que se hallara activa en el espacio entero no podría, por sí sola, crear o sostener un cosmos tan maravillosamente complejo como éste. Por eso, la conciencia trascendente de Dios el padre se manifestó dentro de la vibración del Espíritu Santo como el Hijo – la Conciencia Crística, la Inteligencia Divina presente en toda la creación vibratoria-. Este reflejo puro de Dios que se encuentra en el Espíritu Santo guía a éste último, de modo indirecto, a fin de que pueda crear, recrear, conservar y moldear la creación de acuerdo con el propósito divino.

Los autores de la Biblia, que no estaban versados en la terminología con que se expresan los conocimientos de la era moderna, emplearon muy acertadamente los términos "Espíritu Santo" y "Palabra" para expresar la naturaleza de la Vibración Cósmica Inteligente. "Palabra" implica un sonido vibratorio que posee poder de materialización. "Espíritu" implica una fuerza inteligente, invisible y consciente. "Santo" califica esta Vibración, porque se trata de la manifestación del Espíritu y porque procura crear el universo de acuerdo con el modelo perfecto de Dios.

El nombre con que se designa al "Espíritu Santo" en las escrituras hindúes, Aum (OM), indica su papel en el plan creativo de Dios: esta palabra está formada por la A de akara, la vibración creativa; la U de ukara, la vibración preservadora, y la M de makara, la fuerza vibratoria de la disolución. La tormenta que se abate sobre el océano produce olas, tanto grandes como pequeñas, las conserva durante cierto tiempo y, finalmente, las disuelve en el seno oceánico de Dios con objeto de ser creadas de nuevo, lo cual constituye un proceso continuo de renovación de la vida y las formas en el incesante sueño cósmico de Dios.

De este modo, la Palabra o Vibración Cósmica constituye el origen de "todo": "y sin ella no se hizo nada". La Palabra existió desde el comienzo mismo de la creación: fue la primera manifestación de Dios al dar origen al universo. "La Palabra estaba junto a Dios", se hallaba imbuída del reflejo de la inteligencia de Dios – La Conciencia Crística-, " y La Palabra era Dios", en la forma de vibraciones de su propio SER único.

La afirmación de San Juan se hace eco de una verdad eterna que resuena en diversos pasajes de los antiguos Vedas: la Palabra cósmica vibratoria (Vak) estaba

junto a Dios el Padre Creador (Prajapati) en el principio de la creación, cuando nada existía; a partir de Vak todo fue creado, y Vak es, en sí misma, Brahman (Dios).

"Así habla el Amén (La Palabra, OM), el Testigo fiel y veraz, el Principio de la Creación de Dios". El Sagrado Sonido Cósmico de OM o AMEN es el testigo de la Divina Presencia manifestada en toda la creación.

El Significado del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo según el yoga

La relación entre la Santísima Trinidad del cristianismo – Padre, Hijo y Espíritu Santo- y el concepto que habitualmente se tiene acerca de la encarnación de Jesús resulta totalmente inexplicable si no se establece una diferencia entre el cuerpo de Jesús y Jesús como vehículo en el cual se manifestó el Hijo unigénito, la Conciencia Crística. Jesús mismo hace dicha distinción cuando se refiere a su cuerpo como el "hijo del hombre" y a su alma (que no estaba limitada por el cuerpo, sino que era una con la unigénita Conciencia Crística presente en cada partícula vibratoria) como el "hijo de Dios).

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito" para redimirlo; es decir, Dios Padre permanecía oculto más allá del reino vibratorio que surgió de su SER, pero luego se manifestó como la Inteligencia Crística que se halla presente en toda la materia y en todos los seres vivientes, con el propósito de hacer regresar todas las cosas a su hogar de Eterna Bienaventuranza, a través de los hermosos llamados de la evolución. De no ser por esta presencia de Dios que impregna por completo la creación, el ser humano se encontraría privado del Auxilio Divino. ¡Con cuanta dulzura – y a veces de un modo casi imperceptible- ese Divino Amparo acude en ayuda del hombre cuando éste se postra de rodillas en actitud suplicante! Nuestro Creador y Supremo Benefactor jamás se encuentra a una distancia mayor que la de un pensamiento amoroso.

Dijo San Juan: "Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios". El plural utilizado en la expresión "hijos de Dios" muestra con toda claridad que, según las enseñanzas impartidas por Jesús y recibidas por Juan, el Hijo unigénito no era el cuerpo de Jesús, sino su estado de Conciencia Crística, y que todos aquellos que fuesen capaces de purificar su conciencia y recibir (o reflejar sin impedimentos) el poder de Dios estarían en condiciones de hacerse hijos de Dios, es decir, podrían – al igual que Jesús- hacerse uno con el reflejo unigénito de Dios en toda la materia y, a través del Hijo (la Conciencia Crística), ascender al Padre, la suprema Conciencia Cósmica.

La invaluable contribución de la India al mundo, descubierta en la antigüedad por sus rishis, es la ciencia de la religión (el yoga o "unión divina") mediante la cual es posible conocer a Dios, no como un concepto teológico sino como una experiencia personal verdadera. De todos los conocimientos científicos, la ciencia yóguica de la realización divina es el más valioso para el ser humano, porque erradica la causa de todos los males que le aquejan: la ignorancia, esa engañosa ilusión que envuelve y nubla el entendimiento del hombre. Cuando nos afianzamos firmemente en la realización divina, trascendemos la ilusión, y la sojuzgada conciencia mortal se eleva hasta alcanzar una altura crística.

Cómo recibir la Conciencia Crística mediante la comunión con el Espíritu Santo en la meditación.

"Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre sino que nacieron de Dios" (Juan 1: 12-13)

La Luz de Dios resplandece en todos por igual, pero a causa de la ilusoria ignorancia no todos la reciben ni la reflejan del mismo modo.

Los rayos del sol inciden por igual sobre un trozo de carbón y sobre un diamante, pero solo el diamante recibe y refleja la luz con brillo esplendoroso. El carbono que forma el trozo de carbón tiene la capacidad de convertirse en diamante. Lo único que se requiere para lograr esta metamorfosis es someterlo a alta presión. Por eso aquí se afirma que todos pueden ser como Cristo: todos aquellos que despejen su conciencia a través de una vida moral y espiritual y, especialmente, mediante la purificación que brinda la meditación, en la cual la rudimentaria mortalidad se sublima hasta transformarse en la perfección inmortal del alma.

La condición de hijo de Dios no es algo que deba adquirirse: más bien, se trata solamente de recibir la luz de Dios y tomar conciencia de que EL ya nos ha conferido ese estado bienaventurado desde el momento mismo en que fuimos creados.

"A los que creen en su nombre": cuando el solo Nombre de Dios despierta en nosotros la devoción y hace que anclamos en EL nuestros pensamientos, se convierte en una puerta hacia la salvación. Cuando la mera mención de su Nombre enciende en el alma la llama del amor por Dios, se iniciará la marcha del devoto en el camino hacia la liberación.

El significado más profundo de "nombre" hace referencia a la Vibración Cósmica (La Palabra, OM o AMEN). Dios como Espíritu no posee un nombre que lo circunscriba. Ya sea que nos refiramos al Absoluto como Dios, Yahvé, Brahman o Alá, estos nombres no le describen fielmente.

Dios el Creador y Padre de todas las cosas vibra en la naturaleza entera como vida eterna, y esa vida posee el sonido del majestuoso Amén u Om. Este nombre es el que define a Dios con mayor exactitud. "Los que creen en su nombre" significa "aquellos que comulgan con el sonido de OM, la voz de Dios que se halla en la vibración del Espíritu Santo". Cuando oímos ese nombre de Dios, esa Vibración Cósmica, nos encontramos en camino de hacernos hijos de Dios, porque en ese sonido la conciencia está en contacto con la inmanente Conciencia Crística, la cual nos conducirá hasta Dios como Conciencia Cósmica.

El sabio Patanjali, el más elevado exponente de la India en la ciencia del yoga, describe a Dios Creador como Ishvara, el Señor o Soberano Cósmico. "Su símbolo es el Pranava (la Palabra o Sonido Sagrado, OM). Al cantar OM de forma reverente y reiterada, y meditar sobre su significado, los obstáculos desaparecen y la conciencia se dirige al interior (apartándose de la identificación sensorial externa)" (Yoga Sutras I: 27-29).

Los seres humanos son en esencia hijos de Dios, reflejos inmaculados del Padre que no han sido manchados por la ilusión, los cuales se han convertido en "hijos del hombre" al identificarse con el cuerpo y olvidar su origen en el Espíritu. Quien está cautivo de la ilusión es simplemente un mendigo en las calles del tiempo; pero así como Jesús recibió y reflejó – a través de su conciencia purificada- la divina filiación de la Conciencia Crística, así también todo ser humano, por medio de los métodos de meditación del yoga, puede purificar su mente y convertirse en una mentalidad diamantina apta para recibir y reflejar la luz de Dios.

El método para establecer contacto con esta Vibración Cósmica, o Espíritu Santo, se está difundiendo por primera vez en todo el mundo a través de técnicas definidas de meditación que forman parte de la ciencia del Kriya Yoga. Mediante la bendición que proviene de la comunión con el Espíritu Santo, se expande la copa de la conciencia humana a fin de recibir el océano de la Conciencia Crística. El practicante avezado de la ciencia del Kriya Yoga que experimenta de forma consciente la presencia del Espíritu Santo, el Confortador, y se funde en el Hijo, la inmanente Conciencia Crística, alcanza de ese modo su unidad con Dios Padre y entra al reino infinito de Dios.

Así pues, Cristo vendrá por segunda vez a la conciencia de cada devoto ferviente y experimentado que domine la técnica para establecer contacto con el Espíritu Santo, que otorga un indescriptible y bienaventurado consuelo en el Espíritu.

La ciencia yóguica de la espina dorsal: "Rectificad el camino del Señor"

Oculto en los versículos de la Biblia donde Juan el Bautista se describe a sí mismo, hay una hermosa revelación acerca del camino que conduce a ese divino contacto:

"Yo soy la voz del que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías" (Juan 1: 1-23)

Quando los sentidos se encuentran ocupados en lo externo, el ser humano se halla absorto en el ajetreado "mercado" de las complejidades de la materia, que interactúan constantemente dentro de la creación. Incluso cuando mantiene los ojos cerrados en la oración o está concentrado en otros pensamientos, el hombre permanece en el ámbito de la actividad. El verdadero desierto, donde ningún pensamiento mortal, deseo humano o inquietud puede importunarnos, se encuentra al trascender la mente sensorial, la mente subconsciente y la mente supraconsciente, es decir, al alcanzar la conciencia cósmica del Espíritu, el "desierto" increado e inexplorado de la Bienaventuranza Infinita.

Quando Juan oyó dentro de sí, en el desierto del silencio, el omnisciente Sonido Cósmico, la sabiduría intuitiva le ordenó calladamente: "Rectificad el camino del Señor": ,manifestad dentro de vosotros al Señor – La Conciencia Crística subjetiva presente en toda la creación vibratoria – mediante el sentimiento intuitivo que surge cuando, en el estado de éxtasis trascendente, se abren los divinos centros metafísicos de la vida y la conciencia en el camino recto de la espina dorsal.

Entre todas las criaturas, el ser humano es el único cuyo cuerpo posee centros espirituales, en el cerebro y la médula espinal, que están dotados de conciencia divina y en los cuales tiene su templo el Espíritu que ha descendido. Los yoghis conocen estos centros, y también San Juan los conocía y los describió en el Libro del Apocalipsis como los siete sellos, y como siete estrellas y siete iglesias, con sus siete ángeles y siete candeleros de oro.

Los tratados de yoga explican el despertar de los centros espinales no como algún tipo de aberración mística sino como un hecho puramente natural, común a todos los devotos que encuentran el camino hacia la presencia de Dios. Los

principios del yoga no reconocen los límites artificiales de los "ismos" religiosos. El yoga es la ciencia universal para lograr la divina unión del alma con el Espíritu, del hombre con su Hacedor.

El yoga describe el modo preciso en que el Espíritu desciende de la Conciencia Cósmica a la materia y se expresa de forma individualizada en todos los seres, y cómo, en sentido inverso, la conciencia individualizada debe finalmente ascender de nuevo hacia el Espíritu.

Muchos son los senderos religiosos y las maneras de acercarse a Dios, pero todos conducen, en última instancia, a una única autopista que constituye el ascenso final hacia la unión con EL. El camino para liberar el alma de los lazos que la atan a la conciencia mortal del cuerpo es idéntico para todos: se trata de la misma vía "recta" de la espina dorsal por la cual el alma descendió del Espíritu al cuerpo y la materia.

La verdadera naturaleza del ser humano es el alma, un rayo del Espíritu. Así como Dios es la Dicha siempre existente, siempre consciente y eternamente renovada, así también el alma, al hallarse encerrada en el cuerpo, es la Dicha individualizada siempre existente, siempre consciente y eternamente renovada.

La envoltura corporal del alma tiene una triple esencia. El cuerpo físico, con el cual el hombre se encuentra tan tenaz y afectuosamente identificado, es poco más que materia inerte, un terrón de minerales y sustancias químicas terrestres que están formados por toscos átomos.

Toda la energía y fuerza que anima el cuerpo físico la recibe de un radiante cuerpo astral interno constituido por vitatrones. El cuerpo astral, a su vez, recibe sus poderes de un cuerpo causal de conciencia pura, que se encuentra formado por todos los principios ideacionales que estructuran y sostienen los instrumentos corporales físicos y astrales utilizados por el alma para interactuar con la creación de Dios.

Los tres cuerpos están vinculados entre sí y trabajan como uno solo debido a la ligazón entre la fuerza vital y la conciencia en los siete centros espirituales cerebroespinales: un instrumento físico, impulsado por la fuerza vital del cuerpo astral y por la conciencia que proviene de la forma causal. Al residir en el cuerpo trino, el alma adopta las limitaciones del confinamiento y se convierte en la pseudo-alma o ego.

La fuerza vital y la conciencia descienden primero al cuerpo causal de conciencia a través de los centros ideacionales de la espina causal (constituída por conciencia magnetizada) y, desde allí, a los maravillosos centros espinales de luz y energía localizados en el cuerpo astral; luego, descienden al cuerpo físico a través del cerebro y la espina dorsal y se dirigen hacia el exterior por el sistema nervioso, los órganos y los sentidos, permitiendo así que el ser humano perciba el mundo e interactúe con su entorno material.

El flujo de la fuerza vital y la conciencia que se orienta hacia el exterior a través de la médula espinal y los nervios provoca que el hombre perciba y aprecie únicamente los fenómenos sensoriales. Dado que la atención es lo que dirige las corrientes vitales y la conciencia, en las personas que se entregan en exceso a los

sentidos del tacto, olfato, gusto, oído y vista, los "reflectores" de la fuerza vital y la conciencia se hallan enfocados sobre la materia.

Si, en cambio, por medio del autodomínio al meditar, la atención se concentra firmemente en el centro de la percepción divina situado en el entrecejo, los faros de la fuerza vital y de la conciencia invierten su orientación y, al retirarse de los sentidos, revelan la luz del ojo espiritual. A través de este ojo de omnipresencia, el devoto se adentra en los dominios de la conciencia divina.

Valiéndose del método correcto de meditación y la práctica de la devoción, y manteniendo los ojos cerrados y concentrados en el ojo espiritual, el devoto llama a las puertas del cielo. Cuando los ojos se encuentran enfocados e inmóviles, y la respiración y la mente están en calma, comienza a formarse una luz en la frente. Finalmente, gracias a la concentración profunda, la luz tricolor del ojo espiritual empieza a hacerse visible. No basta solo con ver el ojo único; lo más difícil para el devoto es entrar en esa luz. Sin embargo, al practicar los métodos más elevados de meditación, tales como el Kriya Yoga, la conciencia es conducida hacia el interior del ojo espiritual, hacia otro mundo de dimensiones más vastas.

En el halo dorado del ojo espiritual, se percibe la creación entera como la luz vibratoria del Espíritu Santo. La luz azul de la Conciencia Crística es la región donde moran los ángeles y las deidades que actúan como instrumentos de los poderes individualizados de creación, conservación y disolución que emanan de Dios. En esa Luz azul también se encuentran los santos más avanzados. A través de la luz blanca del ojo espiritual, el devoto entra en la Conciencia Cósmica y asciende hasta Dios Padre.

Los yoghis de la India (aquellos que buscan la unión con Dios por medio de los métodos formales de la ciencia del yoga) otorgan suprema importancia al hecho de mantener erguida la espina dorsal durante la meditación y concentrarse en el entrecejo. Una columna vertebral que permanece encorvada durante la meditación ofrece verdadera resistencia al proceso por el cual se invierte el curso de las corrientes vitales, e impide que éstas asciendan con fluidez hacia el ojo espiritual. Una espina dorsal que no esté erguida desalinea las vértebras y ocasiona el pinzamiento de los nervios, de modo que deja atrapada la fuerza vital en su acostumbrado estado de conciencia corporal e inquietud mental.

El pueblo de Israel buscaba al Cristo en su cuerpo físico; por eso, Juan el Bautista les aseguró que vendría alguien en quien el Cristo se hallaría manifestado, pero también les dijo sutilmente que todo aquel que quisiera en verdad conocer a Cristo debía recibirlo elevando su conciencia a través de la espina dorsal en la meditación ("el camino del Señor").

Juan señalaba que el mero hecho de adorar el cuerpo de Cristo Jesús no era la vía para conocerle. La Conciencia Crística encarnada en Jesús sólo podía experimentarse mediante el despertar de los centros astrales de la espina dorsal, el

camino recto de ascenso a través del cual era posible percibir de forma intuitiva la metafísica Conciencia Crística presente en el cuerpo de Jesús.

Las palabras del profeta Isaías, reiteradas por Juan el Bautista, muestran que ambos sabían que el Señor subjetivo de la Creación Vibratoria Finita, o Conciencia Crística, podía recibirse en la conciencia de todo ser humano sólo a través del camino recto de la espina dorsal que ha "despertado" como consecuencia de la meditación.

Isaías, Juan, los yoghis: todos ellos saben que para recibir la Conciencia Crística no basta el simple contacto físico con una persona que se halle en estado crístico. Es preciso saber cómo meditar, como desconectar la atención de las distracciones causadas por los sentidos y mantener la conciencia enfocada en el altar del ojo espiritual, donde la Conciencia Crística puede recibirse en toda su gloria.

Todas las religiones verdaderas conducen a Dios, pero algunos senderos implican mayor demora, en tanto que otros son más cortos. Sin importar cuál de las religiones dispuestas por Dios sea la que uno siga, las creencias de todas ellas se fundirán en una única e idéntica experiencia común de Dios. El yoga es el sendero unificador que transitan todos los buscadores religiosos a medida que se acercan, finalmente, a Dios. Antes de que uno pueda llegar a EL, debe existir el "arrepentimiento" que aparta de la ilusoria materia a la conciencia y la dirige hacia el reino de Dios que mora en nuestro interior. Este recogimiento de la conciencia lleva la fuerza vital y la mente hacia dentro, con el fin de que éstas asciendan a través de los centros de espiritualización situados en la espina dorsal hasta alcanzar los estados supremos de la realización divina. La unión final con Dios y las etapas que comprende esta unión son universales. Esto es el yoga, la ciencia de la religión. Las sendas laterales divergentes habrán de confluir en la autopista de Dios; y esa autopista pasa por la espina dorsal: el camino por el cual se trasciende la conciencia del cuerpo y se entra en el infinito reino de Dios.

La verdad y la sabiduría espirituales no se hallan en las palabras de algún sacerdote o predicador, sino en el "desierto" del silencio interior.

Las escrituras sánscritas dicen: "Sabios hay muchos, cada uno con su propia interpretación de lo espiritual y de las escrituras, que aparentemente contradice la de los demás; pero el verdadero secreto de la religión se encuentra oculto en una cueva". La verdadera religión mora en nuestro interior, en la cueva de la quietud, en la cueva de la serena sabiduría intuitiva, en la cueva del ojo espiritual. Cuando nos concentramos en el entrecejo y ahondamos en las calmadas profundidades del luminoso ojo espiritual, podemos hallar respuesta a todos los interrogantes de índole

religiosa que albergamos en el corazón. "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, os lo enseñará todo". (Juan 14:26).

El yoga confiere el verdadero bautismo en el Espíritu

El camino de la ascensión quedó de manifiesto en el bautismo de Jesús. Como se relata en el Evangelio según San Mateo:

"Una vez bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco". (Mateo 3: 16-17)

Cuando se recibe el bautismo por inmersión en la luz del Espíritu, se puede entender la relación que guarda el ojo espiritual microcósmico del cuerpo con la luz del Espíritu que desciende como la Trinidad Cósmica. En el bautismo de Jesús, este descenso se describe metafóricamente: "el Espíritu que bajaba como una paloma y venía sobre El" . La paloma simboliza el ojo espiritual, y el devoto que medita con profundidad lo ve en el centro crístico, situado en la frente, entre los dos ojos físicos.

Este ojo de luz y conciencia aparece como un halo dorado (la Vibración del Espíritu Santo) que rodea una esfera de luz azul opalescente (La Conciencia Crística) en cuyo centro se encuentra una estrella de luz blanca brillante de cinco puntas (el portal que conduce a la Conciencia Cósmica del Espíritu).

La luz trina de Dios del ojo espiritual está simbolizada por una paloma porque brinda paz eterna. Además, mirar el ojo espiritual produce en la conciencia del hombre, la pureza significada por la paloma.

El pico de la paloma simbólica representa la estrella del ojo espiritual, el pasaje secreto hacia la Conciencia Cósmica. Las dos alas representan las dos esferas de conciencia que emanan de la Conciencia Cósmica: la luz azul del ojo espiritual es el microcosmos de la energía cósmica objetiva (la Vibración Cósmica o Espíritu Santo).

Durante el bautismo por el Espíritu en la forma de Espíritu Santo tal como lo experimentó Jesús, él vió que la luz del ojo espiritual descendía de la Luz Divina microcósmicas; y de allí provenía la voz de OM, el sonido celestial inteligente y creador de todas las cosas, que vibraba como voz inteligible:

"Tu eres mi Hijo, ya que has elevado tu conciencia por encima de las limitaciones del cuerpo y de toda la materia con el objeto de percibirte a ti mismo en unidad con mi perfecto reflejo, mi imagen unigénita, inmanente en todo lo manifestado. Yo soy la Bienaventuranza, y expreso mi gozo en el regocijo que sientes al sintonizarte con mi Omnipresencia".

Jesús experimentó la sintonía de su conciencia con la Conciencia Crística, el reflejo "unigénito" de la Inteligencia de Dios Padre presente en la Sagrada Vibración: primero, sintió su cuerpo como la totalidad de la creación vibratoria, en la cual su

pequeño cuerpo estaba incluido; luego, dentro de su cuerpo cósmico constituido por la creación entera, percibió su unidad con la innata Presencia de Dios en el aspecto de Cristo Infinito o Inteligencia Universal – un aura magnética de bienaventurado Amor Divino en la cual la presencia de Dios sostiene a todos los seres.

En la meditación más profunda, tal como la practican quienes se hallan avanzados en la técnica de Kriya Yoga, el devoto experimenta no sólo una expansión de la vibración de OM ("la voz que salía de los cielos"), sino que comprueba además que le es posible seguir la luz microcósmica del Espíritu por el "camino recto" de la espina dorsal hacia la luz del ojo espiritual ("la paloma que baja desde los cielos").

A través de los ojos físicos, el ser humano ve únicamente su cuerpo y una pequeña porción del mundo. Sin embargo, la conciencia se expande al recibir el bautismo o iniciación espiritual de un verdadero gurú. Todo aquel que, a semejanza de Jesús, pueda ver la paloma espiritual posarse sobre él – es decir, que pueda contemplar el ojo espiritual de omnisciencia omnipresente – y, como resultado de perseverar en la meditación cada vez más profunda, logre adentrarse en su luz, percibirá la totalidad del reino de la Energía Cósmica y la conciencia de Dios existente en dicho reino y más allá, en la Infinita Bienaventuranza del Espíritu".

PARTE II – capítulo IV

¿"UN SOLO CAMINO" O UN CAMINO UNIVERSAL?

*Las enseñanzas de Jesús
Acerca de "nacer de nuevo",
Alcanzar el cielo y "creer en su nombre"*

El "segundo nacimiento": el despertar de la facultad intuitiva del alma

La verdad oculta en en las parábolas de Jesús.

"Y acercándose los discípulos le dijeron: "¿Por qué les hablas en parábolas?". El les respondió: "Es que a vosotros se os ha dado conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden". (Mateo 13: 10-11,13).

Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús por qué enseñaba a la gente por medio de las sutiles imágenes de las parábolas, él les respondió: "Porque ha sido decretado que vosotros, que sois mis verdaderos discípulos, que vivís una vida espiritual y guiáis vuestras acciones de acuerdo con mis enseñanzas, merecéis, en virtud de vuestro despertar interior en la meditación, comprender la verdad de los arcanos del cielo y el modo del alcanzar el reino de Dios, es decir, la Conciencia Cósmica oculta tras la creación vibratoria de la ilusión cósmica.

"Pero las personas comunes, cuya receptividad es todavía insuficiente, no están capacitadas para comprender o practicar las verdades más profundas de la sabiduría. Según su entendimiento, captan de las parábolas las verdades más sencillas contenidas en la sabiduría que yo les comunico. Mediante la aplicación práctica de lo que son capaces de recibir, realizan cierto progreso hacia la redención."

¿Cómo es que perciben la verdad aquellos que son receptivos, en tanto que quienes no lo son "viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden"? Las verdades fundamentales relacionadas con el cielo y el reino de Dios, la realidad que se encuentra en el trasfondo de la percepción sensorial y más allá de las reflexiones de la mente racional, solo pueden captarse a través de la intuición, es decir, mediante el despertar del saber intuitivo, o comprensión pura, del alma.

"Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste a Jesús de noche y le dijo: "Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tu realizas si Dios no está con él".

"Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios".

"Dícele Nicodemo: "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?".

"Respondió Jesús: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es Espíritu. No te asombres de que te haya

dicho: Tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu". (Juan 3: 1-8)

Nicodemo visitó a Jesús en secreto, durante la noche, porque temía las críticas de la sociedad. Acercarse al controvertido maestro y expresar su fe en la divina estatura de Jesús constituyó un acto de valor por parte de quien ocupaba una posición tan encumbrada. Reverentemente, afirmó su convicción de que solo un maestro que experimentase la verdadera comunión con Dios podía tener dominio de las leyes superiores que gobiernan la vida interior de todos los seres y de todas las cosas.

En respuesta, Cristo dirigió la atención de Nicodemo directamente hacia la celestial Fuente de todos los fenómenos de la creación- tanto mundanos como "milagrosos"- y señaló de manera sucinta que cualquier persona puede establecer contacto con esa Fuente y conocer las maravillas que proceden de ella – como Jesús mismo lo hacía- si experimenta el "segundo nacimiento": el nacimiento espiritual del despertar intuitivo del alma.

Las multitudes, que tan solo albergaban una curiosidad superficial y se sentían atraídas por el despliegue de poderes fenoménicos, recibían una porción ínfima del tesoro de sabiduría de Jesús; en cambio, la manifiesta sinceridad de Nicodemo le permitió obtener del maestro una guía precisa que hacía énfasis en el Poder y el Objetivo Supremos en los cuales debe concentrarse el hombre. Los milagros de la sabiduría que iluminan la mente son superiores a los de la curación física y a los del dominio sobre la naturaleza; pero aún mayor es el milagro que consiste en la curación de la causa original de toda forma de sufrimiento: la engañosa ignorancia que eclipsa la unidad del alma humana con Dios. Ese olvido primordial puede desterrarse sólo mediante la realización del Ser, a través del poder intuitivo con que el alma percibe de manera directa su propia naturaleza como Espíritu individualizado y siente al Espíritu como la esencia de todas las cosas.

Todas las religiones del mundo auténticamente reveladas se basan en el conocimiento intuitivo. Cada una de ellas tiene una particularidad exotérica o externa y una esencia esotérica o interna. El aspecto exotérico es su imagen pública, constituida por procesos morales y un conjunto de doctrinas, dogmas, razonamientos, normas y costumbres que tienen como propósito servir de guía al común de los seguidores.

El aspecto esotérico consiste en ciertos métodos que se concentran en la comunión real del alma con Dios. El aspecto exotérico es para las multitudes; el esotérico, para aquellos pocos que cuentan con verdadero fervor. Es el aspecto esotérico de la religión el que conduce a la intuición, al conocimiento directo de la Realidad.

El sublime Sanatana Drama de la filosofía védica de la antigua India – resumido en los Upanishads y en los seis sistemas clásicos de conocimiento metafísico, e incomparablemente sintetizado en el Bhagavad Guita – está basado en la percepción intuitiva de la Realidad Trascendental. El budismo, con sus diversos métodos de lograr el control de la mente y profundizar en la meditación, aboga por el conocimiento intuitivo para alcanzar la trascendencia del nirvana. El sufismo del Islam tiene su fundamento en la intuitiva experiencia mística del alma. Dentro de la religión judía, hay enseñanzas esotéricas basadas en la experiencia interior de la Divinidad, de lo cual existe copiosa evidencia en el legado de los profetas bíblicos iluminados por Dios. Las enseñanzas de Cristo expresan plenamente esa realización. El libro del Apocalipsis, escrito por el apóstol Juan, constituye una notable revelación de las más profundas verdades que, revestidas de metáforas, se presentan ante la percepción intuitiva del alma.

El "segundo nacimiento", sobre cuya necesidad habla Jesús, nos permite entrar en los dominios de la percepción intuitiva de la verdad. Aun cuando al escribir el Nuevo Testamento no se utilizó la palabra "intuición", pueden hallarse en él abundantes referencias al conocimiento intuitivo. De hecho, los 21 versículos en los que se describe la visita de Nicodemo presentan, en forma de condensados epigramas _ tan característicos de la escritura oriental -, un completo resumen de las enseñanzas esotéricas de Jesús sobre la manera práctica de obtener el infinito reino de la bienaventurada conciencia divina.

Estos versículos han sido interpretados, por lo general, como una confirmación de doctrinas tales como la que afirma que el bautismo del cuerpo por el agua es un requisito esencia para entrar en el reino de Dios después de la muerte (Juan 3:5), que Jesús es el único "hijo de Dios" (Juan 3:16), que la mera "creencia" en Jesús es suficiente para la salvación y que todos aquellos que no creen ya están condenados (Juan 3:17-18). Semejante interpretación exotérica de las escrituras hace que la universalidad de la religión quede sepultada en el dogma. Sin embargo, la comprensión de la verdad esotérica revela un panorama de unidad.

"En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios".

Las palabras elegidas por Jesús constituyen una indicación de que estaba familiarizado con la doctrina espiritual de la reencarnación, doctrina originaria de oriente. Uno de los significados que pueden inferirse de este precepto es que el alma debe nacer repetidas veces en diversos cuerpos hasta despertar nuevamente a la realidad y conocer su innata perfección. Creer que con la muerte del cuerpo el alma accede de modo automático a una eterna existencia angélica en el cielo es una esperanza infundada. En tanto no alcances la perfección, eliminando del alma (la imagen individualizada de Dios) los escombros del karma (los resultados de tus propias acciones), no podrás entrar en el Reino de Dios. Una persona común, que sin cesar crea nuevas ataduras kármicas mediante sus acciones erróneas y deseos materialistas – que se suman a los efectos acumulados de numerosas encarnaciones anteriores – no puede liberar su alma en el lapso de una sola vida. Para deshacer todos los impedimentos kármicos que obstruyen la intuición del alma (el conocimiento puro sin el cual es imposible "ver el Reino de Dios"), son necesarias muchas vidas de evolución física, mental y espiritual.

El significado más importante de las palabras de Jesús a Nicodemo va más allá del hecho de que son una referencia implícita a la reencarnación. Esto resulta evidente en la petición de Nicodemo de recibir una explicación adicional acerca de cómo podía un adulto alcanzar el reino de Dios: "Acaso debe entrar de nuevo en el seno materno y volver a nacer? En los versículos siguientes, Jesús expone en detalle el modo en que una persona puede "nacer de nuevo" en su actual encarnación: cómo el alma identificada con el cuerpo y las limitaciones de los sentidos es capaz de obtener, por medio de la meditación, un nuevo nacimiento en la Conciencia Cósmica.

"El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios"

"Nacer de agua" se interpreta, en general, como un imperativo para efectuar el ritual externo del bautismo por agua – un renacimiento simbólico – con el objeto de ser dignos del reino de Dios después de la muerte. Sin embargo, Jesús no aludía a un re-nacimiento que implicara el uso de agua. En este pasaje, "agua" significa "protoplasma". El cuerpo está constituido en su mayoría por agua y comienza su existencia terrenal en el líquido amniótico del útero materno. Aun cuando el alma debe pasar por el

proceso natural de nacimiento que Dios ha establecido a través de sus leyes biológicas, el nacimiento físico no es suficiente para que el ser humano sea digno de contemplar el reino de Dios o entrar en él.

La conciencia ordinaria se halla ligada a la carne, y el hombre puede ver, por medio de los ojos físicos, sólo lo que hay dentro de esta diminuta casa de muñecas que es la Tierra y el cielo estrellado que la rodea. A través de las pequeñas ventas externas de los cinco sentidos, las almas que se encuentran atadas al cuerpo no perciben ninguna de las maravillas que están más allá de la limitada materia.

Cuando una persona viaja en avión a gran altura, no ve fronteras, sino solo el ilimitado espacio y los despejados cielos sin fin. Sin embargo, si se halla encerrada en una habitación, rodeada de paredes sin ventanas, pierde la visión de la inmensidad.

De manera similar, cuando el alma del hombre debe abandonar la infinitud del Espíritu para confinarse en un cuerpo mortal sujeto a las limitaciones de los sentidos, sus experiencias externas se circunscriben a las restricciones de la materia. Por ese motivo, Jesús aludió al hecho de que sólo podemos ver y conocer aquello que nos permiten los limitados instrumentos de los sentidos y del raciocinio, como afirman los científicos modernos.

Así como a través de un telescopio de solo cinco centímetros de diámetro no es posible apreciar en detalle las estrellas distantes, así también Jesús explicaba que el ser humano no puede ver ni saber nada del reino celestial de Dios mediante el mero uso del poder no amplificado de su mente y sus sentidos. Por el contrario, un telescopio de cinco metros le permite al hombre escudriñar las vastas extensiones del espacio poblado de estrellas; de manera semejante, al desarrollar el sentido de la intuición a través de la meditación, el ser humano es capaz de contemplar los reinos causal y astral de Dios – donde nacen los pensamientos, las estrellas y las almas – y puede entrar en ellos.

Jesús señala que una vez que el alma humana se encarna – es decir, que nace del agua o protoplasma -, el hombre debe perfeccionarse a fin de trascender las imposiciones mortales del cuerpo. Por medio del despertar de su "sexto sentido" (la intuición) y de la apertura del ojo espiritual, su conciencia iluminada puede entrar en el reino de Dios. En este segundo nacimiento, el cuerpo no cambia, pero la consciencia del alma, en vez de hallarse atada al plano material, es libre para vagar por el imperio eternamente gozoso y sin fronteras del Espíritu.

La intención de Dios era que sus hijos humanos vivieran en la tierra conscientes del Espíritu que anima la creación entera, y disfrutasen así de su drama onírico como si fuera un entretenimiento cósmico. De entre todas

las criaturas, solo el cuerpo del ser humano, por tratarse de una creación especial de Dios, fue dotado de los instrumentos y habilidades que son necesarios para expresar en su totalidad las divinas potencialidades del alma. Sin embargo, debido al engaño de Satanás, el hombre ignora sus atributos más elevados y permanece apegado a la limitada forma carnal y sujeto a la mortalidad.

En su manifestación como almas individualizadas, el Espíritu desarrolla progresivamente su poder de conocimiento a través de las sucesivas etapas de la evolución; como respuesta subconsciente en los minerales, como sensibilidad en la vida vegetal, como conocimiento sensible e instintivo en los animales, como intelecto, raciocinio e intuición introspectiva no desarrollada en el hombre y como intuición pura en el superhombre.

Se dice que, después de atravesar las sucesivas etapas de la evolución ascendente durante ocho millones de vidas como un hijo pródigo, a lo largo de los ciclos de las encarnaciones, el alma por fin adquiere un nacimiento humano. En el principio, los seres humanos eran hijos inmaculados de Dios. A excepción de los santos, nadie ha experimentado la divina conciencia de la que disfrutaban Adán y Eva. A partir de la caída original, fruto del mal uso de su independencia, el hombre ha perdido ese estado de conciencia al haberse equiparado y asociado con el ego carnal y los deseos mortales relacionados con dicho ego. No son pocas las personas que más parecen animales movidos por el instinto que seres humanos que responden al intelecto. Su mente es tan materialista que, cuando se les habla acerca de comida, sexo o dinero, comprenden y responden por medio de un acto reflejo, como el famoso perro de Pavlov que segregaba saliva. Pero si alguien trata de hacerlas participar de un intercambio filosófico coherente acerca de Dios o del misterio de la vida, reaccionan con ignorante estupefacción como si su interlocutor no estuviera en su sano juicio.

El hombre espiritual intenta liberarse de la materialidad que le hace vagabundear como un hijo pródigo por el laberinto de las encarnaciones; pero el hombre común no desea otra cosa que mejorar las condiciones de sus existencia terrenal. Así como el instinto confina a los animales a un territorio comprendido dentro de límites preestablecidos, así también la razón impone sus propias restricciones a aquellos seres humanos que no procuran convertirse en superhombres mediante el desarrollo de su intuición. El individuo que solo rinde culto al raciocinio y no es consciente de que dispone del poder de la intuición – el único que le permite conocerse a sí mismo como alma – permanece en un estado que supera

escasamente al de un animal racional: ha perdido el contacto con la herencia espiritual que es su derecho de nacimiento.

El cuerpo nacido de la carne tiene las limitaciones de la carne, en tanto que el alma, nacida del Espíritu, posee en potencia poderes ilimitados. Por medio de la meditación, la conciencia del hombre se transfiere del cuerpo al alma y, a través del poder de la intuición del alma, el ser humano ya no se percibe a sí mismo como un cuerpo mortal – un fenómeno de naturaleza objetiva- sino como la conciencia inmortal que, aunque mora en dicho cuerpo, está unida a la Divina Esencia que se encuentra más allá de lo fenoménico.

El ser humano continúa firmemente convencido de que es en esencia un cuerpo, aun cuando a diario recibe demostraciones de lo contrario. Cada noche durante el sueño (la pequeña muerte), desecha su identificación con la forma física y renace como conciencia invisible. ¿Por qué el hombre siente el impulso de dormir? El sueño es un recordatorio de lo que se encuentra más allá del estado de sueño: el estado del alma. La existencia material sería insoportable si no se tuviese, al menos, un contacto subconsciente con el alma, el cual es proporcionado por el sueño. Durante la noche, el ser humano se despoja del cuerpo para sumergirse en el subconsciente y se convierte en un ángel; durante el día, se convierte una vez más en un demonio, divorciado del Espíritu por causa de los deseos y las sensaciones del cuerpo. Mediante la técnica de Kriya Yoga, puede volverse un dios durante el día, al igual que Cristo y los grandes maestros; trascenderá el subconsciente hasta alcanzar la supraconciencia y disolverá la conciencia del cuerpo en el éxtasis de Dios. Quien pueda lograr esta transformación habrá nacido de nuevo.

Esta tierra es el hábitat de los problemas y del sufrimiento; por el contrario, el reino de Dios que está más allá de este plano material es la morada de la libertad y de la bienaventuranza. El alma del hombre que se encuentra en el proceso del despertar ha seguido un camino arduamente conquistado, a lo largo de numerosas encarnaciones de evolución ascendente, con el propósito de llegar a la etapa de ser humano y tener la

posibilidad de reclamar su divinidad perdida. Y, sin embargo, ¡cuántos nacimientos humanos se han desperdiciado por permanecer absortos en la comida, el dinero, la gratificación del cuerpo y las emociones egoístas! Cada persona debería preguntarse cómo está empleando los preciosos momentos de su presente encarnación. Con el tiempo, el cuerpo de todos los seres humanos termina decayendo dolorosamente. ¿No es preferible, acaso, separar el alma de la conciencia del cuerpo y mantener el cuerpo como un templo del Espíritu? ¡Oh, alma!, tu no eres el cuerpo. ¿Por qué no recordar siempre que eres el Espíritu de Dios?.

Jesús dijo que es preciso reestablecer nuestra conexión con la Eternidad; hemos de nacer de nuevo. El hombre debe seguir la tortuosa senda de las reencarnaciones hasta agotar su karma, o bien –mediante una técnica como el Kriya Yoga y la ayuda de un verdadero gurú– despertar la divina facultad de la intuición y reconocerse como alma, es decir, nacer de nuevo en el Espíritu. Por el último método mencionado, puede ver el reino de Dios y entrar en él en esta vida.

Tarde o temprano, después de un mayor o menor número de penosas encarnaciones, el alma de cada hombre clamará a gritos recordándole que su hogar no se encuentra aquí, y él comenzará con sincera determinación a volver sobre sus pasos para regresar a su legítimo reino celestial. Cuando alguien tiene un anhelo intenso de conocer la Verdad, Dios le envía un maestro, a través de cuya devoción y realización el Señor implanta su amor en el corazón de esa persona.

El nacimiento como ser humano lo recibimos de nuestros padres; el nacimiento espiritual, en cambio, lo concede un gurú enviado por Dios. En la tradición Védica de la antigua India, el bebé recién nacido se le denomina kayastha, que significa "identificado con el cuerpo". Los ojos físicos, que miran hacia la tentadora materia, son un legado de los padres físicos; pero en el momento de la iniciación (el bautismo espiritual), es el gurú quien abre el ojo espiritual. Por medio de la ayuda del gurú, el iniciado aprende a utilizar el ojo telescópico para contemplar el Espíritu y se convierte, entonces, en un dwija, "nacido dos veces" (la misma terminología metafísica empleada por Jesús). Comienza así su avance hasta alcanzar el estado de brahmán, aquel que conoce a Brahman o el Espíritu.

El alma vinculada a la materia, al elevarse hasta el Espíritu a través del contacto con Dios, nace por segunda vez, en el Espíritu. Lamentablemente, incluso en la India esta iniciación para pasar de la conciencia del cuerpo a la conciencia espiritual se ha transformado en una simple formalidad, en una ceremonia de castas que llevan a cabo sacerdotes comunes durante la

iniciación de los jóvenes brahmines, lo cual equivale al ritual simbólico del bautismo con agua. No obstante, Jesús, al igual que los grandes maestros hindúes de los tiempos antiguos y modernos, confería el bautismo real del Espíritu, "con Espíritu Santo y Fuego". Un verdadero gurú es aquel que puede modificar las células cerebrales del discípulo mediante la corriente espiritual que fluye desde Dios a través de la conciencia iluminada del gurú. Quienquiera que se halle en sintonía – que medite sincera y profundamente y aprenda a enviar la corriente divina hacia las células cerebrales, como ocurre en la técnica de Kriya Yoga- percibirá ese cambio. El alma se encuentra atada al cuerpo mediante las cuerdas del karma, trenzadas por vidas enteras de deseos, comportamientos y hábitos materiales. Sólo la acción de la corriente vital puede transformar la vida de una persona, al destruir esos millones de registros kármicos. Se nace, entonces, de nuevo; el alma abre la ventana interior de su identidad con el Espíritu y comienza a percibir la maravillosa omnipresencia de Dios.

Así pues, "nacer de nuevo" significa mucho más que el simple hecho de convertirse en miembro de una iglesia y recibir el bautismo en una ceremonia. La mera creencia no le asegura al alma un lugar permanente en el cielo después de la muerte; es preciso lograr la comunión con Dios ahora. Los seres humanos se vuelven ángeles en la tierra, no en el cielo. Cualquiera que sea el punto en que una persona interrumpa su progreso espiritual debido a la llegada de la muerte, desde ese mismo punto deberá comenzar, una vez más, en la siguiente encarnación. Después de dormir, continúas siendo el mismo que antes del sueño; después de morir, seguirás siendo el mismo que antes del fallecimiento.

Por este motivo, Cristo y los grandes maestros señalan que es necesario convertirse en santo antes de que llegue el sueño de la muerte. No se puede lograr tal transformación si se llena la mente de apegos mortales y distracciones inútiles. Aquel que está ocupado en acumular tesoros en la tierra no se encuentra centrado en Dios; quien se ha halla absorto en Dios no desea tener en su vida demasiadas actividades infructuosas. Solo liberándose de los deseos terrenales es posible acceder al reino de Dios. El Señor espera con paciencia el cien por ciento de la devoción del hombre; a quienes le buscan diligentemente cada día y cumplen sus mandamientos, comportándose conforme a la divina naturaleza de su alma, El les abre el portal que conduce al reino de su presencia.

Aunque escuchara un sinfín de conferencias sobre la luz del sol y las bellezas del paisaje, no podría ver éstas si mis ojos se encontrasen cerrados. De igual manera, la gente no verá a Dios – que es omnipresente, en tanto no abra el ojo espiritual de la percepción intuitiva. Cuando el ser humano sea capaz de percibir que no es un cuerpo mortal sino una chispa

del Espíritu Infinito revestida de un cúmulo de energía vital, podrá contemplar el reino de Dios. Comprenderá que su cuerpo y el universo no están constituidos de la materia que mantiene cautiva al alma, sino de energía y de conciencia, expansivas e indestructibles. La ciencia ha demostrado esta verdad, y cada individuo tiene la posibilidad de experimentarla por si mismo: por medio del Kriya Yoga, puede lograr la inquebrantable percepción de que él es esa gran Luz y Conciencia del Espíritu.

¡Oh, ser humano!, ¿cuánto tiempo más seguirás siendo un animal racional? ¿Cuánto tiempo más continuarás intentando infructuosamente escudriñar las inconmensurables regiones de la creación a través sólo de la mirada miope de los sentidos y de la razón? ¿Cuánto tiempo más permanecerás atado a la satisfacción de las exigencias propias del hombre animal? ¡Despójate de los grilletes que te mantienen prisionero! Toma conciencia de que eres inmortal y de que cuentas con poderes y facultades ilimitados. ¡No sigas ya soñando el sueño antiguo del animal racional!. ¡Despierta! ¡Eres hijo de la inmortalidad, dotado de intuición!.

CAPITULO 5

CÓMO "ELEVAR AL HIJO DEL HOMBRE" AL ESTADO DE CONCIENCIA DIVINA.

"Respondió Nicodemo: "Cómo puede ser eso?". Jesús le respondió: "Tu eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al decirnos cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo?.

"Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del Cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo". Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna y no perezca". (Juan 3:9-15)

Al dirigirse a Nicodemo, Jesús señaló que el solo hecho de desempeñar el cargo ceremonial de maestro de la casa de Israel, no le garantizaba la

comprensión de los misterios de la vida. A menudo, se otorgan dignidades religiosas a ciertas personas en virtud de su conocimiento intelectual de las escrituras, pero sólo se puede obtener una comprensión total de las profundidades esotéricas de la verdad por medio de la experiencia intuitiva. "Nosotros hablamos de lo que sabemos" implica un conocimiento más profundo que la información que puede obtenerse a través del intelecto y del raciocinio, que dependen de los sentidos. Dado que estos últimos son limitados, también lo es el entendimiento intelectual. Los sentidos y la mente son los portales externos por los cuales el conocimiento se introduce en la conciencia. El conocimiento humano penetra por medio de los sentidos, y la mente lo interpreta. Si los sentidos se equivocan en lo que perciben, la conclusión que el entendimiento obtenga a partir de esa información será también incorrecta.

Una tela de gasa blanca que ondea a la distancia puede parecer un fantasma, y una persona supersticiosa tal vez crea que lo es; pero una observación más detenida revelará que esa conclusión es errónea. Los sentidos y el entendimiento son fácilmente víctimas del engaño porque no captan la verdadera naturaleza, ni el carácter, ni la sustancia esenciales de todo lo creado.

Jesús, en virtud de su intuición, poseía un conocimiento pleno del noúmeno que sostiene el funcionamiento del cosmos y la diversidad de la vida. Por esa razón, pudo decir con autoridad: "Nosotros sabemos".

Jesús se hallaba en sintonía con el gran plan de manifestación que subyace en el espacio entero y que está más allá de la visión terrenal.

A las mentes beligerantes, no podía hablarles sin reservas acerca de las percepciones omnipresentes que experimentaba; incluso fue crucificado a causa de las verdades que pronunció! El le dijo a Nicodemo: "Si te hablo acerca de temas concernientes a las almas humanas cuya presencia es visible en la tierra, y sobre el modo en que éstas pueden entrar en el reino de Dios, y no crees, ¿cómo podrás, entonces, creerme si te hablo acerca de acontecimientos de los reinos celestiales, los cuales se hallan totalmente ocultos a la mirada humana ordinaria?"

Aun cuando Jesús lamentaba, con afable tolerancia, que Nicodemo dudase de las revelaciones intuitivas del estado crístico, pasó a explicarle a su visitante la manera en que éste (y cualquier otro buscador espiritual) podía experimentar esas verdades por sí mismo.

Hay muchas personas que dudan de la existencia del cielo simplemente porque no lo ven. Y, sin embargo, no ponen en duda la existencia de la brisa tan sólo porque no sea visible. A ésta se la reconoce por su sonido, por la sensación que produce sobre la piel y por el movimiento que imprime a las hojas y demás objetos. De manera semejante, el universo

entero vive, se mueve y respira por causa de la invisible presencia de Dios en las fuerzas celestiales que se encuentran más allá de la materia.

En cierta ocasión, un hombre le obsequió aceitunas a otro que no las conocía y le dijo: "Contienen gran cantidad de aceite". Esta otra persona partió el fruto pero no pudo ver el aceite, hasta que su amigo le mostró cómo extraer el aceite de las aceitunas. Lo mismo ocurre en relación con Dios. Todo el universo se encuentra saturado de su presencia: las titilantes estrellas, la rosa, el canto de los pájaros, nuestras mentes. Su Ser lo inunda todo por doquier. Pero es imprescindible –metafóricamente hablando– "extraer" a Dios de la materia donde se halla oculto.

La concentración interior es el camino para tomar conciencia del sutil y prolífico cielo que se encuentra más allá de este denso universo.

La soledad es el precio de la grandeza y del contacto con Dios. Aquéllos que estén dispuestos a arrebatarle algo de tiempo al insaciable mundo material con el propósito de dedicárselo, en cambio, a la búsqueda divina aprenderán a contemplar la maravillosa fábrica de la creación de la cual han surgido todas las cosas. Cada una de las almas encarnadas en un cuerpo físico ha descendido de las celestiales esferas causal y astral, y todas ellas pueden volver a ascender retirándose al "desierto" del silencio interior y practicando el método científico de elevar la fuerza vital y la conciencia desde la identificación corporal hasta la unión con Dios.

"Nadie ha subido al Cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo". Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre" (Juan 3: 13-14)

Este pasaje es muy importante y poco comprendido. Si se las considera en forma literal, las palabras "elevó la serpiente" son, en el mejor de los casos, una clásica ambigüedad de las escrituras. Cada símbolo encierra un significado oculto que debe interpretarse con acierto.

La palabra "serpiente" de este pasaje se refiere, metafóricamente, a la conciencia y la fuerza vital del ser humano presentes en el sutil conducto enrollado que se encuentra en la base de la espina dorsal, cuyo flujo hacia la materia debe revertirse para que el hombre ascienda de nuevo desde un estado de apego corporal hasta su libertad en la supraconciencia.

En nuestra calidad de almas, todos nos hallábamos, al principio, en el seno de Dios. Luego el Espíritu proyectó el deseo de crear una expresión individualizada de Sí mismo; el alma se manifestó entonces y proyectó la idea del cuerpo en la forma causal; la idea se convirtió en energía, o sea,

en el cuerpo astral de vitatrones; y el cuerpo astral se condensó para formar el cuerpo físico. A través del conducto espinal integrado por estos tres medios instrumentales, el alma desciende hasta identificarse con el cuerpo material y la materia densa.

"El que bajó del cielo" significa el cuerpo físico. (Jesús se refiere al cuerpo físico como el "hombre". En los Evangelios, Jesús designa en todo momento su propio cuerpo físico como "el Hijo del hombre" para diferenciarlo de la Conciencia Crística, "el Hijo de Dios". El hombre desciende de los planos celestiales de la creación de Dios y un cuerpo astral de luz, adopta la envoltura externa de tejido material. Así pues, no sólo Jesús sino todos los hijos de Dios han "bajado del cielo".

Ningún cuerpo humano ha ascendido al cielo: la esencia etérica de esta región no puede albergar formas corpóreas; no obstante, todas las almas tendrán la posibilidad de entrar – y, de hecho, entrarán – en los reinos celestiales cuando, a causa de la muerte o por medio de la trascendencia espiritual, se despojen de la conciencia física y se reconozcan como seres angélicos ataviados de pensamientos y de luz.

Todos estamos hechos a imagen de Dios; somos seres dotados de conciencia imperecedera, envueltos en diáfana luz celestial – una herencia que se encuentra sepultada bajo el terrón de la carne -. Sólo podremos reconocer dicha herencia por medio de la meditación. No existe otro camino; ese logro no se alcanza a través de la lectura de libros o del estudio filosófico, sino por la devoción y la oración continua y la meditación científica que eleva la conciencia hacia Dios.

Jesús se refería a una extraordinaria verdad cuando habló del "Hijo del hombre, que está en el cielo". Las almas comunes ven sus cuerpos (el "hijo del hombre") vagar sólo por la tierra; en cambio, las almas libres como

Jesús moran simultáneamente en el plano físico y en los reinos celestiales astral y causal.

Así pues, las palabras de Jesús son a la vez simples y maravillosas; aún cuando residía en un cuerpo en el mundo físico, se contemplaba a sí mismo como un rayo de Dios que descendía del cielo. Demostró esto en forma concluyente después de su muerte, al volver a crear su cuerpo físico con rayos de luz creativa cósmica y desmaterializarlo más tarde en presencia de sus discípulos cuando ascendió nuevamente al cielo.

Mientras Jesús, encarnado por mandato divino, se encontraba en el mundo llevando a cabo con diligencia la obra de su Padre Celestial, pudo en verdad proclamar: "Estoy en el Cielo". Este es el estado más elevado de éxtasis de la conciencia divina, definido por los yoghis como nirvikalpa samadhi, un estado extático "sin diferencia" entre la conciencia externa y la comunión interior con Dios. En savikalpa samadhi "con diferencia" (un estado menos elevado), no somos conscientes del mundo externo; el cuerpo entra en un trance inerte a la vez que la conciencia se halla inmersa en la unidad interior consciente con Dios. Los maestros más avanzados logran ser plenamente conscientes de Dios sin mostrar signos de que el cuerpo esté paralizado; el devoto bebe la presencia de Dios y, al mismo tiempo, continúa consciente y completamente activo en su entorno externo, si así se lo propone.

Esta declaración de Jesús brinda enorme aliento a todas las almas: aun cuando el ser humano se encuentre acosado por las complicaciones asociadas a la residencia en un cuerpo físico, Dios le ha proporcionado la capacidad de permanecer en la conciencia celestial a pesar de las circunstancias externas. Un ebrio lleva su embriaguez consigo sin importar a dónde vaya. Aquel que se encuentre enfermo está en todo momento preocupado por su malestar. Quien es feliz está siempre burbujeante de alegría. Y el que se halla consciente de Dios disfruta de esa suprema Bienaventuranza, ya sea que esté activo en el mundo externo o absorto en la comunión interior.

En los Evangelios, Jesús enfatiza una y otra vez el hecho de que todos pueden lograr aquello que él logró. El siguiente comentario que le hace a Nicodemo muestra de qué manera es posible:

"Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna y no perezca".

Jesús señala que cada hijo del hombre, cada conciencia corporal, debe elevarse del plano de los sentidos al reino astral revirtiendo la corriente de la fuerza vital que se dirige hacia el exterior, en dirección a la materia, con el fin de que ascienda por el conducto enrollado en forma de serpiente que se encuentra en la base de la espina dorsal: el hijo del hombre se eleva cuando esta fuerza serpentina asciende, "como Moisés elevó la serpiente en el desierto". Al igual que hizo Moisés, debemos reascender en el desierto espiritual de silencio donde cesaron todos sus deseos y elevó su alma – a través del mismo sendero por el cual había descendido- desde la conciencia corporal a la conciencia de Dios.

Como se explicó anteriormente, los cuerpos físico, astral y causal del ser humano están ligados entre sí y funcionan como uno solo debido al anudamiento de la fuerza vital y de la conciencia en los siete centros cerebroespinales. En el orden descendente, el último lazo es un nudo enrollado que se encuentra en la base de la columna vertebral, el cual impide el ascenso de la conciencia hacia el celestial reino astral. A no ser que se conozca la manera de desatar este nudo de fuerzas astrales y físicas, la vida y la conciencia continúan siendo atraídas al reino mortal y fluyen hacia el exterior, hacia la conciencia del cuerpo y de los sentidos.

Al circular por el espacio, la mayor parte de la energía se mueve en forma helicoidal – un motivo ubicuo en la arquitectura microcósmica y microcósmica del universo-. A partir de las nebulosas galácticas (que son la cuna cósmica de la cual surge toda la materia), la energía fluye describiendo diseños enrollados, circulares o vortiginosos. El patrón se repite en la danza orbital de los electrones alrededor del núcleo atómico y – como aparece citado en las escrituras hindúes de origen antiguo- en la de los planetas y los soles y los sistemas estelares que giran por el espacio en torno a un gran centro del universo. Muchas galaxias tienen una configuración helicoidal, y otros incontables fenómenos de la naturaleza – plantas, animales, vientos y tormentas- evidencian, de modo similar, las invisibles espirales de energía que subyacen a su forma y su estructura. Así es la "fuerza serpentina" (kundalini) en el microcosmos del cuerpo humano: una corriente enrollada que se encuentra en la base de la espina dorsal, una poderosa dinamo de vida que, cuando se dirige hacia fuera, sostiene el cuerpo físico y la conciencia sensorial, y cuando se hace ascender conscientemente, abre las maravillas de los centros cerebroespinales astrales.

El alma, envuelta en las sutiles cubiertas de los cuerpos astral y causal, comienza su encarnación física en el momento de la concepción; es

entonces cuando se inicia el desarrollo del cuerpo entero a partir de la célula seminal formada por la unión del espermatozoide con el óvulo. Así surgen los primeros vestigios del bulbo raquídeo, el cerebro y la médula espinal.

Desde su sede primigenia en el bulbo, la energía vital inteligente del cuerpo astral fluye hacia abajo; activa, así, los poderes especializados de los chacras astrales cerebroespinales que originan y vitalizan la columna vertebral, el sistema nervioso y los demás órganos del cuerpo. Una vez finalizada su tarea de creación del cuerpo, la fuerza vital primaria descansa en un conducto enrollado que se encuentra en el centro más bajo, el coccígeo. La configuración espiralaza de este centro astral es lo que da a la energía vital allí presente el nombre de kundalini o fuerza serpentina (del sánscrito kundala, "enrollada"). Cuando ha completado su obra creativa, la concentración de fuerza vital de este centro recibe el nombre de kundalinii "adormecida", porque al fluir en sentido centrífugo hacia el cuerpo, en su continua tarea de vitalización del área física de los sentidos – que incluye la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, así como la fuerza creativa física de naturaleza sexual, ligada a lo terreno -, ocasiona una fuerte identificación de la conciencia con los sueños ilusorios de los sentidos y su campo de acción: las actividades y los deseos.

Moisés, Jesús y los yoghis hindúes conocían el secreto de la vida espiritual científica. Demostraron, con unanimidad, que todos aquellos cuya mente aún se encuentra atada a lo físico deben dominar el arte de elevar la fuerza serpentina de la conciencia corporal sensoria a fin de dar los primeros pasos en su camino interior de regreso al Espíritu.

Todos los santos que han alcanzado la conciencia de Dios, sea cual sea su religión, han logrado, en efecto, retirar la conciencia y la fuerza vital de las regiones sensoriales para hacerlas ascender por el conducto y los plexos espinales hasta llegar al centro de la conciencia divina situado en el cerebro y, desde allí, al Espíritu omnipresente.

Cuando nos hallamos sentados en calma y en silencio, logramos aquietar parcialmente la fuerza vital que fluye hacia fuera en dirección a los nervios, al haberla retirado de los músculos; en ese momento, el cuerpo se encuentra relajado. Sin embargo, esta paz se ve fácilmente perturbada por la llegada de cualquier sonido o sensación, debido a que la energía vital que continúa fluyendo hacia el exterior a través del sendero enrollado mantiene los sentidos en funcionamiento.

Durante el sueño, las fuerzas vitales astrales se retiran no sólo de los músculos, sino también de los instrumentos sensoriales. Cada noche, todo ser humano consigue el recogimiento físico de la fuerza vital – si bien este proceso se realiza de manera inconsciente -: la energía y la conciencia

presentes en el cuerpo se retiran a la región del corazón, de la columna vertebral y del cerebro, para aportar al hombre la paz rejuvenecedora que proviene del contacto subconsciente con la dinamo divina de todos los poderes humanos: el alma. ¿Por qué el hombre siente gozo durante el sueño? Porque al encontrarse en el estado de sueño profundo, libre de actividad onírica y sin conciencia del cuerpo, las limitaciones físicas se olvidan y la mente establece contacto por un tiempo con una conciencia superior.

El yogui conoce el arte científico de retirar la energía en forma consciente de los nervios sensoriales, de modo que ninguna perturbación externa-visual, auditiva, táctil, gustativa u olfativa- se introduzca en el santuario interior de su meditación saturada de paz. Los soldados apostados durante días en las líneas del frente pueden quedar sumidos en el sueño a pesar del fragor incesante de la batalla, debido al mecanismo corporal por el cual la energía se retira inconscientemente de los oídos y demás órganos sensoriales. El yogui razona que este proceso se puede llevar a cabo de manera consciente. Mediante el conocimiento y aplicación de determinadas leyes y técnicas científicas de concentración, los yoghis desconectan a voluntad los sentidos. Atraviesan, de este modo, los umbrales del sueño subconsciente hasta llegar a las regiones del gozoso recogimiento supraconsciente.

Todos los seres humanos han aprendido a entrar en la subconciencia durante el sueño y todos pueden, asimismo, dominar el arte del éxtasis supraconsciente, que es una experiencia infinitamente más placentera y reparadora que aquella que se puede obtener del sueño. Este estado superior nos brinda la percepción constante de que la materia es una condensación de aquello que Dios imagina, del mismo modo que, al dormir, nuestros sueños y pesadillas son una creación efímera de nuestros propios pensamientos, condensados o "congelados" en experiencias visuales mediante el poder objetivador de la imaginación. La persona que sueña no sabe que una pesadilla es irreal hasta que despierta. Así también, sólo a través del despertar en el Espíritu- la unidad con Dios en el estado de samadhi- puede el ser humano desvanecer el sueño cósmico de la pantalla de su conciencia individualizada.

La ascensión en el Espíritu no es algo que se pueda lograr fácilmente, porque cuando una persona es consciente del cuerpo, se halla a merced de su segunda naturaleza, caracterizada por persistentes hábitos y estados de ánimo negativos. Es preciso vencer, sin intimidarse, los deseos del cuerpo.

El "hijo del hombre", que se encuentra sujeto a las ataduras del cuerpo, no puede ascender a la libertad celestial simplemente conversando acerca de ella: debe aprender cómo desatar el nudo enrollado de la fuerza kundalini, situado en la base de la espina dorsal, para trascender así su confinamiento en la prisión corporal.

Cada vez que meditamos profundamente, ayudamos en forma automática a invertir el flujo de fuerza vital y conciencia para que se dirija de la materia hacia Dios. Si no se eleva la corriente del nudo astral que se halla en la base de la columna vertebral mediante el recto vivir, los buenos pensamientos y la meditación, se acentuarán en la vida los pensamientos egoístas. Con cada acción bondadosa que el hombre realiza, éste "asciende al cielo": su mente se enfoca más en el centro cósmico de percepción celestial; con cada acción malvada, desciende a la materia y su atención queda atrapada por los fantasmas de la engañosa ilusión.

El despertar de la fuerza kundalini es una tarea sumamente difícil y no puede lograrse de manera accidental. Se requieren años de coordinados esfuerzos en la meditación bajo la guía de un gurú competente antes de poder soñar con liberar de su cautiverio en la prisión física, mediante el despertar de la kundalini, al celestial cuerpo astral. Aquel que puede despertar la fuerza kundalini se aproxima rápidamente al estado cósmico.

El ascenso por ese sendero enrollado abre el ojo espiritual de visión esférica, el cual revela el universo entero que rodea al cuerpo y que se halla sostenido por la luz vibratoria de los poderes celestiales.

Los sentidos de la vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato se asemejan a cinco reflectores que nos muestran la materia. Cuando emerge la energía vital a través de los rayos sensoriales, el hombre se siente atraído hacia los bellos rostros, los sonidos cautivantes y los atrayentes aromas, sabores y sensaciones táctiles. Esto es natural. Pero aquello que es natural para la conciencia atada al cuerpo no lo es para el alma. Sin embargo, cuando esa divina energía vital se retira de los autocráticos sentidos y asciende a través del sendero espinal hasta alcanzar el centro espiritual de percepción infinita situado en el cerebro, el faro de energía astral se proyecta hacia la inconmensurable eternidad y revela al Espíritu universal. El devoto es, entonces, atraído por lo supremamente Sobrenatural, la Belleza que supera toda belleza, la Música que trasciende todas las músicas, el Gozo que está más allá de todo gozo. Puede haber contacto con el Espíritu en el universo entero y escuchar la voz de Dios reverberando en todas las esferas. La forma se disuelve en Aquello que es Sin Forma. Al conciencia del cuerpo,

confinada en una forma temporal y pequeña, se expande de manera ilimitada hasta fundirse en el eterno Espíritu sin forma.

Jesús explica que jamás perecerá quien crea en la doctrina que consiste en elevar la conciencia corporal (el hijo del hombre) para llevarla del plano físico al astral mediante la reversión de la fuerza de vida a través del conducto serpentino situado en la base de la espina dorsal; es decir, no estará sujeto a los cambios mortales de la vida y de la muerte, sino que adquirirá gradualmente el estado de inmutabilidad: la Conciencia Crística, el Hijo de Dios.

CAPITULO 6

EL VERDADERO SIGNIFICADO DE "CREER EN SU NOMBRE" Y DE LA SALVACION.

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él". El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del hijo unigénito de Dios".

"Y la condenación está en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas". Pues todo el que obra mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios". (Juan 3: 16-21).

La confusión entre "Hijo del hombre" e "Hijo unigénito de Dios" ha sido la causa de mucha intolerancia en el ámbito del eclesianismo, que no comprende o no reconoce el elemento humano presente en Jesús: el hecho de que un hombre nacido con un cuerpo mortal, que había desarrollado su conciencia hasta volverse uno con Dios mismo. No era el

cuerpo de Jesús sino la conciencia existente en dicho cuerpo la que era una con el Hijo unigénito: la Conciencia Crística, el único reflejo de Dios Padre dentro de la creación. Al instar a la gente a creer en el Hijo unigénito, Jesús se refería a esta Conciencia Crística, que se hallaba totalmente manifestada en él, así como en los maestros de todas las épocas que han alcanzado la realización divina, y que se encuentra latente dentro de cada alma. Jesús señaló que todas las almas que eleven su conciencia física (la conciencia de Hijo del hombre) hasta alcanzar el cielo astral y luego se unifiquen con la Inteligencia Crística unigénita presente en la creación entera conocerán la vida eterna.

¿Significa este pasaje de la Biblia que todos aquellos que no acepten a Jesús o no creen en él como su salvador serán condenados? Este es un concepto dogmático en lo que se respecta a la condenación. Lo que Jesús quiso expresar es que quienes no se identifiquen con la Conciencia Crística universal están condenados a vivir y pensar como agobiados mortales, circunscritos a las limitaciones sensoriales, porque especialmente se han desunido del Eterno Principio de la vida.

Jesús no se refirió en ningún momento a su conciencia de Hijo del hombre ni a su cuerpo como el único salvador de todos los tiempos. Abrahán y muchos otros alcanzaron la salvación antes incluso de que Jesús naciera. Afirmar que la persona histórica de Jesús es el único salvador constituye un error metafísico, ya que quien otorga la salvación universal es la Inteligencia Crística. Como único reflejo del Espíritu Absoluto (el Padre) presente de manera ubicua en el mundo de la relatividad, el Cristo Infinito es el mediador o vínculo exclusivo entre Dios y la materia, y todos los individuos que están hechos de materia – sean cuales fueren sus diferentes castas o credos – deben pasar a través de El con el fin de llegar a Dios. Todas las almas pueden liberar su conciencia cautiva en la materia y sumergirla en la vastedad de la Omnipresencia al sintonizarse con la Conciencia Crística.

Dijo Jesús: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy EL". Jesús sabía que su cuerpo físico permanecería en el plano terrenal sólo por poco tiempo, y por eso les aclaró a aquellos para quienes él era el Salvador que, cuando su cuerpo (el hijo del hombre) hubiera dejado esta tierra, la gente todavía podría hallar a Dios y la salvación al creer en el omnipresente Hijo unigénito de Dios y conocerle. Jesús enfatizó que todo aquel que creyera en su espíritu como el Cristo Infinito que en él

se había encarnado hallaría el sendero hacia la vida eterna mediante la ciencia meditativa de la ascensión interior de la conciencia.

"Para que todo el que crea en él no perezca". Las formas de la naturaleza son cambiantes, pero la Inteligencia Infinita inmanente a ella jamás resulta modificada por las mutaciones de la ilusión. El niño que caprichosamente se apega a un muñeco de nieve llorará cuando el sol se eleve en el cielo y derrita esa figura. Del mismo modo, los hijos de Dios sufren si se apegan al cambiante cuerpo humano, que atraviesa las etapas de la niñez, la juventud, la vejez y la muerte. Mas quienes enfocan dentro de sí la fuerza vital y la conciencia y se concentran en la chispa interior de inmortalidad del alma perciben el cielo incluso cuando aún se hallan en la tierra y, puesto que han comprendido la esencia trascendente de la vida, están libres del dolor y el sufrimiento inherentes a los incesantes ciclos de vida y muerte.

El propósito de las majestuosas palabras de Jesús en este pasaje era dar a conocer una alentadora promesa divina de redención para toda la humanidad. Siglos de interpretaciones equivocadas han instigado, en cambio, guerras de odio intolerante, crueles inquisiciones y juicios condenatorios causantes de divisiones.

"Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él". En ese versículo, "mundo" significa la creación de Dios en su conjunto. Al reflejar su Inteligencia en la creación – lo cual hizo posible un cosmos estructurado-, el propósito del Señor no fue diseñar una prisión de finitud en la que las almas quedaran confinadas, lo quisieran o no, como participantes en la danza macabra del sufrimiento y la destrucción, sino volverse accesible como una Fuerza impulsora que instase al mundo a pasar de la manifestación material oscurecida por la ignorancia a la manifestación espiritual iluminada.

Es verdad que la vibratoria manifestación creativa de la Inteligencia Universal ha dado origen a la miríada de atracciones que se exhiben en la sala de espectáculos cósmica, las cuales mantienen al ser humano constantemente alejado del Espíritu e inmerso en la vida material, dándole la espalda al Amor Universal ante los fatuos encantos de la vida humana. No obstante, la percepción del Absoluto que está más allá de la creación se encuentra íntimamente cercana, merced a la intermediación de su Inteligencia reflejada en todo lo creado. A través de ese contacto, el devoto comprende que Dios ha enviado a la Inteligencia Crística (su Hijo unigénito) no para crear una cámara de torturas, sino una colosal película

cinematográfica cósmica cuyas escenas y actores proporcionarán entretenimiento durante algún tiempo y finalmente regresarán a la Bienaventuranza del Espíritu.

A la luz de este entendimiento, y sean cuales sean las circunstancias que atravesemos en este mundo relativo, sentimos nuestra conexión con el Espíritu Universal y percibimos que la vasta Inteligencia del Ser Absoluto opera en todas las relatividades de la naturaleza. Todo aquel que crea en esa Inteligencia – el Cristo – y se concentre en ella en vez de enfocarse en sus productos- la creación externa- encontrará la redención.

Pensar que el Señor condena a los no creyentes como pecadores es una incongruencia. Dado que quien mora en todos los seres es el Señor mismo, la condenación sería algo totalmente contraproducente. Dios jamás castiga al hombre por no creer en El; es el hombre quien se castiga a sí mismo. Si uno no cree en la dinamo y corta los cables que conectan su casa a esa fuente de energía, se privará de las ventajas que le brinda la electricidad. De modo similar, ignorar la Inteligencia que se halla omnipresente en la creación entera es negar a la conciencia su vínculo con la Fuente de la Sabiduría y el amor divinos que ponen en movimiento el proceso de ascensión en el Espíritu.

El reconocimiento de la inmanencia de Dios puede comenzar de un modo tan simple como lo es la expansión de nuestro amor, a fin de abarcar un círculo cada vez más amplio. El ser humano se condena a las limitaciones cada vez que piensa únicamente en su propio y pequeño ser, en su propia familia, en su propio país. El proceso de expansión es parte inherente de la evolución de la naturaleza y del hombre en su camino de regreso hacia Dios. La exclusividad de la conciencia familiar-"nosotros cuatro y nadie más"-es incorrecta. Hacer caso omiso de esta familia más extensa que es la humanidad implica ignorar también al Cristo Infinito. Aquel que se desvincula de la felicidad y el bienestar de los demás se ha condenado ya a sí mismo a quedar aislado del Espíritu que impregna todas las almas, puesto que quien no se expande en el amor y servicio a Dios que se rinde a través del amor y servicio al prójimo desprecia el poder redentor de la conexión con la universalidad de Cristo. Todos los seres humanos están dotados del poder de hacer el bien; si no utilizan esta cualidad, su nivel de evolución espiritual es apenas superior al egoísmo instintivo de los animales.

El amor puro de los corazones humanos irradia el amor universal de Cristo. Mediante la expansión continua del círculo del amor individual, la

conciencia humana se sintoniza con el Hijo unigénito. Amar a los miembros de nuestra familia es el primer paso en el proceso de expandir el amor por uno mismo hasta que incluya a quienes nos rodean; amar a todos los seres humanos, sin importar su raza o nacionalidad, es conocer el amor de Cristo.

Solo Dios, en la forma del Cristo Omnipresente, es el responsable de todas las expresiones de la vida. Es el Señor quien pinta los gloriosos paisajes siempre cambiantes del cielo y de las nubes. Es El quien crea, en las flores, altares impregnados con la fragancia de su amor. En todas las cosas y en todos los seres –los amigos y enemigos, las montañas, los bosques y océanos, el aire y el dosel galáctico giratorio que todo lo abarca-, el devoto crístico contempla las armoniosas combinaciones de la luz de Dios. Descubre que las miríadas de expresiones de esa única Luz, muchas veces de apariencia caótica cuando se manifiesta en los conflictos y las contradicciones, han sido creadas por la inteligencia de Dios, no para engañar a los seres humanos ni causarles infortunio, sino con el propósito de alentarlos a buscar el Infinito del cual han surgido. Aquel que no mira las partes sino el conjunto puede discernir cuál es el objetivo de la creación: avanzar inexorablemente, sin excepciones, hacia la salvación universal. Todos los ríos fluyen hacia el océano, y los ríos de nuestras vidas fluyen hacia Dios.

Las olas de la superficie del mar cambian constantemente cuando juegan con el viento y la marea, pero su esencia oceánica permanece inalterable. Quien se concentra tan solo en una ola de vida está condenado a sufrir, pues dicha ola es inestable y no ha de perdurar. A eso se refería Jesús por "condenación": al separarse de Dios, el ser humano apegado al cuerpo se condena a sí mismo; para obtener la salvación, debe volver a percibir su inseparable unidad con la Inmanencia Divina.

*Al despertar, al comer, al trabajar, al dormir, al soñar,
Al servir, al meditar, al cantar, al amar divinamente,
Por siempre mi alma exhala un solo son, silente:
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!*

De este modo, permanecemos en todo momento conscientes de nuestra conexión con la inmutable Inteligencia Divina, la Bondad Absoluta que subyace en los provocativos enigmas de la creación.

"El que cree en él no es condenado; pero el que no cree, ya sido condenado". Este pasaje deja también claro el papel de la "creencia" en el hecho de que el hombre sea condenado o no. Quienes no comprenden la inmanencia del Absoluto en el mundo de la relatividad tienden a volverse escépticos o dogmáticos, porque, en ambos casos, la religión es un asunto de creencias ciegas. Incapaz de conciliar la idea de un Dios bondadoso con los aparentes males de la creación, el escéptico rechaza las creencias religiosas con la misma obstinación con que el dogmático se aferra a ellas.

Las verdades que Jesús enseñó iban mucho más allá de la creencia ciega, la cual crece o mengua bajo la influencia de las opiniones paradójicas del sacerdote y del cínico. La creencia es una primera etapa del progreso espiritual necesaria para dar acogida al concepto de Dios. Sin embargo, este concepto debe transformarse en convicción, en experiencia.

La creencia es precursora de la convicción: es preciso creer en la posibilidad de algo para investigarlo imparcialmente. Pero si nos damos por satisfechos tan sólo con las creencias, éstas se convierten en dogma – estrechez mental- , lo cual obstaculiza la búsqueda de la verdad y el progreso espiritual. Hay que cultivar en la tierra de la creencia los frutos de la experiencia directa de Dios y del contacto con El. Es este conocimiento incontrovertible – y no la mera creencia – lo que brinda la salvación.

Si alguien me dijese: "Creo en Dios", yo le preguntaría: "¿Por qué crees en El? ¿Cómo sabes que hay un Dios?". Si su respuesta estuviese basada en suposiciones o en la opinión de otras personas, le diría que no cree realmente. Para defender una convicción, es necesario tener pruebas que la avalen; de lo contrario, se tratará simplemente de un dogma y será presa fácil del escepticismo.

Si yo señalara un piano y afirmase que se trata de un elefante, la razón de una persona inteligente se rebelaría ante lo absurdo de dicha aseveración. Del mismo modo, si se propagan dogmas acerca de Dios carentes de la validación que aporta la experiencia o la realización, tarde o temprano, cuando se los someta a prueba mediante una experiencia contraria, el raciocinio formulará conjeturas acerca de la veracidad de tales ideas. A medida que los ardientes rayos del sol de la investigación analítica se vuelvan cada vez más abrasadores, las frágiles creencias sin fundamento se debilitarán y marchitarán, dejando en su lugar un páramo de dudas, agnosticismo o ateísmo.

La meditación científica, que trasciende la mera filosofía, sintoniza la conciencia con la poderosa verdad suprema; el devoto avanza, a cada paso, hacia la auténtica percepción de la verdad y evita el errático vagar. Una vida espiritual genuina e inmune a las dudas se construye a través de la perseverancia en los esfuerzos por verificar las creencias y someterlas a la prueba de la experiencia merced a la realización intuitiva que se logra con los métodos yóguicos.

La creencia es una fuerza poderosa si conduce al deseo y determinación de experimentar a Cristo. Eso fue lo que Jesús quería expresar cuando instó a la gente a "creer en el nombre del Hijo unigénito de Dios"; es decir, a retirar de los sentidos y la materia –por medio de la meditación- la conciencia y la energía vital, con el propósito de percibir intuitivamente al Om, la Palabra o Energía Cósmica Vibratoria que todo lo penetra y que es el "nombre" o manifestación activa de la inmanente Conciencia Crística. Alguien podría aseverar una y otra vez su creencia intelectual en Jesucristo, pero si no experimenta realmente al Cristo Cósmico, tanto en su forma omnipresente como encarnado en Jesús, la practicidad espiritual de dicha creencia será insuficiente para que alcance la salvación.

Nadie puede ser salvado por el solo hecho de pronunciar reiteradamente el nombre del Señor o rendirle alabanzas en un crescendo de aleluyas. No es posible recibir el poder liberador de las enseñanzas de Jesús mediante la creencia ciega en su nombre o la adoración de su personalidad. La verdadera adoración de Cristo consiste en percibir a Cristo, en comunión divina, en el templo sin muros de la conciencia expandida.

Dios no envió al mundo a su "Hijo unigénito", su divino reflejo, para que actuase como un detective implacable dedicado a localizar a los no creyentes con el fin de castigarlos. La Redentora Inteligencia Crística, que mora en el seno de cada alma sea cual sea la medida de su cúmulo de pecados o virtudes, espera con infinita paciencia que, al meditar, cada una de estas almas despierte y salga del sueño narcotizante del engaño cósmico para recibir la gracia de la salvación. Quien crea en esta Inteligencia Crística y cultive, por vía de las acciones espirituales, el deseo de buscar la salvación a través de la ascensión en esta conciencia reflejada de Dios, no necesitará ya deambular a ciegas por el engañoso sendero del error. Con pasos medidos, avanzará sin duda hacia la redentora Gracia Infinita. Por el contrario, el no creyente que desprecie la idea de la existencia de este Salvador –el único camino hacia la redención- se condenará a sí mismo a la ignorancia surgida de la identificación con el

cuerpo y a las consecuencias de dicha ignorancia, hasta la llegada de su despertar espiritual.

"Y la condenación está en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios" (Juan 3: 19-21)

De la omnipresente luz de Dios, imbuida de la Inteligencia Crística universal, emanan silenciosamente la sabiduría y el amor divinos para conducir a todos los seres de regreso a la Conciencia Infinita. El alma, al ser una versión microcósmica del Espíritu, es una luz que está siempre presente en el hombre para guiarle a través del entendimiento y de la voz intuitiva de la conciencia. Sin embargo, muy a menudo el ser humano trata erróneamente de justificar los hábitos y caprichos enraizados en sus deseos y hace caso omiso de dicha guía; tentado por el Satanás de la ilusión cósmica, elige acciones que extinguen la luz de la guía interior del discernimiento.

El origen del pecado y del consiguiente sufrimiento físico, mental y espiritual reside, por lo tanto, en el hecho de que la inteligencia y el discernimiento divinos que posee el alma se reprimen debido al mal uso que hace el hombre del libre albedrío otorgado por Dios. Aun cuando la gente que carece de entendimiento atribuye a Dios sus propias tendencias vengativas, la "condenación" acerca de la cual hablaba Jesús no constituye un castigo impuesto por un Creador tiránico, sino que se trata de los resultados que el hombre atrae sobre sí mismo por sus propias acciones, de acuerdo con la ley de causa y efecto (karma) y la ley del hábito.

Sucumbiendo a los deseos que mantienen su conciencia absorta y recluida en el mundo material –las tinieblas o porción densa de la creación cósmica donde la luminosa Presencia Divina se halla intensamente velada por las sombras de la ilusión de maya -, las almas ignorantes, identificadas en su condición humana con el ego moral, se abandonan de manera reiterada a sus modos equivocados de vivir, los cuales quedan entonces grabados con fuerza en su cerebro como malos hábitos de comportamiento mortal.

Cuando Jesús señaló que los hombres aman las tinieblas más que la luz, se refería al hecho de que los hábitos materialistas alejan de Dios a millones de personas. No quiso decir con ello que todos los seres humanos amen la oscuridad, sino sólo aquellos que no hacen ningún esfuerzo por resistir las tentaciones de Satanás y toman, en cambio, el camino más fácil, que consiste en deslizarse cuesta abajo por la colina de los malos hábitos, acostumbrándose así a las tinieblas de la conciencia mundana. Dado que rehúsan escuchar la voz de la Conciencia Crística que les susurra desde el interior de su propia conciencia, se privan de la experiencia del gozo, infinitamente más tentadora, de la cual podrían disfrutar a través de los buenos hábitos que la guiadora luz de la sabiduría, presente en sus almas, les impulsa a crear.

De allí el énfasis de Jesús en señalar que con la luz del despertar del alma es posible desvanecer de la conciencia humana la tendencia mortal a preferir las engañosas tinieblas de la materialidad. Ejercitando una y otra vez la fuerza de voluntad para meditar de forma profunda y regular, se puede obtener el contacto con la supremamente satisfactoria Bienaventuranza de Dios y traer de nuevo a la conciencia ese gozo en todo momento y lugar.

Siempre que una persona se halle envenenada con actitudes y pensamientos negativos, su oscura mentalidad profesará odio hacia la luz de la verdad. Sin embargo, el aspecto positivo de los malos hábitos es que muy pocas veces cumplen sus promesas. Con el tiempo, queda al descubierto que no son otra cosa que unos mentirosos empedernidos. Por ese motivo, las almas no pueden permanecer engañadas ni esclavizadas eternamente. Aun cuando quienes tienen malos hábitos retroceden al principio ante la idea de vivir mejor, una vez que se han saciado de su mal comportamiento – después de haber sufrido las consecuencias por tiempo suficiente-, se vuelven en busca de consuelo hacia la luz de la sabiduría divina, a pesar de que todavía persistan algunos malos hábitos arraigados que deban erradicarse. Si continuamente practican formas de vivir que se encuentren en armonía con la Verdad, en esa Luz llegarán a experimentar la paz interior y el gozo que son el resultado del autocontrol y de los buenos hábitos.

"Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios". El buscador espiritual, que procura cada día modificar aquellas características de su naturaleza que no le resultan beneficiosas, trasciende poco a poco su viejo comportamiento materialista anclado en los hábitos. Sus acciones y su vida misma se crean nuevamente, "hechas según Dios": en verdad, nace de nuevo. Al adherirse al buen hábito de practicar a diario la meditación científica, contempla la luz de la sabiduría de Cristo – la divina energía del Espíritu Santo, que hace desaparecer con efectividad los surcos eléctricos del cerebro formados por los malos hábitos de pensamiento y acción- y se bautiza en esa luz. Se abre así el ojo espiritual de su percepción intuitiva, la cual confiere no sólo una guía certera en el sendero de la vida, sino también la visión del reino celestial de Dios y la entrada a dicho reino y, finalmente, la unidad con la divina conciencia omnipresente.

PARTE III

EL YOGA DEL AMOR DIVINO QUE ENSEÑÓ JESUS

CAPITULO 7

LAS BIENAVENTURANZAS

"Y, tomando la palabra, les enseñaba diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos". (Mateo 5:2-3).

Referencia paralela:

"Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios". (Lucas 6:20)

Cuando Jesús enseñaba, les transmitía a sus discípulos – tanto a través de la voz como de los ojos- su divina fuerza vital y su sagrada vibración, a fin de que serenamente se sintonizaran con él y se llenasen de magnetismo divino, de manera que, mediante el entendimiento intuitivo, fueran capaces de recibir plenamente su sabiduría.

Los poéticos versículos de Jesús que comienzan con la palabra "Bienaventurados..." son conocidos como las Bienaventuranzas o Beatitudes. "Beatificar" es hacer supremamente feliz a alguien. La beatitud o bienaventuranza significa la bendición – la dicha- del Cielo. Jesús deja aquí asentada, con fuerza y simplicidad, una doctrina de principios morales y espirituales cuyo eco sigue resonando sin decrecer a lo largo de los siglos. Por medio de estos principios, la vida del hombre queda bendecida, colmada de bienaventuranza celestial.

La palabra "pobres", tal como se halla expresada en la primera bienaventuranza, significa "desprovistos de todo engalanamiento superficial externo relacionado con la riqueza espiritual". Aquellos que poseen verdadera espiritualidad jamás hacen alarde de ella; más bien expresan con naturalidad una humilde ausencia de ego y de sus vanagloriosos adornos. Ser "pobre de espíritu" significa que uno ha despojado su propio ser interno, su espíritu, del deseo y apego por los objetos materiales, las posesiones terrenales, los amigos de mentalidad mundana y el amor humano egoísta. Mediante la purificación inherente a esta renuncia interior, el alma se percata de que siempre ha poseído todas las riquezas del Reino Eterno de la Sabiduría y la Bienaventuranza, y desde ese momento reside en dicho Reino, comulgando sin cesar con Dios y sus santos.

La pobreza "de espíritu" no implica que hayamos de convertirnos necesariamente en indigentes, pues, al privarnos de aquello que es esencial para el cuerpo, la mente podría distraerse y apartarse de Dios. Lo que en realidad significa es que no debemos conformarnos con las posesiones materiales en lugar de conseguir la abundancia espiritual. Las personas materialmente ricas pueden ser pobres en desarrollo espiritual interior si su opulencia provoca el hartazgo de los sentidos, en tanto que quienes han elegido ser materialmente "pobres" –quienes han simplificado las condiciones externas de su vida para dedicar tiempo a Dios- cosecharán beneficios espirituales y un grado tal de plenitud que ningún tesoro de este mundo podría jamás comprar.

Jesús elogió de esta manera a las almas que son pobres de espíritu, completamente libres del apego a la fortuna y a las metas mundanas personales por haber preferido la búsqueda de Dios y el servicio a los demás: "Sois benditos a causa de vuestra pobreza. Esta os abrirá las puertas hacia el reino de Dios, quien todo lo provee y os aliviará tanto de las necesidades materiales como de las espirituales por toda la eternidad. ¡Bienaventurados los que tenéis carencias y buscáis a Aquel que es el único que puede aliviar vuestras deficiencias para siemprei.

Cuando el espíritu del hombre renuncia mentalmente al deseo por los objetos de este mundo, porque sabe que son ilusorios, perecederos, engañosos e impropios del alma, comienza a hallar el gozo verdadero en la adquisición de esas cualidades espirituales que le satisfacen de forma permanente. Al llevar con humildad una vida de simplicidad externa y de renunciación interior, saturada del gozo y la sabiduría celestiales del alma, el devoto finalmente hereda el reino perdido de la bienaventuranza inmortal.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mateo 5:5).

Referencia paralela:

"Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis" (Lucas 6;21).

El sufrimiento de las personas comunes se origina en la pena por las esperanzas mundanas incumplidas, o por la pérdida del amor humano o de las posesiones materiales. Jesús no estaba alabando tal estado negativo de la mente, que eclipsa la felicidad psicológica y es en extremo nocivo para retener el gozo espiritual que se ha obtenido mediante arduos esfuerzos en la meditación. El se refería a la divina melancolía que surge cuando uno toma conciencia de hallarse separado de Dios, lo cual crea en el alma un insaciable anhelo de reunirse con el Bienamado Eterno. Aquellos que en verdad claman por Dios, que lloran en todo momento por El con fervor siempre creciente en la meditación, hallarán consuelo en la revelación de la Bienaventuranza y Sabiduría que Dios les envía.

Los hijos de Dios que son espiritualmente negligentes soportan los dolorosos traumas de la vida con resignación derrotista y resentimiento, en vez de solicitar con eficacia la ayuda de Dios. El bebé enternecedoramente obstinado, que clama sin cesar para obtener el conocimiento espiritual, es

quien atrae por fin la respuesta de la Madre Divina. La Madre Misericordiosa acude ante el llamado persistente de su hijo concediéndole el solaz de la sabiduría y del amor, que se revela a través de la intuición o de una vislumbre de su Presencia misma. Ningún otro consuelo puede mitigar al instante la aflicción de incontables encarnaciones.

Aquellos cuyos lamentos espirituales pueden ser aplacados por medio de satisfacciones de naturaleza material volverán a sufrir cuando les sean arrebatados – ya sea por las exigencias de la vida o por la muerte- esos frágiles motivos de seguridad. En cambio, quienes claman por la Verdad y por Dios, rehusando ser acallados con una oferta menor, recibirán consuelo siempre en los brazos de la Gozosa Divinidad.

"Bienaventurados los que lloran por la realización de Dios ahora, porque gracias a ese anhelo vehemente la alcanzarán. Con el deleite del siempre nuevo gozo hallado en la comunión divina, reirán y se regocijarán por toda la eternidad".

"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra" (Mateo 5:4).

La humildad y la mansedumbre crean en el hombre una receptividad ilimitada para abrazar la Verdad. El individuo orgulloso e irascible, como el canto rodado del proverbio, rueda cuesta abajo por la colina de la ignorancia y no recoge el musgo de la sabiduría, en tanto que las almas mansas que se encuentran en paz en el valle del entusiasmo y la buena disposición mental recolectan las aguas de la sabiduría, que fluyen de fuentes tanto humanas como divinas, para regar el floreciente vergel de las cualidades del alma.

El egoísta arrogante se irrita con facilidad y se pone a la defensiva al sentirse agraviado, se vuelve injurioso y rechaza a los emisarios de la sabiduría que tratan de entrar en el castillo de su vida. Por el contrario, quienes son mansa y humildemente receptivos atraen la invisible ayuda de los ángeles benéficos constituidos por las fuerzas cósmicas que brindan bienestar material, mental y espiritual. De este modo, los mansos de espíritu heredan no sólo toda la sabiduría, sino también la tierra, es decir, la felicidad terrenal.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5:6).

Referencia paralela:

"Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados" (Lucas 6:21).

Las palabras "hambre" y "sed" ofrecen una metáfora adecuada de la búsqueda espiritual. Primero, es preciso tener sed de conocimientos teóricos sobre cómo alcanzar la salvación. Una vez calmada la sed al aprender la técnica práctica que permite establecer contacto con Dios de manera efectiva, es posible satisfacer el hambre interior de la Verdad mediante el ágape diario con el divino maná de la percepción espiritual que proviene de la meditación.

Aquellos que buscan contentamiento en los objetos materiales advierten que no les es posible extinguir jamás su "sed" de deseos, ni pueden saciar su "hambre" mediante la adquisición de posesiones. El impulso presente en todo ser humano de llenar el vacío interior es el deseo que siente el alma por Dios, el cual sólo puede mitigarse al tomar plena conciencia de la propia naturaleza inmortal y del imperecedero estado de divinidad que son inherentes a la unidad con Dios. Cuando el ser humano insensatamente procura apagar la sed de su alma con los sustitutos que proceden de la felicidad sensorial, avanza a tientas de un placer evanescente a otro y termina rechazándolos todos por hallarlos inapropiados.

Los placeres sensoriales pertenecen al cuerpo y a la mente inferior; no le proporcionan al hombre alimento para la esencia más profunda de su ser. El hambre espiritual que sufren quienes subsisten a base de aquello que los sentidos ofrecen se alivia solo mediante la rectitud, es decir, los atributos, actitudes y acciones apropiados para el alma; la virtud, el comportamiento espiritual, la bienaventuranza, la inmortalidad.

La rectitud consiste en actuar con acierto en los aspectos físico, mental y espiritual de la vida. Aquéllos que sienten una intensa sed y hambre de cumplir con los deberes supremos de la vida se hacen acreedores de la siempre renovada bienaventuranza de Dios: "Bienaventurados los que tienen sed de sabiduría y aprecian la virtud y la rectitud como el verdadero alimento para calmar su hambre interior, porque obtendrán la felicidad

perdurable que sólo se logra al adherirse a los ideales divinos: la satisfacción incomparable del corazón y del alma.

*"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"
(Mateo 5:7).*

La misericordia es como la aflicción que siente un padre por los defectos de un hijo descarriado. Se trata de una cualidad intrínseca de la Naturaleza Divina. La historia de la vida de Jesús contiene muchos relatos de misericordia expresada sublimemente en sus acciones y su personalidad. En los divinos hijos de Dios que han alcanzado la perfección, vemos que el oculto Padre trascendente se revela tal como es. El Dios de Moisés es descrito como un Dios iracundo (aun cuando no creo que Moisés, que hablaba con Dios "cara a cara, como habla un hombre con su amigo", haya considerado jamás que Dios fuese el tirano vengativo que se representa en el Antiguo Testamento). El Dios de Jesús era, en cambio, un Dios bondadoso. Fue esa benevolencia y misericordia del Padre la que expresó Jesús cuando, en vez de juzgar y destruir a los enemigos que iban a crucificarle, le pidió al Padre que los perdonara, "porque no saben lo que hacen".

Con su paciente corazón divino, Jesús veía a la humanidad como a niños pequeños carentes de entendimiento. Si un pequeñuelo toma un cuchillo y lastima a alguien, esa persona no querrá matar al niño para vengarse, pues el niño no sabía lo que hacía. Cuando contemplamos a la humanidad con los mismos ojos con que un padre amoroso mira a sus hijos y está dispuesto a sufrir por ellos con el fin de que puedan recibir un poco de la luz y poder de su espíritu, nos volvemos semejantes a Cristo: Dios en acción.

Únicamente el sabio puede ser en verdad misericordioso, porque con divina visión interior es capaz de percibir incluso a los malhechores como almas – como hijos de Dios que, al extraviarse, merecen comprensión, perdón, ayuda y guía-. La misericordia implica la aptitud para ayudar; sólo las almas desarrolladas o capacitadas están en condiciones de ser útiles de manera práctica y misericordiosa. La misericordia se manifiesta de forma provechosa cuando la aflicción paternal atenúa la rigidez efectiva para erradicar las faltas de una persona.

Aquellos que son moralmente débiles pero están deseosos de ser buenos, los pecadores (es decir, quienes yerran en detrimento de su propia felicidad por hacer caso omiso de las leyes divinas), los que se hallan en un estado de decrepitud física, los que padecen trastornos mentales y los ignorantes espirituales, todos ellos necesitan la ayuda misericordiosa de las almas que, gracias a su desarrollo interior, se hallan capacitadas para prestarles asistencia y comprensión. Jesús exhorta al devoto con estas palabras: "Si deseas recibir la misericordia divina, debes ser misericordioso contigo mismo por medio del desarrollo de tus aptitudes espirituales y, también, debes ser misericordioso con los demás hijos de Dios que se encuentren sumidos en el engaño. Las personas que se perfeccionan sin cesar en todos los aspectos y que, movidas por la misericordia, sienten y alivian la falta de desarrollo general en sus semejantes ablandarán con toda certeza el corazón de Dios y obtendrán para sí mismas su incesante e incomparable ayuda misericordiosa.

*"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"
(Mateo 5:8).*

La experiencia religiosa suprema es la percepción directa de Dios, para alcanzar la cual es indispensable purificar el corazón. En este sentido, todas las criaturas concuerdan. El Bhagavad Guita – la escritura inmortal de la India que trata sobre el yoga, la ciencia de la religión y la unión con Dios- se refiere al estado de bienaventuranza y divina percepción propio de quien ha conseguido esa purificación interior:

"El yogui que ha logrado aquietar y controlar las pasiones por completo, liberándolas de toda impureza, y que es uno con el Espíritu, en verdad ha alcanzado la bienaventuranza suprema."

"Con el alma unida al Espíritu mediante el yoga, percibiendo con igualdad todas las cosas, el yogui contempla su verdadero SER (unido al Espíritu) en todas las criaturas, y a todas las criaturas en el Espíritu."

"Aquel que me ve en todas partes y contempla todo en Mí, nunca me pierde de vista, y Yo jamás le pierdo de vista a él". (Bhagavad Guita VI:27, 29-30).

Desde tiempos inmemoriales, los rishis de la India han escudriñado el corazón mismo de la verdad y han descrito con detalle su utilidad práctica para el hombre. Patanjali, el renombrado sabio de la ciencia del yoga, comienza sus Yoga Sutras declarando: Yoga chitta vritti nirodha: "El yoga (la unión científica con Dios) es la neutralización de los cambios de chitta (el corazón interno o poder del sentimiento, un término que abarca en su conjunto todos los componentes mentales que dan lugar a la conciencia inteligente)". Tanto la razón como el sentimiento se derivan de esta facultad interior de la conciencia inteligente.

Mi venerado gurú, Swami Sri Yukteswar, que fue uno de los primeros en revelar, en los tiempos modernos, la unidad entre las enseñanzas de Cristo y el Sanatana Drama de la India, escribió con toda profundidad acerca de cómo la evolución espiritual del hombre consiste en la purificación del corazón. A partir de un estado inicial en el que la conciencia se halla completamente bajo el engaño de maya ("el corazón oscuro"), el hombre evoluciona a través de los estados sucesivos del corazón puro, en el cual – escribe Sri Yukteswar- "es capaz de comprender la Luz Espiritual, brama (el Espíritu) o la Sustancia Real del universo".

A Dios se le percibe con la visión del alma. En su estado natural, todas las almas son omniscientes y, por medio de la intuición, contemplan directamente a Dios o la Verdad. Tanto la razón pura como el sentimiento puro son intuitivos. Sin embargo, cuando la razón se ve limitada por la intelectualidad de la mente atada a los sentidos y cuando el sentimiento se transforma en emoción egoísta, estos instrumentos del alma producen percepciones distorsionadas.

Esta Bienaventuranza explica la necesidad de restituir la perdida claridad de la visión divina. El estado de bienaventuranza conocido por quienes son del todo puros de corazón no es otro que aquel al que se refiere el Evangelio de San Juan: "Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios". A cada devoto que recibe y refleja la omnipresente Luz Divina, o Conciencia Crística, a través de la purificada transparencia del corazón y de la mente, Dios le concede el poder de reclamar, al igual que hizo Jesús, la bienaventuranza de su filiación divina.

La transparencia a la Verdad se cultiva cuando la conciencia –el sentimiento del corazón y el raciocinio de la mente- se libera de las influencias dualistas de la atracción y la repulsión. La realidad no puede

reflejarse fielmente en una conciencia agitada por los gustos y aversiones, con sus inquietos deseos y pasiones y las irritantes emociones que éstos engendran: la ira, los celos, la avaricia y la caprichosa susceptibilidad. En cambio, cuando chitta- el conocimiento y sentimiento del hombre- se aquieta mediante la meditación, el ego (que de ordinario se encuentra en estado de agitación) cede el paso a la bienaventurada serenidad de la percepción del alma.

La pureza de intelecto otorga al ser humano la facultad de razonar acertadamente, pero la pureza de corazón le brinda el contacto con Dios. La capacidad intelectual es una cualidad del poder de razonamiento, y la sabiduría es la cualidad liberadora que posee el alma. Cuando la razón se purifica por medio del sereno discernimiento, se transforma en sabiduría. La sabiduría pura y el divino entendimiento de un corazón puro son dos aspectos de la misma facultad. En efecto, la pureza de corazón o de sentimiento a la que hace referencia Jesús se basa en que todas las acciones sean guiadas por la discernidora sabiduría, es decir, que las actitudes y el comportamiento humanos sean modelados por las sagradas cualidades del alma: el amor, la misericordia, el servicio, el autocontrol, la autodisciplina, la conciencia moral y la intuición. La visión pura de la sabiduría debe combinarse con el sentimiento inmaculado que proviene del corazón. La sabiduría revela el camino correcto, y el corazón purificado desea y ama seguir ese sendero. Todas las cualidades del alma reveladas por la sabiduría deben seguirse de todo corazón y no sólo de forma teórica o intelectual.

La ocluida visión del hombre común le permite distinguir la densa corteza de la materia, pero es ciega al Espíritu omnipresente, La perfecta combinación del discernimiento puro y del sentimiento puro abre el ojo penetrante de la intuición que todo lo revela, y el devoto logra en verdad percibir la presencia de Dios tanto en su alma como en todos los seres, pues EL es el Divino Morador, cuya naturaleza es una armoniosa combinación de sabiduría y amor infinitos.

"Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mateo 5:9).

Los verdaderos pacifistas son aquellos que generan la paz por medio de su devota práctica de la meditación diaria. La paz es la primera manifestación

de la respuesta de Dios en la meditación. Quienes conocen a Dios como Paz en el templo interior del silencio y reverencian al Dios de la Paz que allí se encuentra son sus hijos verdaderos, en virtud de esta relación de comunión divina.

Una vez que han percibido la naturaleza de Dios como paz interior, los devotos desean que el Dios de la Paz se manifieste por siempre en su hogar, en su comunidad, en su país y entre todas las razas y nacionalidades. El que lleva la paz a una familia inarmoniosa ha establecido a Dios en ese lugar. Quienquiera que destierre la incomprensión entre las almas las ha unido en la paz de Dios. Todo aquel que, dejando a un lado la avaricia y el egoísmo nacionalista, procure crear la paz entre naciones en conflicto está implantando a Dios en el corazón de esas naciones. Aquellos que promueven y facilitan la paz dan expresión al amor unificador de Cristo que reconoce a cada alma como un hijo de Dios.

La conciencia de "hijo de Dios" hace que una persona sienta amor por todos los seres. Quienes son verdaderos hijos de Dios no pueden percibir diferencias entre un indio, un estadounidense o una persona de cualquier otra raza o nacionalidad. Por un corto lapso, las almas inmortales se visten con el atavío de cuerpo blancos, negros, morenos, cobrizos o aceitunados. ¿Consideramos acaso que el país de origen de una persona varíe por el hecho de vestirse con ropas de diferentes colores? Cualquiera que sea su nacionalidad o el color de su cuerpo, cada uno de los hijos de Dios es un alma. El Padre no reconoce ninguna de las distinciones creadas por los seres humanos. El ama a todos, y sus hijos deben aprender a vivir en ese mismo estado de conciencia. Cuando el hombre confina su identidad a su naturaleza humana exclusivista, ocasiona incontables males y hace surgir el fantasma de la guerra.

A los seres humanos les fue concedido un potencial ilimitado, con el fin de que demuestren que en verdad son hijos de Dios. Aunque tecnologías tales como la de la bomba atómica, nos damos cuenta de que, a no ser que el hombre utilice sus poderes correctamente, se destruirá a sí mismo. El Señor podría incinerar este planeta en un segundo si perdiese la paciencia con sus hijos descarriados, pero no lo hace. Y así como El jamás haría mal uso de su omnipotencia, también nosotros, por estar hechos a su imagen, debemos actuar como dioses y conquistar el corazón del prójimo mediante el poder del amor; de lo contrario, la humanidad tal como la conocemos desaparecerá sin duda. El poder del hombre para hacer la guerra se está incrementando; en igual medida, debe crecer también su capacidad para

hacer la paz. El mejor modo de contrarrestar la amenaza de la guerra es la fraternidad, tomar plena conciencia de que, como hijos de Dios, somos una sola familia.

Quienquiera que estimule el conflicto entre naciones hermanas bajo el disfraz del patriotismo es un traidor a su familia divina, un hijo desleal de Dios. Todo el que promueva por medio de falsedades y chismes la enemistad entre los miembros de su familia, vecinos o amigos, o que de alguna manera sea un instrumento de discordia, está profanando el templo divino de la armonía.

Cristo y otras grandes almas nos han dado la receta para lograr la paz interior y, también, la paz entre individuos y naciones. ¡Por cuánto tiempo ha vivido el hombre en la oscuridad de la incomprensión e ignorancia con respecto a estos ideales! El verdadero arte crístico de vivir puede desterrar los conflictos entre los seres humanos y el horror de la guerra, así como traer paz y comprensión al mundo; todos los prejuicios y enemistades deben desaparecer. Ese es el desafío que se les plantea a aquellos que aspiran a ser los divinos adalides de la paz.

"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos" (Mateo 5:10)

La bienaventuranza de Dios visitará a aquellas almas que soporten con ecuanimidad la tortura de la crítica injusta que les infligen los falsos amigos y los enemigos, cuando ellas tratan de hacer lo correcto y no se dejan influenciar por las malas costumbres o hábitos dañinos de la sociedad. Quien se adhiere fervientemente a la rectitud no se doblegará ante la presión social que le incita a beber alcohol por el solo hecho de estar en una reunión en la que se sirven bebidas, aun cuando se burlen de él por no participar de ese placer que comparten los demás. La rectitud moral puede acarrear el ridículo a corto plazo, pero produce, en cambio, regocijo a largo plazo, ya que la perseverancia en el autocontrol brinda bienaventuranza y perfección. Quienes viven y mueren comportándose correctamente se hacen merecedores de un reino eterno de gozo celestial del que disfrutarán en esta vida y en el más allá.

Las personas mundanas que prefieren abandonarse a los placeres sensoriales en vez de elegir el contacto con Dios son las que, en realidad,

se comportan de manera insensata, ya que por hacer caso omiso de lo que es correcto- y, por lo tanto, bueno para ellas- deberán cosechar los resultados de tal comportamiento. El devoto virtuoso busca lo que le beneficia en el sentido más elevado. Quien renuncia a los erráticos caminos del mundo y, a causa de su idealismo, soporta con alegría la burla proveniente de los amigos de mentalidad estrecha demuestra que está capacitado para recibir la eterna bienaventuranza de Dios.

El versículo anterior ofrece también aliento a aquellos que, cuando han decidido aferrarse a los ideales de la moralidad y a las prácticas espirituales, son perseguidos y torturados por las tentaciones sensoriales y los malos hábitos. Ellos son virtuosos, en verdad, porque siguen el camino recto del autocontrol y la meditación, que con el tiempo derrotará a las tentaciones y permitirá conquistar el reino del gozo eterno a quienes resulten victoriosos.

Sin importar cuán poderosas sean las tentaciones o cuán fuertes los malos hábitos, es posible resistirlos mediante el poder del autocontrol guiado por la sabiduría y aferrándose a la convicción de que, cualesquiera que sean los placeres que la tentación prometa, al final siempre causarán sufrimiento. Quienes son irresolutos se vuelven inevitablemente hipócritas, pues terminan justificando su mal comportamiento mientras sucumben a los engaños de la tentación. Lo que verdaderamente ansia el alma es la miel de Dios, aun cuando se encuentre sellada por el misterio. Aquellos que mediten con inquebrantable paciencia y perseverancia romperán el sello del misterio y beberán sin límites del néctar celestial de la inmortalidad.

El cielo es aquel estado de gozo trascendental y omnipresente en el que los pesares no osan entrar. Siendo constante en la rectitud, el devoto alcanza por fin esa bienaventuranza de la cual ya no habrá de caer. Los devotos que vacilan, que no se encuentran anclados con firmeza en la meditación, pueden resbalar y caer de esa felicidad celestial; pero quienes son resueltos obtienen dicha bienaventuranza de forma permanente. El reino de la Conciencia Cósmico le pertenece al Rey de la Bienaventuranza Celestial y a las almas elevadas que han alcanzado la unidad con El. De ahí que se diga de los devotos que funden su ego en Dios y se vuelven uno con el Rey del Universo que " de ellos es el Reino de los Cielos".

"Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros"
(Mateo 5:11-12).

Referencia paralela:

"Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas"
(Lucas 6: 22-23).

Los versículos anteriores no implican que para tener la posibilidad de entrar en el reino de los cielos sea preciso reclutar una cuadrilla de personas que nos injurien. Aun cuando uno aplique sus mejores esfuerzos a favor del bien en el mundo y en sí mismo, jamás se verá libre de las observaciones mordaces de los perseguidores, como bien lo sabía Jesús. La irritable naturaleza del ego hace que el hombre indisciplinado sienta desagrado y mala disposición hacia aquellos que son moral o espiritualmente diferentes de él. El agujoneo de la satánica ilusión causante de divisiones induce a quienes se han autoerigido en críticos a mantenerse ocupados todo el tiempo en buscar razones para difamar a los demás. Jesús alentó a sus seguidores a no sentirse abatidos ni dejarse intimidar si, en sus esfuerzos por llevar a cabo una vida espiritual, advierten que las personas de mentalidad materialista no los comprenden. Aquellos que puedan superar con alegría la prueba del desprecio, sin ceder a la tentación de obrar mal con el objeto de "quedar bien", obtendrán la felicidad que resulta de aferrarse a los hábitos virtuosos, cuyo fruto es la bienaventuranza.

No debe considerarse una gran pérdida el hecho de que quienes enarbolan el reproche, el odio y la difamación nos "expulsen" de su compañía. En realidad, todos los que son así dejados de lado tienen la bendición de que, merced a ese ostracismo, sus almas se mantienen alejadas de la mala influencia que supone asociarse con esas personas poco comprensivas y de mala conducta.

Quienes se dedican a la vida espiritual jamás deben sentirse abatidos, por mucho que la gente hable en contra de ellos o se menoscabe su buen nombre con denuncias de mal proceder. Bienaventurados aquellos cuyo

nombre es denigrado por no cooperar con acciones mundanas o malvadas, porque sus nombres permanecerán grabados en el corazón de Dios y gozarán de su silenciosa admiración.

De manera similar, el Bhagavad Guita (XII:18-19) expresa la estima del Señor por tales devotos: "Aquel que permanece igualmente sereno ante amigos y enemigos, al recibir adoración e insulto, y al experimentar calor y frío, placer y dolor, y que ha renunciado al apego y considera por igual el vituperio y la alabanza, que es calmado y encuentra la satisfacción con facilidad, que no se apega al hogar y tiene una actitud tranquila y devota, es para Mí una persona muy querida".

Uno debe adherirse a lo que se sabe que es correcto, aun cuando sea criticado. Es preciso que cada persona haga una introspección sincera y libre de egoísmo: si se encuentra en lo cierto, ha de mantenerse firme en su práctica de aquellas acciones virtuosas cuyo fruto es el gozo, sin sentirse influida por las alabanzas o las críticas; sí, por el contrario, está equivocada, debe alegrarse de contar con la oportunidad de reformarse y eliminar así un obstáculo más en su camino hacia la felicidad perdurable. Incluso una crítica injusta hará que el discípulo sea más puro que nunca y le alentará aún más a seguir los caminos de la paz interior, en vez de ceder a las tentaciones bajo el impulso de las malas amistades.

Al estar en la compañía de Dios es cuando permanecemos en estado de bienaventuranza. Hemos de dedicar tiempo al Señor en la paz de la meditación. ¿Qué sentido tiene malgastar todo el tiempo libre en frecuentar las salas de cine, ver la televisión o dedicarse a otros pasatiempos inútiles? Al cultivar hábitos espirituales y adherirse a ellos, el devoto halla el verdadero ímpetu que le permite regocijarse en su satisfacción interior y en saber que finalmente heredará el reino de la plenitud eterna.

El devoto que es criticado por perseverar en los hábitos espirituales no debería enorgullecerse pensando que el ser perseguido por la causa de Dios significa hacerle al Señor un gran favor. "Ser perseguidos por mi causa" o "por causa del Hijo del hombre" significa que al devoto se le castiga como resultado de su constancia en aquellas prácticas que ha emprendido a petición de su gurú crístico para alcanzar la sintonía con Dios.

Jesús hablaba a sus discípulos y seguidores en su condición de gurú o salvador enviado por Dios: "Bienaventurados sois si, a consecuencia de seguir al Hijo del hombre (el gurú preceptor crístico, representante de Dios), sois criticados y menospreciados por haber preferido caminar a la luz de la sabiduría armonizada con Dios, en vez de avanzar junto a las multitudes dando traspiés por los senderos mundanos de la oscuridad y de la ignorancia".

Soportar el odio, el ostracismo, el reproche o la marginación no es en sí mismo motivo de bendición, si uno es moral o espiritualmente perverso; en cambio, cuando a pesar de sufrir persecuciones el devoto se aferra a la verdad, tal como se manifiesta en la vida y enseñanzas de un gurú crístico, alcanza entonces la libertad en la bienaventuranza eterna.

"Regocijáos en ese día y sentid la inspiradora vibración sagrada del siempre renovado gozo, porque he aquí que quienes se esfuerzan arduamente y acepten el dolor a fin de seguir el sendero divino serán recompensados en el cielo con la bienaventuranza eterna.

"Aquellos que os persiguen son la continuación de las sucesivas generaciones que persiguieron a los profetas. Reflexionad acerca de os grandes males que recayeron sobre esos antepasados y cuál fue la recompensa que los profetas recibieron en el cielo de manos de Dios como resultado de soportar en su nombre la persecución por parte de personas ignorantes. Si uno se mantiene firme en los principios espirituales, aun a costa de perder el cuerpo, al igual que los mártires de antaño, será recompensado con la divina herencia del reino de Júbilo Eterno de Dios".

"Vuestra recompensa será grande en los cielos" significa el estado de eterna bienaventuranza que se percibe cuando el divino contacto de Dios experimentado en la meditación se vuelve estable; quien en la tierra realiza acciones buenas y sublimes cosechará, de acuerdo con la ley del karma, los frutos de dichas acciones, ya sea en su cielo interior durante la vida terrenal o en los reinos celestiales después de la muerte.

El buen karma y la perseverancia espiritual que hayamos acumulado determinan cuál será la recompensa celestial en esta vida o en el más allá. Las almas avanzadas-aquellas que a través de la meditación experimentan el estado de gozo siempre renovado de la realización del Ser y son capaces de permanecer sin cesar en esa celestial bienaventuranza interior en la que mora Dios- llevan consigo un cielo portátil donde quieran que

vayan. El sol astral del ojo espiritual comienza a desplegar ante su conciencia el cielo astral donde residen las almas virtuosas y los santos, los seres liberados y los ángeles, en esferas con grados progresivos de desarrollo. Poco a poco, la luz del ojo espiritual abre sus portales y atrae la conciencia hacia esferas celestiales cada vez más elevadas; el aura dorada omnipresente de la Vibración Cósmica del Espíritu Santo, la cual encierra los misterios de las fuerzas más sutiles que animan todas las regiones de la existencia vibratoria (y en la que se hallan las "puertas de perla" del paraíso o entrada al cielo astral, al que se accede atravesando el perlado firmamento multicolor o muro divisorio); el Cielo Crístico de la Conciencia reflejada de Dios, cuya inteligencia resplandece en el reino vibratorio de la creación; y el cielo supremo de la Conciencia Cósmica, el Reino Eterno de bienaventuranza inmutable y trascendental de Dios.

Solo aquellas almas que logran mantener la conciencia centrada en el ojo espiritual durante la existencia terrena –incluso a través de las dificultades y las persecuciones- entrarán, en esta vida o en la vida después de la muerte, en los estados bienaventurados de las regiones superiores del Cielo donde las almas sumamente evolucionadas residen en la deliciosa cercanía de la liberadora presencia de Dios.

Aun cuando Jesús menciona de manera especial la enorme recompensa destinada a las almas avanzadas, incluso una medida menor de la gozosa comunión con Dios brinda la recompensa celestial correspondiente. Aquellos que hacen algún progreso y luego traicionan sus ideales espirituales o abandonan la meditación, porque se sienten interiormente hostigados por el esfuerzo que se requiere o se ven desalentados desde el exterior por las influencias mundanas o las críticas de parientes, vecinos o "amigos", pierden el contacto con el gozo celestial. Sin embargo, aquellos que son divinamente fieles no sólo retienen el gozo que han obtenido en la meditación sino que reciben una doble recompensa, porque su perseverancia da origen a satisfacciones cada vez mayores. Esta es la retribución psicológica celestial que se percibe al aplicar la ley del hábito: quienquiera que, por medio de la meditación, permanezca sin cesar en la bienaventuranza interior será recompensado con un gozo siempre creciente que le acompañará incluso al abandonar este plano terrenal.

El estado celestial de bienaventuranza meditativa que se experimenta en esta vida es un adelanto del gozo siempre renovado que siente el alma inmortalizada en el estado post mortem. El alma lleva consigo ese gozo a las sublimes regiones astrales de celestial belleza, en las que los capullos

vitatrónicos despliegan sus pétalos multicolores en el jardín del éter, y donde el clima, la atmósfera, el alimento y quienes allí residen están constituidos de diversas vibraciones de luz de múltiples tonalidades- un reino de manifestaciones refinadas que, comparado con las tosquedades de la tierra, se encuentra en mayor armonía con la esencia del alma.

Las buenas personas que resisten la tentación en el mundo pero aún no se han liberado por completo de la ilusión son recompensadas, después de la muerte, con un descanso renovador en este cielo astral, entre numerosos semi-ángeles y almas semi-redimidas, que llevan una vida muy superior a la que es común en la tierra. Allí disfrutan de los resultados de su buen karma astral durante un lapso determinado por los efectos de sus acciones pasadas; tras ese periodo, el karma terreno que aún poseen las atrae una vez más a reencarnar en un cuerpo físico. Su "gran recompensa" en el cielo astral les permite manifestar a voluntad las condiciones que deseen y tratar únicamente con vibraciones y energía en vez de hacerlo con las propiedades fijas de las sustancias, líquidas y gaseosas con las que tienen que enfrentarse durante su tránsito por la tierra. En el cielo astral, todos los objetos, los atributos, las condiciones climáticas y el transporte se hallan sujetos al poder de la voluntad de los seres astrales, quienes pueden materializar, manipular y desmaterializar, de acuerdo con sus preferencias, las sustancias vitratónicas de ese mundo más sutil.

Las almas completamente redimidas no albergan deseos mortales en su corazón al abandonar las riberas de este mundo. Como columnas, permanecen fijas por siempre en la mansión de la Conciencia Cósmica y nunca más reencarnan en el plano terrenal, a no ser que lo hagan en forma voluntaria con el objeto de llevar de regreso hacia Dios a las almas que están apegadas a la tierra.

Entre estas almas liberadas se hallan los profetas de Dios, que se encuentran anclados en la Verdad y retornan a la tierra por mandato del Señor con el fin de guiar a otros, mediante su conducta ejemplar y su mensaje de salvación, hacia modos de vida espirituales. El estado espiritual de un profeta o salvador es de total unión divina, lo cual le habilita para manifestar a Dios de manera sagrada y misteriosa. Por lo general, se trata de reformadores excepcionales que proporcionan a la humanidad extraordinarios ejemplos espirituales. Ellos demuestran el poder y la influencia superior del amor sobre el odio, de la sabiduría sobre la ignorancia, aunque eso les suponga el martirio. Rehúsan abandonar sus verdades, sea cual sea el grado de persecución física o mental, descrédito

o falsas acusaciones a que se vean sometidos, y con la misma firmeza rehúsan odiar a sus perseguidores o recurrir a la venganza para imponerse sobre sus enemigos. Manifiestan y mantienen el autocontrol y la paciencia del amor de Dios que todo lo perdona, a la vez que ellos mismos se encuentran protegidos en esa Gracia Infinita.

En todas las grandes almas- que vienen a la tierra para mostrar a la humanidad el camino hacia la eterna beatitud o conciencia de felicidad suprema- se pueden encontrar los rasgos divinos ensalzados por Jesús como camino hacia la bienaventuranza. En el Bhagavad Guita, Sri Krishna enumera en detalle las cualidades imprescindibles del alma que son distintivas del hombre de Dios:

"(Las características del sabio son:) la humildad, la falta de hipocresía, la no violencia, la misericordia, la rectitud, el servicio al gurú, la pureza de mente y cuerpo, la tenacidad, el dominio de sí mismo;

"la indiferencia a los objetos de los sentidos, la ausencia de egoísmo, la comprensión del dolor y de los males (inherentes a la vida mortal): nacimiento, enfermedad, vejez y muerte;

"el desapego, la no identificación de su verdadero ser con los hijos, el cónyuge o el hogar; la constante ecuanimidad ante las circunstancias deseables e indeseables;

"la inquebrantable devoción hacia Mí mediante la práctica del yoga que trasciende toda separación, la inclinación a frecuentar parajes solitarios y a evitar la compañía de personas mundanas;

"la perseverancia en conocer el alma; y la percepción meditativa del objeto de todo conocimiento- su esencia verdadera o significado oculto-. Todas estas cualidades forman parte de la sabiduría, y las opuestas no son más que ignorancia" (Bhagavad Guita XIII: 7-11)

Al cultivar las virtudes antes mencionadas, el ser humano puede vivir, incluso en este mundo materialista, en la bienaventurada conciencia del alma, como un verdadero hijo de Dios. De este modo, su vida, al igual que la de muchos otros con los que se cruza en su camino, se vuelve radiante con la luz, el gozo y el amor infinitos del Padre Eterno.

CAPITULO 8

EL AMOR DIVINO: LA META SUPREMA DE LA RELIGION Y DE LA VIDA

"Se levantó un legista y dijo, para ponerle a prueba: "Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?. El le dijo: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?". Respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; ya tu prójimo como a ti mismo". Díjole entonces: "Bien has respondido. Haz eso y vivirás". (Lucas 10: 25-28).

Pasaje paralelo del Evangelio de Marcos:

"Acercase uno de los escribas que les había oído y, viendo que les había respondido muy bien, le preguntó: "¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?" Jesús le contestó: "El primero es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos". (Marcos 12:28-31).

El propósito entero de la religión- de la vida misma, en realidad- se encuentra resumido en los dos mandamientos supremos citados por el Señor Jesús en estos versículos. En ellos está la esencia de la verdad eterna que distingue todos los senderos espirituales auténticos, el irreducible imperativo que el hombre debe aceptar como alma individual separada de Dios si aspira a recuperar la conciencia de unidad con su Hacedor.

"Haz eso y vivirás", le dijo Jesús al legista que le había preguntado cómo tener vida eterna. Esto significa: "Si en la meditación diaria puedes amar a Dios con todo tu ser en verdadera comunión con El y demuestras, por medio de tus acciones, que amas a tu prójimo (tu hermano divino) tanto como te amas a ti mismo, te elevarás por encima de la conciencia mortal de este plano ilusorio de vida y muerte y experimentarás el eterno e inmutable Espíritu que vive en ti y en la divina omnipresencia".

"De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas", le reveló Jesús al legista aludido en el Evangelio de Mateo. Y al escriba que le preguntó, en el Evangelio de Marcos, cuál de los mandamientos divinos era el más importante, Jesús le respondió: "El Soberano Cósmico, nuestro Protector y único Dios, es el Señor y Amo exclusivo de toda la creación. El te ha creado como uno de sus hijos, hecho a su imagen y portador de la divina relación por El decretada. A ti te corresponde amar espontáneamente a tu Creador con el amor que El implantó en ti: con todo el divino amor de tu corazón, con toda la percepción intuitiva de tu alma, con toda la atención de tu mente y con todas las fuerzas de tu determinación mental y de tu energía física".

Esta constituye la principal de todas las leyes cósmicas decretadas por el espíritu para elevar y liberar el alma- afirmaba Jesús-, porque es a través de los portales del amor del ser humano como Dios establece su unidad con él, y esta unión libera al hombre del cautiverio de la ilusión. Amar a Dios en forma suprema es recibir de El satisfacción y plenitud eternas, además de la liberación de todos los deseos humanos que irresponsablemente provocan continuos nacimientos y muertes y los sufrimientos imprevistos que éstos conllevan.

Jesús alabó el entendimiento demostrado por el escriba y le aseguró que se hallaba próximo a alcanzar un elevado grado de conciencia espiritual, porque este hombre comprendía que amar a Dios en su supremacía e

innata intimidad en todos los seres "vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Honrar al Creador a través de formalidades religiosas externas es mantener la distancia entre quien venera y Aquel que es objeto de su veneración; amarle, en cambio, es convertirse en su amigo, en su hijo, y volverse uno con EL.

Que Dios ordene al hombre amarle sobre todas las cosas podría parecer impropio de una Deidad omnipotente. Sin embargo, todos los avatares y santos comprenden, en lo más íntimo de su corazón, que este mandamiento no tiene la intención de satisfacer algún inverosímil capricho de Dios, sino que es, más bien, un requisito esencia para que el alma individualizada pueda lograr una conexión consciente con su Creador. A Dios le es posible vivir sin el amor de los seres humanos; pero así como la ola no puede existir sin el océano, tampoco puede el hombre vivir sin el amor de Dios. La sed de amor presente en cada corazón humano se debe a que el hombre está hecho a imagen del amor de Dios. Por eso, los avatares y los santos hacen un llamado a la humanidad para que ame a Dios, mas no por compulsión ni por mandato, sino porque el océano del amor divino se agita bajo la pequeña ola de amor presente en cada corazón.

Un gran santo de la India expresó: "Aquel que busca primero a Dios con todo su corazón es el más inteligente entre los hombres", porque al hallarle recibe, junto con El, todo aquello que a Dios le pertenece. Amar a Dios es hacer contacto con la Munífica Fuente de la Creación. Son muchos los hombres mundanos que ocupan de forma irreflexiva su corazón, mente, alma y fortaleza física en buscar dinero, amor humano o poder terrenal, sólo para perderlos- si es que acaso los han encontrado- en el momento de la muerte. La manera más sabia de aprovechar la vida es invertirla en la búsqueda de Dios, el único tesoro que brinda satisfacción eterna y que jamás puede perderse ni menguar.

Aun cuando es preciso amar a Dios para poder conocerle, también es cierto que debemos conocer a Dios para poder amarle. Nadie puede amar algo acerca de lo cual no sabe nada; nadie puede amar a una persona que le es por completo desconocida. Sin embargo, quienes meditan con profundidad "conocen", porque hallan la prueba de la existencia de Dios en el siempre renovado Gozo que se siente en la meditación, o en el Sonido Cósmico que se experimenta al enfocar la devoción en el corazón, o en la Sabiduría Cósmica que alborea como iluminación interior, o en la Luz Cósmica que evoca visiones del Infinito, o en la Vida Cósmica que se percibe durante la

meditación cuando la pequeña vida se funde con la gran Vida presente en todo.

El devoto que, aunque sea una vez, haya percibido a Dios en la meditación como alguna de sus manifestaciones tangibles no puede evitar amarle cuando de este modo capta sus arrobadoras cualidades. La mayoría de las personas nunca aman en realidad a Dios porque saben muy poco acerca de lo cautivante que es el Señor cuando visita el corazón del devoto que medita. Este contacto genuino con la presencia trascendental de Dios es posible para aquellos devotos resueltos que son constantes en la meditación y perseveran en la oración sincera que brota del alma.

Sólo existe un Origen de todas las capacidades del ser humano: Dios, el Creador del amor con el que amamos, de nuestras almas con las que clamamos por la inmortalidad, de la mente y los procesos mentales con los que nos es posible pensar, razonar y actuar, y de la vitalidad con la cual emprendemos las actividades cotidianas. Deberíamos emplear todos estos dones para realizar, con la máxima energía, un esfuerzo supremo en la meditación con el fin de expresarle nuestro amor a Dios hasta que sintamos conscientemente la manifestación de su respuesta.

El practicante religioso medio racionaliza el cumplimiento de sus obligaciones espirituales mediante rituales mecánicos u oraciones que pronuncia mientras sus pensamientos están en otra parte, o bien con erráticos vagabundeos por la jungla de la teología y del dogma. Quizá procure sentir amor y devoción a Dios en su corazón y enfocar su mente en El, tanto como le sea posible, durante los periodos de oración; tal vez intente amar a Dios "con todas sus fuerzas", cantando, danzando e incluso rodando energéticamente por el suelo como hacen algunas sectas de los denominados "santos rodadores". En lo que respecta a amar a Dios con toda el alma, se siente desconcertado, ya que ni siquiera sabe qué es el alma. El único momento en que percibe algo acerca del alma (y en ese caso, solo de modo inconsciente) es durante el sueño profundo sin ensueños. En este estado, la "fuerza" o energía vital se desconecta de los cinco sentidos y se retira hacia el interior; la conciencia de si mismo como entidad física desaparece. Por la noche, los seres humanos tienen una vislumbre de su verdadero SER, el alma; cada mañana, al despertar, la mayoría de las personas adopta, una vez más, su errónea identificación como hombre o mujer mortal.

Los intentos de aplicar las enseñanzas de Jesús en forma externa proporcionan por lo general sólo una satisfacción exterior mínima y no la experiencia divina. Existe, sin embargo, un significado interno de la exhortación a amar a Dios con todo el corazón, la mente, el alma y las fuerzas. Jesús empleó estos sencillos términos bíblicos, pero dio a entender que en ellos se incluye toda la ciencia del yoga, el camino trascendental para alcanzar la unión divina a través de la meditación. En la India, donde el conocimiento espiritual se había desarrollado durante miles de años antes de la época de Jesús, los sabios que conocían a Dios plasmaron estos conceptos en una filosofía espiritual de amplio alcance con el propósito de guiar a los devotos de manera sistemática en el sendero hacia la liberación. Cuando una persona hace el esfuerzo de conocer a Dios en el estado meditativo, empleando la sinceridad del corazón y sus más profundos sentimientos, y la intuición del alma, y todos los poderes de concentración de la mente, y toda la energía vital interiorizada (todas sus fuerzas), con seguridad alcanzará el éxito.

El sistema de desarrollo espiritual en el que uno aprende a "amar a Dios con todo su corazón" se conoce en la India como Bhakti Yoga-la unión con Dios por medio del amor y la devoción incondicionales-. El bhakta llega a comprender que lo que hay en el corazón de una persona es lo que determina en qué se concentra: en aquello que ama. Así como el corazón del amante está junto al ser amado y el del ebrio junto a la bebida, así también el corazón del devoto se halla de continuo absorto en el amor por su Bienamado Divino.

"Amar a Dios con toda su mente" significa amarle con toda la concentración enfocada en El. La India se ha especializado en la ciencia de concentrar por completo la mente mediante la práctica de técnicas precisas, de modo que, durante sus prácticas de adoración, el devoto pueda mantener toda la atención en Dios. Si al ofrendar las plegarias de devoción, la mente gira sin cesar en torno a pensamientos relacionados con el trabajo, la comida, las sensaciones corporales u otras distracciones, no se está amando a Dios con toda la mente. La Biblia enseña: "Orad constantemente"; la ciencia del yoga originaria de la India ofrece el método efectivo para adorar a Dios con la mente concentrada por completo.

"Amar a Dios con toda tu alma" significa entrar en el estado de éxtasis supraconsciente: la percepción directa del alma y de su unidad con Dios. Cuando ningún pensamiento atraviesa la mente y existe, en cambio, una

percepción consciente absoluta; cuando uno sabe, gracias al conocimiento intuitivo, que puede lograr lo que se proponga con sólo pedirlo, entonces uno se halla en el expansivo estado de la supraconsciencia: la experiencia del alma como reflejo de Dios, la conexión del alma con la conciencia de Dios. Es un estado de dicha suprema en que el alma percibe de manera cristalina el Espíritu omnipresente que se refleja como el gozo de la meditación.

Amar a Dios con toda el alma exige la absoluta quietud que se alcanza en el recogimiento trascendente. No es posible lograrlo cuando se reza en voz alta, se mueven las manos de un lado a otro, se canta o se lleva a cabo cualquier otra acción corporal que active el sistema sensorial-muscular. Así como durante el sueño profundo el cuerpo y los sentidos permanecen inertes, así también este recogimiento interior caracteriza el éxtasis supraconsciente, con la diferencia de que el éxtasis es mucho más profundo que el sueño. Lo que se siente al dormir multiplicado por diez millones de veces no alcanza a describir el gozo del éxtasis. Se trata de un estado en el que podemos conocer nuestro verdadero Ser, el alma, y adorar sin reservas, con ese auténtico Ser, a Aquel que es el Amor mismo.

El cumplimiento del mandato divino de amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma se hace posible por medio de la ciencia que le permite al devoto "amar a Dios con todas sus fuerzas". El yoga enseña dicha ciencia. Cuando uno duerme, la mente consciente se encuentra inactiva; la energía se retira del área sensomotora del cerebro, así como de los músculos y nervios, concentrándose en las facultades de la mente subconsciente. No es posible entrar en el estado de sueño subconsciente a no ser que, por lo general en forma pasiva, la fuerza vital se haya desconectado del sistema nervioso sensomotor consciente; tampoco es posible entrar en el estado de supraconsciencia- que trasciende la subconsciencia- sin que la energía vital se desconecte conscientemente de los sentidos y músculos.

El dominio de la energía vital que le permite al devoto amar a Dios con todas sus fuerzas se inicia con la postura (asana, el entrenamiento del cuerpo para mantener, con facilidad y sin inquietud, la postura correcta que posibilita permanecer inmóvil al meditar) y con ejercicios respiratorios para controlar la fuerza vital (pranayama, las técnicas para aquietar la respiración y el corazón). Mediante tales prácticas, se serena el corazón, la energía se desconecta de manera efectiva de los sentidos, y se calma el aliento inquieto que mantiene al hombre atado a la conciencia corporal. El

yogui es capaz de enfocar su mente en Dios sin que le perturbe la intrusita atracción del cuerpo. La mente, desconectada de las sensaciones, se retira de modo trascendental hacia el interior (pratyahara). El devoto puede entonces utilizar la mente así liberada para experimentar la unión amorosa con Dios. Cuando al devoto le es posible amar a Dios con la mente concentrada en el interior de su ser, comienza a sentir en su corazón ese amor por Dios que, de manera exquisita, impregna con la divina presencia cada matiz de sus sentimientos. El corazón, así colmado de Dios percibe entonces al Bienamado Señor en lo más recóndito del alma, donde su pequeño amor se conecta y se funde con el Gran Amor. El sentimiento de Dios dentro del alma se expande hasta convertirse en percepción de Dios en la vastedad de su omnipresencia (el samyama del yoga: dharana, dhyana y samadhi).

Jesús impartió enseñanzas que a primera vista parecen simples, pero que son mucho más profundas de lo que la mayoría de la gente supone. El hecho de que enseñó el sistema completo del yoga (el método científico de unión con Dios) queda evidenciado en el libro del Apocalipsis, donde se expone el misterio de las siete estrellas y siete iglesias con sus siete ángeles y siete candeleros de oro. Al abrir los " siete sellos" de estos centros de percepción espiritual- con el propósito de lograr el dominio sobre todos los poderes astrales de la vida y de la muerte a través de los cuales el alma asciende hacia la libertad-, se alcanza la unión divina.

Jesús enfatizó que la salvación comienza con aquellas prácticas que le permiten al devoto amar de verdad a Dios por medio de la ofrenda suprema de su corazón, su mente, su alma y sus fuerzas. Es la más grandiosa de las escrituras de la India que tratan sobre el yoga, el Bhagavad Guita, el Señor se expresa en palabras análogas al mandamiento bíblico citado por Jesús: "Escucha de nuevo mi suprema enseñanza, la más secreta de todas. Puesto que te amo profundamente, por tu bien te la revelaré. Absorbe tu mente en Mí, conviértete en mi devoto, renuncia por Mi a todas las cosas; inclínate ante Mí. Eres querido para Mí y, por eso, en verdad te prometo que tú llegarás a Mí".

El Primer Mandamiento lleva al devoto a la observancia del segundo gran precepto espiritual, "semejante a éste". Mientras uno se esfuerza por sentir a Dios en su interior, tiene además el deber de compartir con su prójimo la experiencia de Dios: "Amarás a tu prójimo (a todas las razas y a todas las

criaturas de todo lugar con las que entres en contacto) como a ti mismo (como amas a tu propia alma), porque ves a Dios en todos". El prójimo de un hombre es la manifestación de su Ser superior, o sea, Dios. El alma es un reflejo del Espíritu; un reflejo que se halla presente en cada ser y en toda la vida vibratoria del decorado animado e inanimado del cosmos. Amara a nuestros padres, parientes, conocidos y conciudadanos, a todas las razas del mundo, a todas las criaturas, flores y estrellas, que viven en la "vecindad" o al alcance de la propia conciencia, es amar a Dios en sus multifacéticas manifestaciones tangibles.

Aquellas personas que aún no son capaces de amar a Dios en las sutiles expresiones divinas que se presentan en la meditación pueden alimentar su amor por El en las manifestaciones de la naturaleza y de todos los seres a los que perciben o con quienes entran en contacto.

Es Dios quien adopta el aspecto de padre para proteger al niño; de madre para amar al niño incondicionalmente; y de amigo para ayudar, sin las limitaciones que imponen los instintos familiares, a esa alma encarnada. Es Dios quien se ha convertido en la tierra engalanada con un firmamento de estrellas para entretener a sus hijos y mantenerlos maravillados. Es El quien se ha transformado en el alimento y en el aliento y en las funciones vitales que sostienen a los innumerables seres mortales. Cuando la inmanencia de Dios se hace patente en el entendimiento del hombre, despierta en él la comprensión de que tiene el deber y el privilegio de adorar a Dios en el templo de su propio ser- a través de la meditación- y en el templo de todos los seres y objetos del universo- a través del amor al prójimo, en la cercanía de su hogar cósmico.

Incluso los santos que aman a Dios en el éxtasis trascendental de la meditación hallan sólo la completa redención cuando han compartido su logro divino al amar a Dios bajo la forma en que El se manifiesta en todas las almas al alcance omnipresente de su alma.

El mejor modo en que el devoto, alentado por el amor a Dios en la meditación, puede iniciar las buenas relaciones de vecindad de su alma con otras almas consiste en extender su ayuda hacia aquellas personas que no forman parte de su propia familia pero que, no obstante, se hallan más próximas a él que el mundo en general. De manera instintiva, la gente prefiere ser dadivosa con los miembros de su propia familia antes que con un extraño; y la idea misma del "mundo" es un concepto sumamente lejano y abstracto. Si una persona, sin embargo, vive solo para sí y para los

pocos escogidos que elige favorecer por considerarlos como seres queridos, obstruye la expansión de su vida y, desde el punto de vista espiritual, no vive en absoluto. Por el contrario, cuando una persona extiende su solidaridad y su afecto desde un sentido de identidad restringido a "nosotros cuatro y nadie más" hasta abarcar a sus vecinos y al mundo, su pequeña vida fluye hacia la vida superior de Dios y se transforma en la Vida Eterna- el segundo requisito en respuesta a la pregunta que le formuló el legista a Jesús: "¿Qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?".

La mayoría de la gente vive dentro de las estrechas paredes del egoísmo, sin sentir jamás el palpitar de la vida universal de Dios. Quienquiera que desconozca que su vida proviene de la vida eterna, que lleve una existencia puramente materialista y que muera y se reencarne sin recordar sus pasados nacimientos, en verdad no ha vivido. Su conciencia mortal anduvo errante atravesando ilusorias experiencias oníricas, pero su verdadero Ser, el alma, jamás despertó para expresar su divina naturaleza e inmortalidad. En contraste, aquellos devotos que, por medio de la meditación, perciben que es la vida eterna la que sostiene su vida mortal viven para siempre, sin perder jamás su existencia consciente en el momento de morir, ni de una encarnación a otra, ni en la eternidad de la libertad del alma en Dios.

Los santos y los sabios que cumplen con los dos mandamientos supremos no están ya supeditados a la disciplina de los demás mandamientos, puesto que, al amar a Dios tanto en la meditación trascendental como en su divina manifestación en los demás seres, automáticamente dan justo cumplimiento a todas las leyes cósmicas. En los devotos que han establecido contacto con Dios, el Artífice de la Ley Cósmica se expresa como la bondad intuitiva y natural que los mantiene siempre en armonía con los códigos universales de Dios. La oscuridad acumulada durante milenios en torno al alma puede disiparse poco a poco con las pequeñas llamas de la observancia de las numerosas normas de conducta; mas cuando, mediante un empeño supremo del corazón, de la mente y de las fuerzas, la omnipresente luz de Dios se hace visible en el alma, desaparece entonces la oscuridad: el advenimiento de la Gran Luz absorbe por completo la llama vacilante que emiten las acciones disciplinadas. Así pues, amar a Dios por medio de la oración y la meditación continuas y amarle a través del servicio físico, mental y espiritual prestado a sus manifestaciones en nuestra familia universal (constituida por nuestros semejantes) es el

fundamento y esencia del conjunto de todas las demás leyes que rigen la conducta y la liberación de los seres humanos.

Un renacimiento en el amor a Dios y al prójimo tal como propugnó Jesucristo daría origen a un espíritu de unidad que ayudaría a sanar los males del mundo.

La armonía y la fraternidad llegarán a la tierra a través solo de la comunión con Dios. Cuando percibimos realmente la Presencia Divina en nuestra propia alma, se despierta en nosotros el amor por el prójimo –judío y cristiano, musulmán e hindú- al tomar conciencia de que nuestro Ser verdadero y el Ser de todos los demás son, por igual, almas o reflejos del único e infinitamente adorable Dios. Los planes políticos y sociales utópicos producirán escasos beneficios perdurables hasta que la humanidad aprenda la ciencia eterna por medio de la cual los seguidores de todas las religiones pueden conocer a Dios en la unidad de la comunión del alma con el Espíritu.

Observar el "primer mandamiento", como fue expuesto por Jesús, es la obligación central de la vida del hombre; quedan, así, subordinadas y al servicio de dicha observancia la hueste de absorbentes responsabilidades que el ser humano acumula sobre sí. Jesús apoyaba el mandamiento bíblico que dice: "Honra a tu padre y a tu madre", pero ama a Dios de manera suprema. Padre, madre, amigos, seres amados: todos ellos son regalos de Dios. Ama al Amor Único que permanece oculto detrás de todos los disfraces bondadosos. Ama a Dios en primer lugar y sobre todas las cosas; de lo contrario, incontables serán las ocasiones en que El visite tu corazón y se marche de nuevo sin que le reconozcas ni le des la bienvenida.

Es de suprema importancia estar con Dios ahora. Su amor es el único refugio en la vida y en la muerte. Debes utilizar el tiempo del mejor modo posible. ¿Por qué no aprovecharlo para recobrar tu unidad con el Creador de este Universo, nuestro Padre Infinito?.

CAPITULO 9

EL REINO DE DIOS QUE ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

"Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: "El Reino de Dios no vendrá con observación, ni se dirá: "Vedlo aquí o allá, porque, mirad, el Reino de Dios está dentro de vosotros". (Lucas 17:21-21).

Jesús se dirige en estos términos al ser humano en su aspecto de eterno buscador de la felicidad perdurable y de la liberación de todo sufrimiento: "El reino de Dios –el reino de la eterna, inmutable, siempre renovada y gozosa Conciencia Cósmica- está dentro de ti. Contempla tu alma como un reflejo del Espíritu Inmortal y descubrirás que tu Ser abarca el imperio infinito de amor divino, sabiduría divina y bienaventuranza divina que está presente en cada partícula de la creación vibratoria, así como en el Absoluto Trascendental no vibratorio".

Podría afirmarse que las enseñanzas de Jesús acerca del reino de Dios- a veces en lenguaje directo y a veces en forma de parábolas plenas de

significado metafísico- son el núcleo del mensaje completo que él impartió. El Evangelio deja constancia de que, en el comienzo mismo de su ministerio público, "marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva del Reino de Dios". Su exhortación a "buscar primero el Reino de Dios" constituye el tema central de su Sermón del Monte. La única oración que – según se sabe- dio a sus discípulos eleva una súplica a Dios: "Venga tu Reino". Una y otra vez se refirió al reino del Padre Celestial y al método para alcanzarlo:

"El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios".

"Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán".

"Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo". Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre".

"Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un solo ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna".

"Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto".

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí".

Tomadas en conjunto, estas y otras declaraciones de Jesús referidas al reino de Dios permiten comprender de modo más amplio la sencilla afirmación, expresada en estos versículos, acerca de que el reino de Dios no podrá hallarse mediante la "observación"- la utilización de los sentidos de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto sintonizados con la materia- sino por medio del recogimiento interior de la conciencia con el fin de percibir la Divina Realidad "dentro de vosotros".

"El Reino de Dios no llega en respuesta a la observación sensorial, ni puede ser hallado por quienes dicen: "Mira, está aquí o allá, en algún lugar entre las nubes". Concéntrate, más bien, en tu interior y hallarás la esfera de la conciencia de Dios oculta detrás de la conciencia material".

Mucha gente supone que el cielo es un lugar físico, un remoto punto del espacio situado por encima de la atmósfera o más allá de las estrellas. Otros interpretan las afirmaciones de Jesús acerca del advenimiento del Reino de Dios como una referencia a la llegada un Mesías que establecerá y gobernará un reino divino en la tierra. De hecho, el reino de Dios y el

reino de los cielos constan, respectivamente, de las infinitudes trascendentales de la Conciencia Cósmica y de los celestiales reinos causal y astral de la creación vibratoria, los cuales son mucho más sutiles y están más armonizados con la voluntad de Dios que las vibraciones físicas cuyo agrupamiento da lugar a los planetas, al aire y al ambiente terrenal.

Los objetos materiales que conocemos en forma de sensaciones de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto son el producto de la interacción de fuerzas que se originan y existen más allá de la capacidad de observación de la conciencia humana. El origen primigenio de todos los objetos y vibraciones materiales se encuentra en la Conciencia Cósmica. La materia es energía física condensada, la energía física es energía astral condensada, y ésta, a su vez, es la fuerza condensada del pensamiento original de Dios. Por consiguiente, la Conciencia Cósmica se halla oculta tanto en el interior como más allá de las capas constituidas por la materia, la energía física, la energía astral y el pensamiento o conciencia.

Lo mismo que ocurre en el macrocosmos sucede también en el microcosmos del cuerpo humano: la Conciencia Cósmica, cuyo rasgo característico es el gozo siempre renovado y la inmortalidad, es la que ha creado la conciencia humana y, por lo tanto, se encuentra dentro de ella. Cada alma fue concebida a partir de la infinita Conciencia Cósmica; estas ideaciones individuales del pensamiento de Dios fueron revestidas con otras dos cubiertas de manifestación externa, mediante la condensación de las fuerzas magnéticas causales propias de la conciencia, a fin de engendrar el cuerpo astral de energía vital luminosa y el cuerpo mortal de carne y hueso.

Así pues, el Reino de Dios no está separado del reino de la materia, sino que se halla tanto en su interior- lo impregna sutilmente, dado que es su origen y sostén- como fuera de él, en las mansiones infinitas del Padre, más allá del limitado cosmos físico.

Por eso, Jesús señaló que es en vano buscar el Cielo con la conciencia enfocada en las vibraciones materiales e identificada con las sensaciones y placeres corporales y las comodidades terrenales. En el reino de la materia y de la conciencia corporal, el ser humano padece enfermedades y sufrimiento físico y mental; si, por el contrario, dirige su atención hacia el reino interior, halla al Confortador, el Espíritu Santo o Vibración Cósmica de OM, manifestado en los sutiles centros cerebrospinales de la conciencia espiritual. Dejarse llevar por la corriente de la conciencia material que fluye

hacia el exterior implica ser arrastrado inexorablemente hacia el Hades del reino de Satanás, la esfera de los apegos y limitaciones terrenales del cuerpo mortal; en cambio, meditar en OM para seguir la corriente de la conciencia que fluye hacia el interior es alcanzar el bienaventurado reino de Dios que se encuentra más allá del opaco obstáculo del cuerpo físico.

La comunión con el Santo Confortador brinda la sintonía con la Conciencia Crística que mora en el cuerpo como el alma siempre perfecta. Al comulgar aún más profundamente con la Conciencia Crística, se llega a experimentar la unidad del alma con Espíritu omnipresente: el pequeño Ser se expande hasta alcanzar la magnitud de su Ser infinito y abarca así el ilimitado reino divino de la Dicha siempre existente, siempre consciente y eternamente renovada.

El Reino de Dios aguarda ser descubierto por aquellas almas que, hallándose confinadas en el cuerpo, ahondan en la meditación para trascender la conciencia humana y alcanzar los estados sucesivamente más elevados de la supraconciencia, la Conciencia Crística y la Conciencia Cósmica. Quienes meditan con profundidad, concentrándose intensamente en el silencio interior (el estado en que los pensamientos se encuentran neutralizados), retiran su mente de los objetos materiales percibidos a través de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto – es decir, de toda sensación corporal e inquietud mental perturbadora-. En esa concentrada quietud interior, descubren un inefable sentimiento de paz. La paz es la primera vislumbre del reino interior de Dios.

Los devotos que pueden lograr a voluntad ese recogimiento interior de la mente y concentrarse por completo en el sentimiento de paz resultante lograrán con toda certeza entrar al reino de la conciencia de Dios.

Esta percepción se transforma poco a poco en omnipresencia, omnisciencia, dicha siempre renovada y visiones de los reinos de luz eterna por los cuales se desplazan, en el seno de Dios, todas las almas liberadas, materializándose y desmaterializándose a voluntad. Nadie puede entrar en ese reino de la Conciencia Cósmica a no ser que sea capaz de penetrar en su conciencia hasta lo más profundo de su ser, a través de los portales de la concentración y meditación fervientes. Por ese motivo, Jesús afirmó de manera inequívoca: "El Reino de Dios está dentro de vosotros", es decir, en los estados trascendentes de las percepciones del alma.

Existe una bella concordancia entre las enseñanzas de Jesucristo relativas a entrar en el "Reino de Dios que está dentro de vosotros" y las enseñanzas del yoga expuestas en el Bhagavad Guita por el Señor Krishna acerca de devolverle al Rey Alma –el reflejo de Dios en el ser humano- su justa potestad sobre el reino corporal y su plena realización de los celestiales estados de conciencia espiritual. Una vez que el hombre se ha establecido en ese reino interior de conciencia divina, la ya despierta percepción intuitiva del alma rasga los velos de la materia, de la energía vital y de la conciencia, dejando al descubierto la esencia de Dios que se encuentra presente en el corazón de todas las cosas.

"El reside en el mundo, y todo lo envuelve por doquier; sus manos y pies están presentes en todas partes, al igual que sus ojos, oídos, bocas y cabezas; resplandece en todas las facultades sensorias y, sin embargo, trasciende los sentidos; permanece desapegado de la creación y, no obstante, es el Fundamento de todo; está libre de todas las gunas (modalidades de la naturaleza) y, sin embargo, disfruta de todas ellas.

"Está dentro y fuera de todo cuanto existe –animado e inanimado-, es cercano y a la vez lejano; es imperceptible por ser tan sutil.

"El, el Indivisible, se manifiesta en forma de incontables seres; El los conserva y los destruye, y de nuevo los crea.

"La Luz de todas las Luces, que trasciende la oscuridad, el Conocimiento mismo, Aquello que ha de saberse y la Meta de toda sapiencia, El mora en el corazón de todos" (Bhagavad Guita XIII: 13-17)

El Raja Yoga, el camino regio de la unión con Dios, es la ciencia de la auténtica realización del reino de Dios que está dentro de cada ser. Gracias a la práctica de las sagradas técnicas yóguicas de recogimiento interior recibidas de un verdadero gurú durante la iniciación, es posible hallar dicho reino mediante el despertar de los centros astrales y causales de fuerza vital y conciencia que se encuentran en la espina dorsal y el cerebro, y que son las puertas de acceso a las regiones celestiales de conciencia trascendente. Quien logra despertar dichos centros conoce al Dios omnipresente, tanto en su Naturaleza Infinita como en la pureza de su propia alma e incluso bajo el manto ilusorio de las mutables formas y fuerzas de la materia.

Patanjali, el más destacado de los antiguos exponentes del Raja Yoga en la India, formuló los ocho pasos que han de seguirse para ascender al reino de Dios que se encuentra dentro del propio ser.

1.- *Yama, la conducta moral: evitar el daño a los demás y la falsedad y el hurto y la inmoderación y la codicia.*

2.- *Niyama: la pureza de cuerpo y mente, el contentamiento en toda circunstancia, la introspección (contemplación) y la devoción a Dios. Estos dos primeros pasos conducen al autocontrol y a la calma mental.*

3.- *Asana: la disciplina del cuerpo, de modo que pueda adoptar y mantener la postura correcta para la meditación sin fatiga ni inquietud física o mental.*

4.- *Pranayama: la práctica de técnicas de control de la fuerza vital que calman el corazón y el aliento y eliminan de la mente las distracciones sensoriales.*

5.- *Pratyahara: el poder de recoger la mente en el interior y aquietarla por completo, lo cual es resultado de retirar la mente de los sentidos.*

6.- *Dharana: el poder de utilizar la mente interiorizada para concentrarse totalmente en Dios en alguno de los aspectos a través de los cuales El se revela ante la percepción interna del devoto.*

7.- *Diana: la meditación (cuya profundidad se ha acrecentado por la intensidad de la concentración, dharana) que permite concebir la vastedad de Dios y de sus atributos tal como se manifiestan en la expansión ilimitada de la Conciencia Cósmica.*

8.- *Samadhi, la unión con Dios: la realización total de la unidad del alma con el Espíritu.*

Todos los devotos pueden hallar la puerta que conduce al reino de Dios a través de la concentración en el ojo espiritual, que es el centro de la Conciencia Crística, ubicado a nivel del entrecejo. La meditación profunda y prolongada, tal como la enseña un verdadero gurú, le permite al devoto dejar gradualmente de enfocar la atención en el cuerpo material para hacerlo en el cuerpo astral y, mediante las facultades de percepción astral que han despertado, intuir estados cada vez más profundos de conciencia hasta alcanzar la unidad con la Fuente misma de la conciencia. Al entrar por la puerta del ojo espiritual, deja atrás todo apego a la materia y al cuerpo físico y accede a las infinitudes interiores del reino de Dios.

Los tejidos del cuerpo físico están constituidos por células; el tejido del cuerpo astral se compone de vitatrones- unidades inteligentes de luz o energía vital-. Cuando el ser humano se encuentra en el estado de apego al cuerpo, caracterizado por la tensión o contracción de la energía vital que se transforma en los componentes atómicos, los vitatrones del cuerpo astral se compactan y permanecen confinados a causa de la identificación con la forma física. A través de la relajación metafísica, la estructura vitatrónica comienza a expandirse: las ataduras de la carne, que mantienen sujeta la identidad, se sueltan.

Por medio de la meditación cada vez más profunda, el cuerpo astral de energía se expande y supera los límites del cuerpo físico. Dado que el cuerpo vitatrónico pertenece a una esfera de existencia que no está sometida a la restricción ilusoria del mundo físico tridimensional, tiene la capacidad de unificarse con la Energía Cósmica que impregna el universo entero. Dios en su aspecto de Espíritu Santo (la Vibración Sagrada) es la Luz de la Energía Cósmica; el hombre, hecho a imagen de Dios, está compuesto de dicha luz. Somos esa Luz que se ha compactado y, asimismo, somos esa Luz de nuestro Ser Universal.

Como primer paso para entrar en el reino de Dios, el devoto debe sentarse quieto en la postura correcta de meditación, con la espina dorsal erguida, y tensar y relajar el cuerpo, ya que la relajación libera la conciencia de su confinamiento en los músculos. El yogui comienza con la práctica apropiada de la respiración profunda: inhalando y tensando todo el cuerpo, exhalando y relajando; este procedimiento lo repite varias veces. Con cada exhalación debe desecharse todo movimiento y tensión de los músculos, hasta alcanzar un estado de quietud corporal. Después, mediante la práctica de técnicas de concentración, se elimina la inquietud mental. En el estado de perfecta quietud del cuerpo y de la mente, el yogui disfruta la paz inefable conferida por la presencia del alma. En el templo del cuerpo reside la vida; en el templo de la mente, la luz; en el templo del alma, la paz. Cuanto más profundamente se adentre en el alma, mayor será la paz que sienta: ese estado es la supraconciencia. Cuando por medio de la meditación más profunda el devoto amplía su percepción de la paz, y siente que su conciencia se expande junto con esa paz por el universo entero y que todos los seres así como toda la creación se encuentran inmersos en ella, está entrando entonces en la Conciencia Cósmica. Siente esa paz por doquier- en las flores, en cada ser humano, en la atmósfera-. Ve que la tierra y la totalidad de los mundos flotan como burbujas en ese océano de paz.

La paz interior que primero experimento el devoto en la meditación es su propia alma; la inmensa paz que siente cuando profundiza aún más es Dios. El devoto que experimenta la unidad con todas las cosas ha establecido a Dios en el templo de su infinita percepción interior.

*En el templo del silencio,
En el templo de la paz,
Te encontraré, te sentiré, te amaré.
Y al altar de mi paz Tú vendrás.*

*En el templo del samadhi,
En el templo de la dicha,
Te encontraré, te sentiré, te amaré.
Y al altar de mi dicha Tu vendrás.*

Al disiparse los pensamientos inquietos, la mente se convierte de inmediato en un sagrado templo de paz. Dios insinúa su presencia en el templo del silencio y luego en el templo de la paz. El devoto le conoce primero como la paz que fluye de aquel estado mental en que todos los pensamientos se han transformado en sentimiento intuitivo puro; con el amor de su corazón, conmueve al Señor y le siente como gozo; su amor puro persuade a Dios para que se manifieste en el altar de su percepción de la paz. A medida que avanza, el devoto es consciente de Dios no sólo en la meditación, sino que le mantiene en todo momento en el altar de paz de su corazón.

En el templo del samadhi – la unidad con esa paz que constituye la primera manifestación de Dios en la meditación-, el devoto descubre un estado de dicha eternamente renovada, un gozo que jamás se extingue. La dicha es un estado mucho más profundo que la paz. Así como una persona muda que bebiera néctar se llenaría de deleite con su ambrosíaco sabor aunque no pudiera describirlo con palabras, así también el éxtasis de la dicha que se percibe en el templo del samadhi lleva a quien lo experimenta a un estado de callada elocuencia. Sólo ese gozo puede satisfacer el innato anhelo del corazón humano. Por medio de la paciente y persistente meditación, día tras día y año tras año, el devoto reclama amorosamente de su Señor: "¡Ven a mí como gozo en la unión del samadhi y permanece por siempre en mi corazón, en el altar de la dicha!". Cuando en nuestro corazón, y en armonía con los corazones de todos aquellos que aman a Dios en el templo interior del silencio y de la dicha, nos regocijamos en el

gozo de nuestro único Bienamado, ese gozo unificado crea un vasto altar de Dios.

Le atañe al hombre como alma practicar ese silencio interior y encontrar a Dios ahora. Mientras emplea sus sentidos en el cumplimiento de las exigencias de la vida diaria, el devoto conserva dentro de su conciencia este pensamiento: "Estoy sentado en el trono de paz del silencio interior". En medio de la actividad, permanece en un estado de recogimiento interno: "Soy el dios del silencio sentado en el trono de cada acción". Su ecuanimidad no se ve afectada por sentimientos ingobernables: "Soy el príncipe del silencio sentado en el trono del equilibrio". Su verdadero Ser, en perfecta armonía con la eternidad, en la vida y en la muerte, expresa con júbilo: "Soy el soberano de la inmortalidad que reina en el trono del silencio. La destrucción del cuerpo, las ofensas del engaño infligidas al alma, los imperativos de la inquietud y las tribulaciones de la vida no son más que dramas que estoy representando y contemplando como un divino entretenimiento. Tal vez actúe por cierto tiempo, pero siempre, desde el refugio de mi silencio interior, observo con el calmado gozo de la inmortalidad el desarrollo del guión de la vida".

Si durante la práctica de la meditación el devoto llama una y otra vez a las puertas del silencio, Dios responderá: "Entra. Te hablé en susurro a través de todos los disfraces de la naturaleza y ahora te digo: soy el Gozo, la Fuente viviente del Gozo. Báñate en mis aguas- lava con esas aguas tus hábitos y purifícate de todo temor-. Forjé un bello sueño para ti; mas, hijo mío, hiciste de él una pesadilla". Dios no desea que sus hijos continúen siendo hijos pródigos, sino que representen sus papeles en la vida como inmortales, a fin de que al abandonar el escenario de esta tierra pueden decir: "Padre, fue un hermoso espectáculo, pero ahora estoy listo para regresar a mi Hogar".

Es un pecado contra la naturaleza divina del alma pensar que no existe la posibilidad de ser feliz, y abandonar toda esperanza de hallar la paz; hay que desenmascarar estos pensamientos, considerándolos como errores psicológicos que se originan cuando Satanás interfiere en la mente humana. La felicidad y la paz infinitas están siempre al alcance de la mano, justo detrás de la cortina de ignorancia del hombre. ¿Cómo sería posible que le fuera vedado por siempre a un ser humano el acceso al reino de Dios, si ese divino reino se halla precisamente dentro de él? Lo único que debe hacer es darle la espalda a la oscuridad del mal y seguir la luz de la bondad.

La felicidad se encuentra tan próxima a nosotros como nuestro propio Ser; no se trata siquiera de alcanzarla, sino sólo de levantar el velo de la ignorancia que envuelve al alma. La palabra misma "alcanzar" implica algo que uno desea pero que no posee, lo cual es un error metafísico. La dicha es el divino e irrevocable derecho de nacimiento de cada alma. Rasga ese velo que se interpone entre tú y Dios, y experimentarás de inmediato el contacto con la suprema felicidad. El Espíritu es felicidad. El alma es el reflejo puro del Espíritu. El ser humano apegado al cuerpo no puede percibir esta verdad, porque su conciencia está distorsionada: el lago de su mente se agita sin cesar por la invasión de pensamientos y emociones. La meditación aquieta las olas del sentimiento (chitta), de modo que la imagen de Dios como alma gozosa puede reflejarse con claridad en su interior.

La mayoría de los principiantes en el sendero que conduce hacia el divino reino interior comprueban que al meditar son presa de la inquietud. Esa es la guarida de Satanás. El devoto debe escapar por medio de la devoción y de la perseverancia en la práctica del yoga. "Toda vez que la voluble e inquieta mente se extravíe –cualquiera que sea la razón- debe el yogui retirarla de las distracciones y volverla a poner bajo el exclusivo control del Ser. Sin duda alguna, la mente es voluble y ardua de gobernar, pero a través de la práctica del yoga y el desapasionamiento, ioh, Arjona!, la mente puede controlarse, a pesar de todo. Esta es mi promesa: aunque para el hombre indisciplinado la meta del yoga es difícil de alcanzar, aquel que se domine a sí mismo, esforzándose mediante los métodos apropiados, la logrará".

Es preciso desarrollar el hábito de mantenerse interiormente en la calmada presencia de Dios, a fin de conservar ese estado mental de manera constante, noche y día. El esfuerzo vale la pena, ya que vivir en la conciencia de Dios es terminar con la esclavitud de la enfermedad, del sufrimiento y del temor. Permanece, simplemente, en la compañía de Dios; esa es la única finalidad de la vida. Si uno toma la resolución de no irse a dormir por la noche hasta haber meditado y haber sentido la Divina Presencia, descubrirá en su vida una felicidad que supera toda expectativa. Es necesario hacer el esfuerzo, pero ese esfuerzo nos convierte en reyes sentados en el trono del reino de la paz y del gozo. El tiempo que emplea el hombre en la búsqueda de objetos materiales ajenos a su verdadero Ser es un derroche de las valiosas oportunidades que posee de conocer a Dios.

Te digo esto desde el fondo de mi alma: bienaventurado aquel que toma la determinación de no descansar jamás hasta encontrar a Dios.

Experimentar una felicidad interior que perdura sin estar condicionada por influencias externas es prueba evidente de que Dios ha respondido con su presencia. El único modo de avanzar hacia la comunión divina es meditar con regularidad y con profunda concentración y devoción. La meditación de cada día debe ser más profunda que la del día anterior. El devoto que convierte la búsqueda divina en un asunto de primordial importancia hallará eterna seguridad en el reino de Dios; ni el más leve asomo de preocupación o de aflicción puede cruzar el umbral de este santuario de silencio donde a nada se le permite entrar, salvo al bienaventurado y amoroso Padre-madre Dios.

Aquel que haya dentro de sí el "amparo del Altísimo" permanece envuelto en la felicidad suprema y la seguridad divina. Ya sea que se encuentre rodeado de amigos, o esté durmiendo o trabajando, reserva ese sitio exclusivamente para Dios. Con la conciencia centrada en el Señor, ve descorrerse de súbito los velos concéntricos de maya; henchido de gozo, el devoto comprueba que Dios juega con él al escondite en los capullos de las flores; ve que las estrellas brillan con Luz aún más resplandeciente y que el cielo sonríe con la inmensidad del Infinito. Cuando sus ojos se hallan espiritualmente abiertos, el devoto contempla que los ojos del Infinito le observan a través de todas las miradas. En el fondo de todos los amores humanos, siente el supremo amor de Dios. ¡Cuán maravillosa se torna la existencia cuando todos los disfraces de Dios quedan a un lado y el devoto se encuentra cara a cara con el Infinito, en la bienaventurada unidad de la comunión divina!

Permanece por siempre embriagado con el Ser Divino y permite que la ola de tu conciencia repose en todo momento en el seno del Océano Eterno. Cuando uno patalea y chapotea en el agua, no es muy consciente del océano, sino más bien del esfuerzo que está realizando. Por el contrario, cuando uno se entrega y se relaja, el cuerpo flota y, en tal estado, siente que el mar entero lo acaricia. Ese es el modo en que el devoto que se halla en calma percibe a Dios: siente que el universo entero de la Divina Felicidad se mece suavemente bajo su conciencia.

El Reino de Dios está dentro de ti; El está dentro de ti. En el fondo de tus percepciones, de tus pensamientos, de tus sentimientos, justo allí se encuentra El. Cada partícula de alimento que ingieres y cada soplo de aire

que inhalas es Dios. No vives gracias a los alimentos ni al oxígeno, sino gracias a la Palabra Cósmica de Dios. Todos los poderes que utilizas, ya sean mentales o de acción, los has recibido de Dios. Piensa en El todo el tiempo-antes de actuar, mientras llevas a cabo tus actividades y una vez que las hayas finalizado-. Al cumplir con tus responsabilidades hacia los demás, recuerda sobre todas las cosas tu deber hacia Dios, sin cuyo poder delegado en ti no te sería posible cumplir con responsabilidad alguna. Percíbele oculto en los sentidos de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Siente su energía en los brazos, las piernas y los pies. Siéntele como vitalidad en cada exhalación o inhalación. Siente su poder en tu voluntad, su sabiduría en tu cerebro, su amor en tu corazón. Dondequiera que percibas conscientemente la presencia de Dios, se desvanecerá la ignorancia mortal.

Aquellos que son sabios jamás pasan por alto su diaria cita con Dios en la meditación. Establecer contacto con El se convierte en la apasionada meta de su existencia. Todos los que perseveren con tal clase de sinceridad entrarán en el reino de Dios en esta vida. Quien mora en ese reino es libre por toda la eternidad.

"Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá".

Mateo 7:7-8